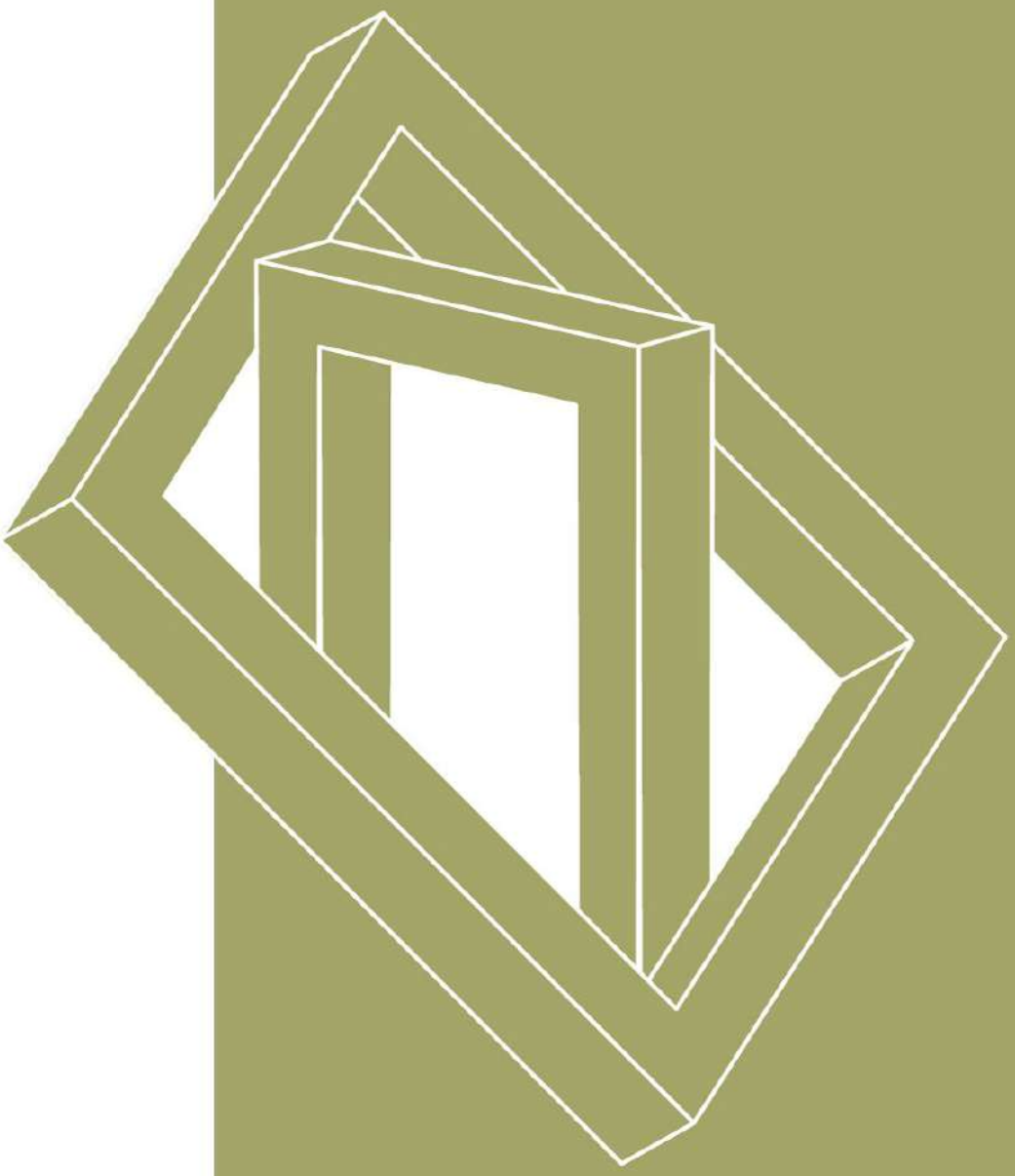
MARTÍN ARBOLEDA

GOBERNAR LA UTOPÍA

Sobre la planificación y el poder popular



CAJA NEGRA

GOBERNAR LA UTOPÍA

Sobre la planificación y el poder popular

Arboleda, Martín
Gobernar la utopía. Sobre la planificación
y el poder popular
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Caja Negra, 2021
216 p.; 20 x 14 cm. - (Futuros Próximos, 38)

ISBN 978-987-1622-98-6

1. Ensayo Sociológico. 2. Capitalismo. 3. Planificación.
I. Título.
CDD 306.342

© Martín Arboleda, 2021
© Caja Negra Editora, 2021

Caja Negra Editora

Buenos Aires / Argentina
info@cajanegraeditora.com.ar
www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección Editorial:
Diego Esteras / Ezequiel Fanego
Producción: Malena Rey
Coordinación y corrección: Sofía Stel
Diseño de colección: Consuelo Parga
Diseño de tapa: Emmanuel Prado
Maquetación: Cecilia Loidi

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Queda prohibida la reproducción total o parcial de
esta obra sin la autorización por escrito del editor.

MARTÍN ARBOLEDA

GOBERNAR LA UTOPÍA

Sobre la planificación y el poder popular

CAJA NEGRA 03
FUTUROS PRÓXIMOS

ÍNDICE

9 1. Trayectorias de una idea radical

37 2. Planificación democrática y la forma del Estado

67 3. La relación entre mercado y plan

89 4. Planificar más allá del crecimiento infinito y del trabajo asalariado

125 5. Planificación para el conflicto y el problema de la temporalidad

143 6. Las escalas de la planificación

171 7. Política del conocimiento en la universidad del capitalismo tardío

189 8. Hacia un internacionalismo de la planificación

209 Agradecimientos

1

TRAYECTORIAS DE UNA IDEA RADICAL

En el intento de aventurar hipótesis, en el deseo que traza mapas cognitivos se encuentra el principio de la sabiduría.
Fredric Jameson, *La estética geopolítica*[1]

I

El año 2019 dio inicio a un ciclo de protestas que remeció el paisaje social y político en Latinoamérica. La abrumadora realidad de desigualdad extrema, injusticia social, violencia estatal y sufrimiento socioecológico, agrietó el consenso neoliberal de las últimas tres décadas, llevando manifestaciones masivas a las calles y plazas de la región. Pese a las particularidades de cada territorio en el que se articuló, la demanda ha sido clara y unívoca: redistribución de la riqueza y democratización del poder

1. Fredric Jameson, *La estética geopolítica*, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2014.

político y económico. Posteriormente, la pandemia del coronavirus no solamente exacerbó, sino que hizo aún más visibles las profundas dislocaciones –de clase, raza, ecológicas y de género– a las que dio lugar el neoliberalismo en su fase tardía. El oficialismo de izquierda, por su parte, ha sido incapaz de ofrecer un proyecto de transformación que sea viable y sostenible en el tiempo. Los esquemas redistributivos implementados por las diversas administraciones progresistas de la región dejaron intacto un régimen primario-exportador que ha demostrado ser desastroso en lo ecológico e inviable en lo fiscal. Los incendios que en 2019 devoraban cientos de kilómetros de bosques tropicales y plantaciones agroexportadoras tanto en la Amazonia de Evo Morales como en la de Jair Bolsonaro, simbolizan una verdad abrumadora: el orden dominante es incapaz de ofrecer una alternativa concreta al mundo que el capital ha creado a su propia imagen.

Mientras tanto, la revuelta social abre caminos en las calles, y la pandemia abre portales en ollas populares, en hospitales, en viviendas. En esta multiplicidad de espacios de encuentro, de cooperación y de cuidado se imaginan y fraguan mundos distintos, mundos cuya realización concreta se ve directamente amenazada por la inercia institucional del orden liberal. ¿Qué hacer, entonces, cuando se extingan las llamas del radicalismo popular y las urgencias de la crisis, y se emprenda un regreso a la supuesta "normalidad"? ¿De qué manera esta sucesión de momentos constituyentes podría desbordar un registro agonístico-adversarial, y ensanchar el espectro de lo que es posible, o incluso de lo que es imaginable? El presente exige con apremio formas de intervenir en la realidad que puedan superar el cerco de lo que el crítico cultural Mark Fisher denominó *realismo capitalista*: la aceptación generalizada –tanto explícita como tácita– de que el capitalismo es el único sistema político y económico viable, y que por lo tanto es imposible imaginar

cualquier alternativa coherente.[2] La economía emocional que ha predominado en las últimas décadas es la de una "melancolía de izquierda"[3] de intelectuales y organizaciones políticas que se sienten a gusto en su marginalidad y en su derrota, y que por ende se limitan a una orientación meramente defensiva, contestataria o de denuncia ante los excesos del sistema.

No se puede esperar que una situación post-revolucionaria o catastrófica, por sí sola, pueda llevar automáticamente a un sistema socioeconómico distinto. En el "Manifiesto por una política aceleracionista", Alex Williams y Nick Srnicek afirman que una transición postcapitalista requiere de un ejercicio consciente de planificación que además de desarrollar un mapa cognitivo del sistema actual, también pueda confeccionar una posible imagen o representación del sistema económico futuro.[4] Las prácticas alternativas de consumo, por sí mismas, son incapaces de propiciar una reforma agraria significativa que logre fracturar el poder de concentración de cadenas transnacionales de supermercado, de laboratorios y de grandes monocultivos industriales; cambiar el automóvil por la bicicleta puede ser un acto individual importante, pero insuficiente para emprender una transición energética profunda que permita un desmantelamiento real de las industrias fósiles y el florecimiento de las energías limpias y comunitarias; las marchas y protestas contra la desigualdad, por multitudinarias que puedan llegar a ser, no conseguirán surtir un verdadero efecto si no se transforman en reformas fiscales

2. Mark Fisher, *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?*, Buenos Aires, Caja Negra, 2016.

3. Ver Wendy Brown, "Resisting Left Melancholy", *Boundary 2*, vol. 26, n° 3, pp. 19-27, 1999 y Jodi Dean, *The Communist Horizon*, Londres, Verso, 2012.

4. Alex Williams y Nick Srnicek, "Manifiesto por una política aceleracionista", en Armen Avanessian y Mauro Reis (eds.), *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*, Buenos Aires, Caja Negra, 2017.

que puedan controlar las pulsiones evasoras del gran capital y recuperar la riqueza socialmente generada para redistribuirla de manera equitativa.

Conformar un poder democrático que permita desarticular la economía de mercado capitalista y transitar hacia modos más elevados de organizar la vida en común, entonces, no solamente requiere confrontar al establishment en las calles y en las urnas. Durante las últimas décadas, sin embargo, hemos visto cómo la pregunta acerca de la forma de un Estado que posibilite una transición hacia una sociedad alternativa, ha sido desplazada por un nuevo consenso que rechaza de plano las instituciones y entiende a los movimientos sociales, por sí mismos, como el único sujeto posible de cambio. El orden neoliberal y su ejército de tecnócratas y economistas, mientras tanto, se adentran cada vez más en las insondables abstracciones técnicas de la regulación, secuestrando el aparato estatal para favorecer a pequeñas élites. El espejismo neoliberal de un mercado que se autorregula de manera eficiente se ha desvanecido en años recientes ante un Estado activista que rescata a grandes compañías en eventos de crisis, redistribuye riqueza hacia arriba a través de exenciones tributarias y subsidios, y despliega impresionantes redes logísticas transnacionales diseñadas exclusivamente para la captura de rentas monopólicas entre un puñado de grandes empresas. La planificación económica está de vuelta, y opera a una escala sin precedentes.

Durante muchos años, el consenso general en la teoría económica y en los espacios de toma de decisiones consistió en la idea de que el mercado constituye el instrumento más sofisticado y completo para recopilar información dispersa en la economía; una superinteligencia distribuida y más-que-humana que traduce esta información en "señales" que luego alimentarán diseños institucionales y de política. El mercado, por ende, ha sido comprendido como el medio más eficaz para solucionar cualquier problema

colectivo de asignación y gestión de recursos. Este sentido común o *doxa* se remonta al famoso "debate sobre el cálculo socialista" de las décadas de 1920 y 1930, en el que Friedrich von Hayek y Ludwig von Mises –filósofos y economistas de la Escuela de Austria– cuestionaron la capacidad de las agencias nacionales de planificación para movilizar este tipo de información proveniente de sistemas complejos, como lo son las economías nacionales.[5] La figura del individuo racional maximizador de utilidades –célula elemental de este sujeto colectivo distribuido llamado "mercado"– ha sido desde entonces tan hegemónica como símbolo de anticolectivismo, que como lo señala Jodi Dean,[6] incluso se ha extrapolado al imaginario de una izquierda que considera las prácticas individuales y micropolíticas como un foco de acción más importante que los movimientos organizados de masas y de gran escala –como sindicatos, partidos políticos, cuadros técnicos y, por supuesto, organismos de planificación–.

La sucesión de crisis globales que inició con el estallido de la burbuja de hipotecas basura (*subprime*) en los Estados Unidos durante 2008, y que llegó a su punto más álgido en la pandemia del coronavirus en 2020, puso

5. La tesis de la imposibilidad del cálculo socialista consiste en la impugnación de la factibilidad *técnica* (no política o incluso moral) de una economía conscientemente planificada, principalmente desde dos derivas teóricas. En primer lugar, las corrientes neoclásicas han cuestionado su viabilidad práctica por los problemas de cómputo y contabilidad que suscitaría la gestión de una economía extensa. En segundo lugar, las tradiciones austriacas han conjeturado su inviabilidad lógica por la incapacidad que una economía de esta naturaleza tendría para recopilar la información necesaria para un cálculo racional del proceso general de reproducción socioeconómica (ver Don Lavoie, *Rivalry and Central Planning: The Socialist Calculation Debate Reconsidered*, Arlington, George Marcus University Press, 2015 y Paul Cockshott y Maxi Nieto, *Cibercomunismo. Planificación económica, computadoras y democracia*, Madrid, Trotta, 2017). Los detalles acerca del problema del cálculo –y sus posibles soluciones– se abordarán en los capítulos 2 y 3.

6. Jodi Dean, *The Communist Horizon*, op. cit.

en entredicho aquel consenso. Primero que todo, ha demostrado que la "catalaxia" (término que Hayek empleó para describir la naturaleza supuestamente autoorganizativa del mercado) de la economía neoliberal, es de hecho *una práctica de gobierno*; su existencia es inconcebible sin una vasta diversidad de mecanismos de intervencionismo político y de coordinación inter-empresa. El auge de megacorporaciones como Amazon, Facebook y Walmart, por su parte, también ha sido posible gracias a ambiciosos esquemas de planificación estratégica al interior de las propias firmas. Haciendo un guiño a Gosplan (la agencia de planificación central de la Unión Soviética bajo el estalinismo) algunos analistas sugieren que las prácticas de coordinación de este tipo de actores monopólicos han dado origen a una suerte de "Gosplan 2.0" o "Gosplan de Google". Como lo sugiere Campbell Jones, cuando la planificación se transforma en el hábitat natural en el que se desenvuelve la economía política del capitalismo, la pregunta deja de ser entonces si se debe planificar o no, sino *de qué manera se debe planificar, en beneficio de quién se debe hacerlo, y a quién se debe incorporar en la elaboración de planes*.[7]

La figura de la planificación económica –cargada con los tumultuosos sucesos de la historia del siglo XX– nos recuerda que una política reactiva es insuficiente si no va de la mano de una disputa por el control democrático de espacios económicos hegemónicos. En consecuencia, el incipiente debate sobre la planificación ofrece un inesperado espacio de apertura teórica y política para volver a discutir visiones ambiciosas y radicales de futuros postcapitalistas. Para algunas tradiciones, las nuevas tecnologías de supercomputación, de robótica y de conectividad logística permitirían solucionar el problema del cálculo y

7. Campbell Jones, "Introduction: The Return of Economic Planning", *South Atlantic Quarterly*, vol. 119, n° 1, pp. 1-10, 2020.

podrían, por fin, hacer posible la planificación de un futuro socialista post-escasez.[8] Otros enfoques, por su parte, han planteado modos de intervención que puedan superar el registro tecnocrático, masculinizado y eurocéntrico que caracterizó a las culturas de planificación del pasado.[9] Pese a los matices, lo innovador de esta discusión es que permite un desplazamiento desde los argumentos típicamente moralistas y/o celebratorios sobre las economías alternativas (ya sean solidarias, cooperativas, poscarbono, o no mercantiles), hacia un examen concreto de su viabilidad económica, su factibilidad técnica y sus condiciones político-institucionales.

II

La pregunta sobre los fundamentos institucionales del cambio social reemerge con fuerza en un momento en el que la construcción de poder constituyente –en marchas masivas, asambleas, cabildos abiertos y otras formas de participación territorial– demanda mecanismos concretos que permitan la factibilidad política y técnica de un autogobierno popular. Pese a los distintos enfoques que informan la discusión acerca del concepto de poder constituyente, todos coinciden en el hecho de que el fin último de la fuerza expansiva y avasalladora que emerge

8. Ver por ejemplo Paul Cockshott y Maxi Nieto, *Ciber-comunismo*, op. cit.; Leigh Phillips y Michal Rozworski, *The People's Republic of Walmart: How the World's Biggest Corporations Are Laying the Foundations for Socialism*, Londres, Verso, 2019 y Evgeny Morozov, "Digital Socialism? The Calculation Debate in the Age of Big Data", *New Left Review*, vol. 116, pp. 33-67, 2019.

9. Ver Stefano Harney y Fred Moten, *Los abajocomunes. Planear fugitivo y estudio negro*, México, Cráter Invertido, 2017; Luskin Center, *Abolitionist Planning*, Los Ángeles, Luskin Center UCLA, 2017 y Thea Riofrancos, "Plan, Mood, Battlefield: Reflections on the Green New Deal", *Viewpoint Magazine*, 16 de mayo de 2019.

del pueblo organizado (*potentia*) es dictar las normas fundamentales que organizan y dan forma a los poderes del Estado (*potestas*).[10] De hecho, como lo sugiere Enrique Dussel,[11] el poder popular solamente deviene *real* cuando se coagula en formas institucionales y órdenes estatuidos, tanto estatales como extraestatales.[12] En sus manifestaciones más condensadas, la *potestas* de una comunidad política abarca no solamente formas jurídicas generales –constitución política y leyes estatutarias–, sino también dispositivos puntuales que rigen la cotidianidad colectiva en su complejidad y heterogeneidad.

Uno de los elementos cardinales de la planificación es precisamente el hecho de que no solamente está orientada hacia el futuro, sino que despliega los instrumentos técnicos del aparato estatal –leyes, estatutos, planos, dispositivos regulatorios, censos, etc.– para realizar concretamente ese futuro. Es precisamente debido a su carácter prospectivo que la planificación ha sido entendida como un modo de asignación de recursos que opera de manera *ex ante*, en contraposición a la asignación de recursos por vía de mercado, que opera de manera *ex*

10. Ver por ejemplo Antonio Negri, *Insurgencies: Constituent Power and the Modern State*, Minnesota, University of Minnesota Press, 1999 y Camila Vergara, *República plebeya. Guía práctica para constituir el poder popular*, Santiago, Sangría, 2020.

11. Enrique Dussel, *20 tesis de política*, México D.F., Siglo XXI, 2006.

12. La historia social de los movimientos populares modernos, de acuerdo con Camila Vergara, demuestra que la constitución del cuerpo social en un sujeto político –puntualmente en cuanto "pueblo plebeyo"– se tiende a materializar con el fin de restablecer los desbalances de sistemas institucionales donde las dinámicas autodestructivas del poder oligárquico han desbordado el Estado de derecho. El *telos* de este proceso de subjetivación política, de acuerdo con la autora, no consiste solamente en revertir la corrupción sistémica de las estructuras legales e institucionales, sino también en constituir una república antioligárquica. Ver Camila Vergara, "Populism as Plebeian Politics: Inequality, Domination and Popular Empowerment", *Journal of Political Philosophy*, vol. 28, n° 2, pp. 222-246, 2019.

post.[13] Otro elemento característico de la planificación es el hecho de que esta no se limita a actuar sobre sectores individuales de la economía, sino que *aspira a conducir el proceso general de reproducción socioeconómica a partir de trayectorias de desarrollo fijadas democráticamente*. Bajo este entendido, la planificación democrática sería entonces la trama de instrumentos que se activan para *dar forma* (*potestas*) a las visiones de sociedad que emergen del pueblo organizado (*potentia*). Puede parecer extraño e incluso anacrónico querer recobrar, en un tono relativamente apologético, un concepto con un pasado tan cargado y turbulento como el de la planificación. Sin duda, fue la visión grandilocuente de la planificación, así como sus desfiguraciones burocráticas y autoritarias, lo que signó su declive tras el fin de la Guerra Fría. En la década de 1990, la idea de planificación económica ya no solo parecía soberbia, sino ineficiente y políticamente peligrosa. En su reemplazo, la *gobernanza* surgió como una alternativa más sensata, imparcial y aparentemente menos ideológica de administrar recursos escasos en una sociedad. Tras el declive de la planificación económica modernista, la gobernanza y la planificación urbana inauguran entonces un paradigma de política económica que se desliga de los grandes diseños utópicos y normativos.[14] Su función principal será la de velar por la eficiencia, generar un entorno atractivo para la inversión privada,

13. Ver Ernest Mandel, "In Defense of Socialist Planning", *New Left Review*, vol. 159, pp. 5-37, 1986.

14. El argumento de que la planificación urbana –por lo menos en la manera en que se practica y se entiende actualmente– no constituye planificación como tal, sino que corresponde más bien a una forma particular de gobernanza socioespacial, ha sido desarrollado por Carlos de Mattos, "De la planificación a la gobernanza: hacia un nuevo modo de gestión urbana", *Ciudades*, vol. 66, pp. 1-47, 2005, y más recientemente por Samuel Stein, *Capital City: Gentrification and the Real Estate State*, Londres, Verso, 2019. La relación entre planificación económica y planificación urbana se abordará en mayor detalle en el capítulo 7.

e inculcar actitudes y disposiciones empresariales en la población. La competitividad territorial se convierte en el nuevo norte de la gestión pública, y los distintos espacios regulatorios (desde las economías nacionales hasta los espacios submetropolitanos) comienzan a competir entre sí para atraer flujos de inversión extranjera directa, así como capital humano altamente cualificado. Desde este momento, las regiones y territorios empiezan a especializarse en la atracción de variados tipos de inversiones –mineras, turísticas, agroindustriales, energéticas y financieras, entre otras–. También, los protocolos de intervención de la gobernanza usualmente van acompañados de retóricas y ejercicios formales de "participación" e "inclusión", particularmente como dispositivos que permitan dotarlos de legitimidad ante la ciudadanía. Este tipo de ejercicios participativos, sin embargo, han sido criticados porque en la práctica tienden a cooptar la organización colectiva y a desactivar demandas redistributivas reales.[15]

Pese a las críticas, la gobernanza –con su evangelio de la eficiencia y sus mecanismos de inclusión espuria– se presenta hoy en día como el único modo de gestión viable. Entonces, hay algo en la figura de la planificación que es subversivo, precisamente porque le imprime una historicidad densa a un momento en el que los excesos del posmodernismo y de la ideología neoliberal clausuran la posibilidad de pensar históricamente. Como lo sugiere Fredric Jameson en *Arqueologías del futuro*,[16] el conocimiento histórico es uno de los mecanismos que permiten perforar

15. Ver Faranak Miraftab, "Insurgent Planning: Situating Radical Planning in the Global South", *Planning Theory*, vol. 8, n° 1, pp. 32-50, 2009; Erik Swyngedouw, "La naturaleza no existe. Sostenibilidad como síntoma de una planificación despolitizada", *Urban*, vol. 5, n° 1, pp. 41-66, 2011 y Clarissa Sampaio Freitas, "Insurgent Planning? Insights from Two Decades of the Right to the City in Fortaleza, Brazil", *CITY*, vol. 23, n° 3, pp. 285-305, 2019.

16. Fredric Jameson, *Arqueologías del futuro. El deseo llamado utopía y otras aproximaciones de ciencia ficción*, Madrid, Akal, 2009.

aquel cerco de la experiencia que en circunstancias normales nos impide captar la alteridad radical; es decir, el hecho de que las cosas no solamente pueden ser radicalmente *otras*, sino que en efecto lo han sido en algún momento del tiempo, y que por ende la ruptura es una posibilidad concreta de la vida social.[17] La planificación, entonces, supera la idea del presente como tiempo vacío o simplemente como continuum y reclama una facultad que hoy se encuentra adormecida: la de imaginar y de producir un futuro que no sea un mero pastiche de la sociedad ya existente. En otras palabras, la planificación no solo da forma al futuro-como-ruptura; por su naturaleza eminentemente prefigurativa, conjura mundos alternativos y por tanto es *una forma mediada o modo de existencia del futuro*.

Como se desprende de la crítica materialista de la economía política desarrollada por Marx, la mercancía es una forma mediada o indirecta del trabajo humano, así como el dinero es una forma mediada de los mercados y la interdependencia económica. Estas formas cristalizan –aunque de modo parcial, inestable e indirecta– los atributos de las relaciones sociales que les dan origen. De esta misma manera, los instrumentos técnicos de la planificación se pueden entender como una expresión mediada y cosificada de las visiones del futuro que emergen del poder popular constituyente. Los estudios basales, censos y leyes que dieron vida a las reformas agrarias latinoamericanas del

17. Fredric Jameson en *Postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado* (Barcelona, Paidós, 1991) indica que justamente lo que caracteriza al posmodernismo es un debilitamiento o mengua de la historicidad y una concepción del tiempo histórico que carece de determinaciones o incluso de la posibilidad de ruptura, deviniendo así en un eterno presente. En vez de la conciencia histórica colectiva del modernismo, donde un presente sincrónico se diferencia del pasado, Jameson entiende el posmodernismo como el dominio de la heterogeneidad espacial. Habitamos lo sincrónico y no lo diacrónico. Bajo el posmodernismo, no existe entonces un proyecto emancipatorio entendido en sentido histórico, sino más bien una variedad de locaciones "heterotópicas" esparcidas en el espacio, pero nunca diferenciadas en el tiempo.

siglo pasado, por ejemplo, cristalizaron en mayor o menor medida la sensibilidad de múltiples movimientos de masas que al gritar con fuerza "*la tierra para quien la trabaja*", trazaron el rumbo hacia una sociedad libre de la dominación de patrones hacendales. En este sentido, las fórmulas y protocolos de intervención que puedan surgir en el marco de nuevas luchas por la justicia territorial, racial, de género y socioecológica, también prefigurarían mundos más allá de otras formas de dominación. En consecuencia, el objetivo de este ensayo consiste en identificar y recuperar aquello que es emancipador en la planificación tal como esta ha existido. Esto incluye no solamente la planificación del pasado histórico, sino también nuevas formas de planificación insurgente que han emergido en municipios y territorios para confrontar los efectos desintegradores del capitalismo tardío en su configuración financiarizada, microelectrónica y rentista.

Parte de la inspiración para este libro surgió de la ciudad de Santiago de Chile, que durante la década de 1960 fue uno de los principales epicentros globales del pensamiento crítico sobre la planificación. El Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO), el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) y la Comisión Económica de América Latina y el Caribe (CEPAL), fueron algunos de los nodos de una vibrante red epistémica transnacional que entrelazaba espacios universitarios, de militancia política y de toma de decisiones. Posteriormente, en el contexto del proceso revolucionario que lideró el gobierno de la Unidad Popular tras la victoria electoral de Salvador Allende en 1970, Santiago fue la sede de una de las reformas agrarias más masivas y transformadoras llevadas a cabo por un régimen democrático. En ese período, la ciudad también fue el escenario del Proyecto Synco, quizás el más futurista y ambicioso esfuerzo de emplear tecnologías cibernéticas para crear un sistema de planificación económica

descentralizada en tiempo real. El sueño de construir una economía consciente y colectivamente coordinada a partir de principios de democracia económica, liberación nacional y autogobierno obrero, como bien se sabe, fue extinguido por una sangrienta dictadura militar. Su presencia fantasmática, sin embargo, aún perdura en la cultura política de las organizaciones populares que hoy se enfrentan al neoliberalismo.

Actualmente, en el barrio chileno de Recoleta funciona una red de farmacias populares que permite adquirir medicamentos baratos por fuera del circuito oligopólico de las grandes farmacéuticas. En palabras de Daniel Jadue, el alcalde que diseñó e implementó este proyecto, la Farmacia Popular no solamente tiene implicaciones prácticas al expandir las posibilidades de acceso a remedios costeables por las clases populares. También es "una bomba de racimo que está detonando un cambio en el nivel de conciencia, en la voluntad y en el estado de ánimo de la izquierda".[18] Si la observamos exclusivamente desde el punto de vista del presente, la Farmacia Popular tal vez parezca una iniciativa modesta y limitada. Sin embargo, su forma técnica puede que contenga el germen de reformas futuras más radicales y profundas, que eventualmente reconfiguren la manera en que se producen y comercializan los medicamentos. Desde que fue lanzado en 2015, el modelo de la Farmacia Popular no solamente ha entregado 1.200.000 medicamentos a 24.000 usuarios en Recoleta, sino que también se ha replicado de manera exitosa en más de 140 municipalidades en todo el país. Más que un caso aislado, la alcaldía de Recoleta es parte de un emergente movimiento municipalista en el que diversas alcaldías rebeldes alrededor del mundo han hecho

18. Cit. en Claudio Pizarro y Macarena Gallo, "Daniel Jadue, el hombre detrás de la Farmacia Popular: 'Chile es un cartel'", *The Clinic*, 2015, disponible en theclinic.cl.

de la escala metropolitana un laboratorio de experimentación con formas no capitalistas de los mercados y las relaciones sociales.[19]

Además de los métodos de planificación desarrollados por alcaldías rebeldes en diversas ciudades del mundo, nuevos repertorios de prácticas de intervención pública que incluyen, pero también superan los límites del Estado, han puesto en manos de la ciudadanía la capacidad de rediseñar activamente su entorno. Comunidades de planificación insurgente, innovación de base, urbanismo táctico y ciencia ciudadana, como veremos a lo largo de estas páginas, desestabilizan la tendencia de la gobernanza neoliberal a excluir a la sociedad civil del proceso de concepción y ejecución de mecanismos de intervención. Así, las prácticas que surgen de estas comunidades descentran el rol de expertos técnicos y empoderan comunidades al permitir la incorporación de saberes populares y situados en los procesos de gestión de recursos. Por su carácter táctico y cooperativo, son afines a lo que Silvia Federici ha llamado *contraplanificación*: microactos cotidianos orientados a organizar la vida de manera alternativa en el contexto de la actual crisis de reproducción social.[20] Pese a los importantes aportes que estas comunidades de investigación-acción lograron en la democratización del conocimiento, sus efectos son aún limitados, pues su espectro de acción se ha mantenido de alguna manera al margen de visiones de gran escala, y su operación circunscrita principalmente a entornos locales.

19. Ver Santi Fernández Patón, *Municipalismo y asalto institucional: una visión descreída*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2019; Bertie Russell, "Beyond the Local Trap: New Municipalism and the Rise of Fearless Cities", *Antipode*, vol. 51, n° 3, pp. 989-1010, 2019 y Matthew Thompson, "What's so New About New Municipalism?", *Progress in Human Geography*, 2020.

20. Ver Silvia Federici, *Revolution at Point Zero: Housework, Reproduction, and Feminist Struggle*, Oakland, PM Press, 2012 y Silvia Federici y Campbell Jones, "Counterplanning in the Crisis of Social Reproduction", *South Atlantic Quarterly*, vol. 119, n° 1, pp. 153-165, 2020.

III

Una planificación democrática que traduzca y extienda de manera eficaz el lenguaje del poder constituyente, entonces, requiere de una nueva imaginación escalar y temporal cuyo horizonte de transformación sea mucho más amplio que los territorios afectados por problemas puntuales o los tiempos del corto plazo. En las visiones que inspiraron el diseño de grandes reformas agrarias, Estados de bienestar, proyectos de vivienda social y programas de reconversión productiva en el siglo XX, se encuentran mapas cognitivos de mundos donde no solamente se buscaba expandir la equidad socioeconómica, sino también ampliar las fronteras del bienestar material e incluso del disfrute y la experiencia estética para millones de personas. Es por ello que este libro también pretende recuperar algunas de las preguntas, abordajes metodológicos y aspiraciones de la planificación económica bajo el modernismo. Volver de manera crítica a estas imágenes históricas no implica una actitud nostálgica o complaciente con los mundos perdidos del socialismo, la socialdemocracia o el desarrollismo. Articular históricamente el pasado, Walter Benjamin plantea en sus *Tesis sobre la filosofía de la historia*, "no significa conocerlo como verdaderamente ha sido. Significa apoderarse de un recuerdo tal como este relampaguea en un instante de peligro".[21] La historia de la planificación económica aviva y reactualiza trayectorias de democratización que han desaparecido ante el eterno presente del realismo capitalista, y que podrían trazar el rumbo hacia *una planificación distinta* en el futuro.

Al reflexionar sobre estas trayectorias de democratización, entonces, también se busca tensionar el consenso posmoderno que desdeña los grandes diseños de

21. Walter Benjamin, *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, Santiago, LOM, 2009, p. 41.

transformación social del pasado. Hoy, nuevos movimientos populares empiezan a plantear visiones de diseño y planificación arraigadas en movimientos de base, pero con un ámbito de operación a escala nacional, y en algunos casos incluso transnacional. El Green New Deal o Nuevo Pacto Verde, propuesto por un emergente movimiento de socialismo democrático en los Estados Unidos, formula un ambicioso programa de descarbonización profunda de las infraestructuras tecnológicas que constituyen la economía nacional, y cuyo desarrollo estimulará la creación masiva de empleos dignos.[22] Es decir, el Green New Deal parte del presupuesto de que una transición energética a gran escala es inconcebible sin antes garantizar el bienestar material de las clases trabajadoras, y particularmente de las comunidades más afectadas por los efectos del cambio climático y la crisis económica. Si bien el proyecto del Green New Deal se originó en el mundo anglo-europeo, actualmente está siendo apropiado por partidos y movimientos sociales en varios países del mundo para combatir de manera simultánea los dos grandes desafíos del presente siglo: el calentamiento global y la desigualdad extrema.

En América Latina, la figura del Nuevo Pacto Verde ha sido recientemente promovida a través de lo que Maristella Svampa y Enrique Viale han denominado un Gran Pacto Ecosocial: un programa de transición económica y energética que permita superar el extractivismo fósil, monopólico y depredador que predomina en la región.[23] En Uruguay, el caso del Sistema Nacional e Integrado de Cuidados (SNIC) es también ilustrativo de una visión de planificación cuyo ámbito de operación se extiende por la escala nacional. Creado en 2015 tras un largo proceso de movilización social feminista, el SNIC inaugura una institucionalidad

22. Ver Kate Aronoff y otros, *A Planet to Win: Why We Need a Green New Deal*, Londes, Verso, 2019.

23. Maristella Svampa y Enrique Viale, "Nuestro Green New Deal", *Revista Anfibia*, 2020, disponible en revistaanfibia.com.

pública orientada a visibilizar los trabajos de cuidados, velar por personas en situación de dependencia y promover una mayor justicia de género en el trabajo reproductivo.[24] Pese a lo innovadores que puedan ser este tipo de casos, son apenas excepciones a una tendencia general a pasar por alto diseños institucionales de mayor escala y de más largo plazo, principalmente por asumir que implican una lógica estatista y homogeneizadora. Por esta razón, volver al antiguo problema de la planificación implica replantear las grandes preguntas –muchas de ellas aún no resueltas– que animaron los distintos programas y protocolos de intervención del siglo pasado.

En cuanto a sus manifestaciones históricas concretas, podemos identificar tres figuras o tipos ideales de la planificación: primero, una planificación del pasado histórico bajo el modernismo, que pese a estar fundamentada en ideales y programas redistributivos de distinta raigambre, fue intrínsecamente burocratizada, masculinizada y centrada en el ideal del crecimiento económico como un fin en sí mismo. La persistencia de algunos elementos de este paradigma de gestión se puede evidenciar en el auge reciente de plataformas neodesarrollistas o neokeynesianas, como ha sido el caso de los gobiernos progresistas de la llamada "marea rosa" en América Latina.[25] Segundo, una planificación del

24. Ver Susana Draper, "Tejer cuidados a micro y macro escala entre lo público y lo común", en Cristina Vega Solís, Raquel Martínez-Buján y Myriam Paredes (eds.), *Cuidado, comunidad y común. Experiencias cooperativas en el sostenimiento de la vida*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2018.

25. Si bien estos gobiernos emprendieron procesos constituyentes que se reflejaron en constituciones progresistas, donde en algunos casos la *pachamama* incluso fue declarada sujeto de derechos, carecieron de la capacidad de transformar el funcionamiento cotidiano y concreto del modelo económico existente. Es decir, implementaron un esquema que Eduardo Gudynas ha denominado "neoextractivista", pues incorporó mecanismos de redistribución de la riqueza, pero dejando intactas las economías rentistas, expansionistas y de enclave sobre las que se sustentaba su actividad fiscal. Eduardo Gudynas, "Agropecuaria y nuevo extractivismo bajo los gobiernos progresistas de América del Sur", *Territorios*, vol. 5, pp. 37-54, 2010.

presente bajo el capitalismo tardío, cuyas tendencias polarizantes han permitido nuevas y más avanzadas configuraciones de poder monopólico, segregación social y colapso ecológico. Este tipo de planificación estratégica es la que predomina actualmente, y sus modos de operación se han hecho mucho más evidentes tras la reciente mutación del neoliberalismo hacia una configuración más ostensiblemente autoritaria e intervencionista. Tercero, una planificación democrática del futuro posible. Esta última forma de planificación surgiría como una determinación necesaria de la activación política de las masas populares y de su posterior inserción sustantiva al proceso de toma de decisiones. Sería abigarrada no solamente en términos de su capacidad de combinar formas institucionales estatales y extraestatales (esto es, cuerpos técnicos y grupos de democracia de base), sino públicos heterogéneos en cuanto a su composición de género, de raza y de clase. Asimismo, esta planificación no emanaría desde arriba o desde ningún tipo de "centro", sino que sería el producto de la interacción sinérgica de distintas escalas o niveles de toma de decisiones.

Por último, esta tercera figura de la planificación superaría la obsesión enfermiza con el ideal del crecimiento económico infinito, tan propia no solo de enfoques (neo) keynesianos y (neo)desarrollistas, sino también del socialismo productivista en sus distintas derivaciones. Por el contrario, este modo de coordinación consciente de la economía estaría orientado hacia el pleno despliegue de las capacidades humanas y del valor de uso como el principio regulador de las relaciones sociales: democracia económica, tiempo libre, cuidado, solidaridad interespecies, elación estética, bienestar físico y psíquico, serían sus objetivos primigenios. Se trataría de un modo de gestión orientado hacia la realización concreta de la antropología filosófica que informa los *Cuadernos de París*, en los que un joven Marx plantea que la construcción de una sociedad postcapitalista no implica otra cosa que la

emancipación de los sentidos del dominio de la necesidad abstracta; en esta sociedad, las personas desarrollarían a plenitud la vasta gama de potencialidades y atributos de su *ser genérico* [*Gattungswesen*], elevándose sobre un sistema de relaciones sociales donde su propia individualidad sensible se ve reducida a sus funciones animales –para quien sufre de hambre, los alimentos no existen en su forma social, convivial y humanizada, sino en su forma abstracta como comida; para quien está asediado por las deudas y las privaciones materiales, no existe diferencia alguna entre el sonido de una melodía y el ruido de un objeto al caer–.

La emancipación de los sentidos, sin embargo, estaría lejos de ser una empresa burdamente antropocéntrica. Como lo sugieren enfoques teóricos recientes sobre planificación ecosocialista, el proyecto político de la emancipación sensible humana contribuiría de manera decisiva a enfrentar la crisis climática. La multiplicación de nuevas formas de desarrollo personal y consumo colectivo –manifestadas en actividades de ocio, deportivas, artísticas, eróticas e intelectuales– tendrían una huella energética más baja que las que dependen del consumismo individualista e irracional del capitalismo. Lo mismo sucedería con la ampliación del sector de trabajos relacionados con el proceso de reproducción social, como lo son los cuidados, la educación, la salud, el transporte público, la vivienda, etc. Una transición hacia estilos de vida bajos en carbono, en este sentido, reduciría la presión sobre especies y ecosistemas planetarios, permitiendo un programa de estabilización climática que sea efectivo y democráticamente coordinado.[26] Entendida en estos términos, la

26. Ver Michael Löwy, "Eco-socialism and Democratic Planning", *Socialist Register*, vol. 43, pp. 294-309, 2007; Kate Aronoff y otros, *A Planet to Win*, op. cit. y Cedric Durand y Razmig Keucheyan, "Hacia una planificación ecológica", en *El futuro será verde*, Santiago, Editorial Aún Creemos en los Sueños - Le Monde Diplomatique, 2020.

planificación no se limita al ejercicio economicista de organizar las relaciones de producción. Al ser una práctica con una fuerte sensibilidad utópica, también comprende la aspiración estética de crear y movilizar nuevas formas de deseo y de disfrute. La idea de hacer de la utopía de masas un correlato lógico de la utopía personal, como lo plantea Susan Buck-Morss, fue un elemento fundamental de los grandes paradigmas de intervención pública del siglo pasado.[27]

Es quizá la dimensión propiamente libidinal de la planificación lo que explica la fijación retromaniaca hacia la cultura material del modernismo, en muchos casos deliberadamente orientada a amplificar los ámbitos sensibles y lúdicos del cuerpo deseante. La fascinación atávica que hoy suscitan los artefactos arquitectónicos de corrientes como el brutalismo, el Bauhaus, el constructivismo o el art deco –complejos de vivienda, pero también parques, monumentos, estadios y lugares de esparcimiento– por ejemplo, es un síntoma de la inconformidad generalizada tanto hacia el dogma de la austeridad neoliberal, como hacia el ascetismo lúgubre o pastoril de las izquierdas más tradicionales. Después de que tres décadas de neoliberalismo y una pandemia hayan devastado la estabilidad material y psíquico-afectiva del cuerpo social, instalar nuevamente una política de la prosperidad tal vez sea una de las tareas más urgentes en la agenda. A diferencia de lo que sucedió con los antiguos debates sobre planificación, sin embargo, hoy no solamente se encuentra en juego una disputa por la capacidad de gestionar el bienestar y la felicidad social en un escenario de desmoronamiento económico. La naturaleza de la coyuntura también hace ineludible la necesidad de *redefinir* y *ampliar* radicalmente lo que se entiende por abundancia.

27. Susan Buck-Morss, *Mundo soñado y catástrofe. La desaparición de la utopía de masas en el Este y el Oeste*, Madrid, La Balsa de la Medusa, 2004.

Las narrativas tradicionales sobre el bienestar, basadas en nociones occidentalizadas de la afluencia material, el trabajo asalariado, la familia heteropatriarcal y el Producto Bruto Interno (como métrica única del progreso humano), durante décadas fueron incuestionables. Hoy, sin embargo, enfrentan una profunda crisis. Si bien la globalización neoliberal ha permitido un aumento en la afluencia material de diversos sectores de la sociedad al garantizarles acceso a una mayor cantidad y diversidad de bienes de consumo, esto ha sido a costa de crecientes niveles de estrés, deudas, inestabilidad económica, sobrecarga de trabajo y destrucción ecológica. Resaltando el efecto deslibidinizante de este tipo de consumismo financiarizado e individualizado, Kate Soper ha planteado recientemente la necesidad de un *hedonismo alternativo* como el imaginario político de una sociedad futura posconsumismo.[28] Un hedonismo alternativo, de acuerdo con Soper, pone de manifiesto la pérdida de placer que acompaña la adquisición irracional de cada vez más bienes de consumo, y avizora la compleja y vibrante estructura libidinal que podría ser activada por culturas de trabajo y estilos de vida menos apresurados, cronocéntricos y adquisitivos. El regreso de la antigua cuestión sobre la planificación, como se verá a lo largo de este libro, aparece entonces como un importante terreno de batalla sobre el que se vislumbran los términos concretos de una futura política de la prosperidad.

La planificación fue una de las ideas-fuerza más importantes del siglo pasado. Su desaparición ha coincidido con el ocaso de aquella sensibilidad que Mark Fisher denominó "prometeísmo popular",[29] y que consiste en la aspiración que alguna vez tuvo la clase obrera de crear

28. Kate Soper, *Post-Growth Living: For an Alternative Hedonism*, Londres, Verso, 2020.

29. Mark Fisher, *Los fantasmas de mi vida. Ensayos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*, Buenos Aires, Caja Negra, 2017.

un mundo que excediera –en términos experienciales, estéticos y políticos– los miserables límites de las relaciones sociales burguesas. El conocimiento histórico de las contradicciones y de las potencialidades de la planificación económica, puede servir a la imaginación táctica y estratégica de nuevos movimientos de masas (feministas, ecosocialistas, antirracistas) que hoy buscan recobrar esta antigua ambición futurista. En términos generales, este libro entonces reformula la clásica pregunta sobre la planificación democrática, y discute algunas experiencias históricas y corrientes teóricas que permiten esbozar aquella tercera figura de la planificación posible. Esta operación, como veremos, también presupone una política del conocimiento: tras haber sido una de sus principales preocupaciones en décadas pasadas, las ciencias sociales han abandonado por completo su interés en la idea de la planificación. Actualmente, la vocación pública de su estatuto disciplinar se vuelca hacia los más acotados y políticamente ambiguos campos de las "políticas públicas" y de la "evaluación de proyectos". Una lectura crítica de este tipo de experiencias, entonces, puede ser de utilidad para volver a pensar una ciencia social comprometida con el cambio social.

IV

En cuanto a su estructura, los distintos capítulos que componen este volumen tienen como finalidad abordar el problema de la planificación democrática desde la óptica de sus *condiciones de posibilidad*, esto es, los principios dinámicos y contingentes –mas no directa o linealmente causales– que permitirían el desarrollo y despliegue inmanente de esta modalidad de gestión. Para fines heurísticos, estas condiciones se han organizado en cuatro grupos: primero, las *condiciones técnicas*, entendidas como

las distintas infraestructuras sociomateriales –digitales, computacionales, logísticas y geoestadísticas– que harían posible la representación, caracterización y gestión de la riqueza social en un proceso de transición; segundo, las *condiciones político-institucionales*, que comprenden las múltiples manifestaciones que asume la relación entre poderes constituidos y poderes constituyentes (parlamentarismo y extraparlamentarismo, ciudadanía y Estado, mercado y plan); tercero, las *condiciones escalares*, que tienen que ver con la manera en que distintos órdenes socioespaciales (la ciudad, la región, el Estado-nación y el sistema-mundo) se coproducen, jerarquizan y recalibran en relación con otros; cuarto, las *condiciones epistémicas*, que se vinculan con el entramado de conocimientos (expertos y vernáculos, situados y algorítmicos, normativos y técnicos) que se movilizan, colisionan y recombinan, dando origen a un tipo de *episteme* propicio para la emergencia de la planificación.

Si bien el análisis de estas distintas condiciones de posibilidad atraviesa todo el libro, los capítulos están organizados de tal forma que se pueda abordar de manera detallada cada una de ellas. El capítulo 2 empieza con una breve discusión acerca del auge de la planificación en los albores del siglo XX, su declive tras el fin de la Guerra Fría, y su retorno bajo la figura de un capitalismo de Estado en la actual crisis planetaria. Posteriormente, se aborda una relectura crítica del "debate sobre el cálculo socialista" de las décadas de 1920 y 1930, volviendo otra vez al problema de la *posibilidad técnica* de la planificación, en especial de cara a discusiones recientes que se han dado en la teoría social crítica. La impresionante reconfiguración sociotécnica del modo de producción capitalista ha llevado a algunos autores a sugerir que los problemas de cómputo y recopilación de información con los que se estrellaron los socialismos realmente existentes, podrían ser finalmente superados. Sin embargo, la cuestión de la

planificación democrática no solo descansa en el acceso a una infraestructura tecnológica que cuantifique y asigne recursos de manera eficiente, también depende de dispositivos institucionales que puedan expandir las posibilidades de la democracia representativa en direcciones inusitadas, incorporando el pueblo trabajador al proceso de elaboración e implementación de planes. Así, este capítulo esboza distintas maneras que podría asumir la compleja relación entre la *técnica* y la *política* en el desarrollo de una nueva figura de la planificación.

El capítulo 3 discute la relación que existe entre la planificación y las relaciones mercantiles, o más generalmente entre mercado y plan. A través de una relectura de la clásica cuestión sobre el "socialismo de mercado", se reflexiona acerca del rol que desempeñarían el dinero y los mercados en una sociedad postcapitalista. El capítulo repasa tanto el debate original sobre esta materia, como las nuevas derivas que este ha adquirido en la era del *big data* y las plataformas digitales. Las corrientes principales en esta discusión, sin embargo, han operado con nociones estrechas y dicotómicas de la relación entre lo económico y lo político. A partir de una revisión de los principales presupuestos de nuevas corrientes de socialismo democrático y autogestionario, se esbozan visiones más expansivas sobre el lugar de los circuitos monetarios y mercantiles en un proceso de transición.

En el capítulo 4 se analizan algunos enfoques de planificación radical cuyo objetivo ha sido el de reinventar la economía más allá del trabajo asalariado y de la ideología del crecimiento ilimitado –los dos principales puntos ciegos de teorías desarrollistas/keynesianas y de sus versiones contemporáneas–. Ante aproximaciones que desarrollan una lectura cuantitativa del crecimiento (crecimiento como fundamento del bienestar social, o crecimiento como algo negativo que debe eliminarse), el capítulo propone un tercer enfoque con una lectura *cualitativa* del crecimiento;

esto es, un tipo de crecimiento *social y conscientemente controlado* que se desligue del imperativo de la acumulación ilimitada de la riqueza abstracta, y cuyo objetivo sea el cuidado de la vida y de los ecosistemas.

Un importante desafío de la planificación democrática es el de lidiar con las fuerzas desintegradoras del sabotaje de oligarquías organizadas cuyos intereses se puedan ver amenazados en un proceso de transición y empoderamiento popular. En consecuencia, el capítulo 5 explora la relación entre conflicto social y planificación. A partir de una concepción del cambio histórico fundamentada en la teoría del desarrollo desigual y combinado, se concluye que la planificación democrática no solamente debe incorporar mecanismos concretos y diversos para darle un cauce institucional al conflicto social en un proceso de transición –y no limitarse a neutralizarlo o ignorarlo, como sucede con la gobernanza neoliberal y con los regímenes autoritarios–. También, requiere garantizar las condiciones de legitimidad y paz social suficientes en el corto plazo para así asegurar reformas más sustantivas o de largo plazo.

Posteriormente, el capítulo 6 aborda la cuestión de la escala del cambio social, pues uno de los principales problemas de la planificación modernista obedeció a su excesiva concentración en la escala nacional. En consecuencia, se analizan las tradiciones de planificación insurgente y del nuevo municipalismo, y la manera en que estas han reposicionado las escalas barrial y metropolitana como laboratorios de experimentación concreta con diseños radicales de política. Ante el entusiasmo que han suscitado estas nuevas corrientes de intervención, también se consideran algunos de sus límites y debilidades, particularmente de cara a su incapacidad de articularse de manera sinérgica con la escala nacional del aparato estatal, y de ofrecer soluciones que vayan más allá de ajustes meramente redistributivos o asistencialistas.

Finalmente, uno de los rasgos más característicos de la planificación económica es el hecho de que fue posible gracias al desarrollo de una *episteme* arraigada en densas redes que conectaban universidades, centros de pensamiento, espacios de militancia política y de toma de decisiones. De acuerdo con esto, el capítulo 7 reflexiona acerca del rol que la universidad, y las ciencias sociales en particular, podrían desempeñar en el desarrollo de un tipo de intelectualidad más holística y orientada hacia la defensa del interés público. Si bien este tipo de intelectualidad ha sido fundamental en la formación de movimientos de planificación en el pasado, la fragmentación de las ciencias, así como el carácter instrumental y ahistórico del conocimiento bajo la universidad neoliberal, dificultan su rearticulación en el presente. Tras el ocaso de la planificación económica en la década de 1980, la planificación urbana se convirtió en el principal paradigma para la gestión de los entornos construidos y territorios periurbanos. La práctica de este campo disciplinar, sin embargo, carece de los elementos constitutivos de la planificación, y se puede entender más bien como una forma de gobernanza territorial que apunta a la mera gestión técnica y mercantil –y por ende despolitizada– del territorio y las relaciones socioespaciales.

(Re)politizar el campo de la planificación urbana implica, ante todo, tensionar su racionalidad sustantiva y su horizonte –o más bien la ausencia de estos en la manera en que el campo se enseña y se practica actualmente–. En términos más amplios, también requiere cuestionar la filosofía popperiana de ingeniería social "fragmentaria" y avalórica que fundamenta los enfoques docentes de política pública en los departamentos de ciencias sociales. El auge de una nueva política de masas, sin embargo, está sirviendo como catalizador para la eventual revitalización de estos campos del conocimiento, y para la construcción de un movimiento internacional de planificación radical.

El capítulo final, entonces, reflexiona acerca de las condiciones epistémicas y políticas que podrían sentar las bases para un *internacionalismo de la planificación*. El dogma neoliberal de privatizaciones, precarización laboral, represión estatal y políticas de austeridad no se ha hecho realidad por cuestiones del azar; ha dependido de dinámicos circuitos internacionales por los que fluyen conocimientos, modelos económicos, fórmulas urbanísticas y protocolos de intervención. Ha llegado la hora de construir un internacionalismo distinto.

PLANIFICACIÓN DEMOCRÁTICA Y LA FORMA DEL ESTADO

I

En un número reciente sobre el retorno de la planificación económica, la revista de teoría crítica *South Atlantic Quarterly* presenta en su portada un primer plano de un supercomputador de última generación, como los que usualmente se emplean en operaciones altamente complejas de modelación climática, astrofísica, de mecánica cuántica y fisión nuclear, entre otros. Esta imagen, a la vez amenazante y sugerente, vislumbra las inmensas capacidades de cálculo y coordinación que se han desprendido de las iteraciones más recientes del modo de producción capitalista. Lejos de ser neutral, sin embargo, la imagen del supercomputador plantea un poderoso enigma acerca de las posibles derivas que tomaría la relación entre la técnica y la política en el siglo que empieza. Por un lado, alimenta las ansiedades sobre la figura distópica de la singularidad

tecnológica que imagina Nick Land:[1] una superinteligencia maquínica y planetaria que se autoproduce de manera frenética y que reduce la voluntad y la agencia humana a un mero epifenómeno. Por otro lado, estas tecnologías también tienden a activar las pulsiones más prometeicas de una izquierda que ve en los sistemas logísticos, robóticos y digitales de la globalización neoliberal, los primeros fragmentos de un futuro socialista de abundancia material, tiempo libre y autogobierno ciudadano.

Libros como *People's Republic of Walmart* [República popular de Walmart][2] y *Comunismo de lujo totalmente automatizado*,[3] expresan el renovado optimismo de la izquierda acerca de la posibilidad técnica de lograr un modo de coordinación consciente del proceso de reproducción social cuya eficiencia no tendría precedentes en la historia humana. Desde la primera década del siglo XXI, los centros de datos de Walmart ya tenían la capacidad de monitorear –casi en tiempo real– 680 millones de productos por semana y 20 millones de transacciones diarias, a partir de un sistema tecnológico que entrelazaba satélites, centros de almacenamiento, redes logísticas transnacionales, proveedores, fábricas y hogares. La experiencia histórica, sin embargo, pone de manifiesto el hecho de que la mera apropiación de las tecnologías capitalistas no es suficiente, y que la planificación no se puede reducir a una operación técnica de asignación óptima; la transformación revolucionaria de la sociedad es impensable sin la activación política de las masas populares, y sin un andamiaje institucional que

1. Nick Land, "Colapso", en Armen Avanessian y Mauro Reis (eds.), *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*, Buenos Aires, Caja Negra, 2017.

2. Leigh Phillips y Michal Rozworski, *The People's Republic of Walmart: How the World's Biggest Corporations Are Laying the Foundations for Socialism*, Londres, Verso, 2019.

3. Aaron Bastani, *Comunismo de lujo totalmente automatizado*, Valencia, Antipersona, 2020.

pueda traducir debates valorativos sobre distintos caminos de desarrollo, en instrumentos técnicos de intervención. Este problema, como veremos, constituye el núcleo central de la cuestión acerca de la planificación democrática.

Históricamente, la primera planificación económica se origina en los años posteriores a la Revolución bolchevique de 1917, cuando el naciente Estado soviético se embarcó en un proyecto cuya ambición no tenía precedentes en la historia: construir una sociedad socialista que fuera tecnológicamente avanzada y urbana, sobre la base de una economía eminentemente campesina y feudal. Para tal fin, se fundó una agencia de planificación nacional centralizada (Gosplan) en 1921. En 1928, esta agencia introdujo el primer plan quinquenal, orientado a aumentar la capacidad productiva y reducir asimetrías entre oferta y demanda en la economía, bajo una metodología de equilibrios materiales (conocida como el modelo *input-output*) que cuantificaba déficits y superávits de productos en los distintos sectores económicos. Tras la Gran Depresión de la década de 1930, las economías capitalistas anglo-europeas también adoptaron la planificación como un mecanismo para mitigar las agudas crisis de desempleo del momento, así como para diseñar un capitalismo benigno que pudiese proteger a la economía nacional de fuerzas de mercado no reguladas en el futuro. En América Latina, por su parte, el auge de la planificación se empieza a dar en la década de 1950, cuando en los ámbitos tecnocráticos se adopta como un importante instrumento para superar la condición de dependencia y subdesarrollo a través de medidas estructurales (reformas agrarias, programas de industrialización por sustitución de importaciones, aumento del poder adquisitivo de la clase trabajadora, etc.).

Estas experiencias de planificación, es importante mencionar, constituyeron (por lo menos en sus fases iniciales) la manifestación decantada o institucional de procesos de activación masiva de demandas ciudadanas en varios

ámbitos. Movimientos socialistas, de liberación nacional, y sindicalistas, entre otros, dieron curso a distintas modalidades de planificación en el siglo XX. Pese a sus distintas posturas ideológicas y político-normativas, la práctica de la planificación generalmente considerada compartió ciertos rasgos comunes. Primero, se caracterizó por la creencia de que el ser humano tendría la capacidad para manejar de modo racional el proceso productivo general, de acuerdo con un diseño establecido de antemano. Adicionalmente, la planificación se caracterizó por combinar, de manera sinérgica, utopía y gestión. De acuerdo con esto, Paul Cockshott y Maxi Nieto definen a la planificación como "la capacidad de determinar democráticamente rumbos de desarrollo económico y social a partir del control del proceso productivo global".[4] Así, la planificación aspiraba a diseñar procesos sociales en función de una *racionalidad sustantiva* que trazara un horizonte normativo (el socialismo, la socialdemocracia o la liberación nacional) y de una *racionalidad formal*, que planteara los métodos y protocolos necesarios para lograr sus objetivos (leyes, estudios basales, proyecciones, censos, cálculos, hojas de ruta, etc.).[5]

Estos presupuestos metodológicos y sustantivos, como es sabido, cayeron en desgracia después de la década de 1980. La excesiva burocratización del proceso de toma de decisiones, la pérdida de competitividad de las economías centralmente planificadas, y en algunos casos el empleo

4. Paul Cockshott y Maxi Nieto, *Ciber-comunismo. Planificación economica, computadoras y democracia*, Madrid, Trotta, 2017, p. 146.

5. Ver Carlos De Mattos, "De la planificación a la gobernanza: hacia un nuevo modo de gestión urbana", *Ciudades*, vol. 66, pp. 1-47, 2005. La distinción analítica entre racionalidad formal y racionalidad sustantiva fue originalmente desarrollada por Max Weber en *Economía y sociedad*, su obra cúspide. Weber desarrolla estos tipos ideales de racionalidad con el fin de comprender la naturaleza contradictoria entre el cálculo numérico y los valores humanos (entendidos en sentido eminentemente axiológico), como dos categorías sociológicas distintas de la acción económica racional.

del terror estatal para implementar reformas profundas, le dieron un mal nombre a este paradigma de intervención. Una de las principales razones de su declive, sin embargo, obedeció a un nuevo consenso teórico que partía de la premisa de que el mercado –y no el Estado– constituye el instrumento más sofisticado y eficiente para la asignación de recursos escasos en una economía. Para Ludwig von Mises, economista de la Escuela de Austria, el sistema de precios que emerge del libre mercado permite a consumidores comparar adecuadamente los atributos de distintos productos, así como a productores comparar su propia productividad frente a otros. Este tipo de "señales de precios" supuestamente constituirían, en su forma agregada, un dispositivo altamente preciso para la toma de decisiones en una sociedad. La idea de una ingeniería holística que operase a partir de criterios normativos y fijados de antemano, entonces, empezó a ser vista como una aspiración no solo burdamente ineficiente, sino incluso ideológica.

En su libro *Camino de servidumbre*, publicado en 1944, el filósofo austriaco Friedrich von Hayek desarrolla lo que a la postre sería considerado el argumento más contundente contra la planificación.[6] Para Hayek, el sistema de precios que emerge del libre mercado constituye nada menos que un sujeto colectivo cuya capacidad para recopilar vastas cantidades de información de transacciones individuales es inigualable. Esta capacidad de recolección de información, de acuerdo con Hayek, simplemente trascendía las posibilidades de cualquier tipo de repositorio central coordinado por entidades estatales, pues las tecnologías de almacenaje y procesamiento de datos con las que contaban los planificadores del momento no daban abasto con el universo de transacciones que se dan en una economía nacional. La planificación central, entonces, carecía de herramientas adecuadas para poder tomar decisiones con la limitada

6. Friedrich Hayek, *Camino de servidumbre*, Madrid, Alianza, 2011.

información disponible, así como para asignar recursos de acuerdo a las necesidades de productores y consumidores en la economía. Por el contrario, Hayek consideró que el sistema de precios permite una suerte de orden espontáneo y virtuoso al cual denominó "catalaxia", cuyos fundamentos se encuentran en el permanente ajuste mutuo de actores económicos individuales en un mercado.

Este consenso, sin embargo, empezó a fisurarse seriamente tras la crisis financiera global de 2008, cuando quedó en evidencia que diversos gobiernos alrededor del mundo emplearon sumas fiscales astronómicas para rescatar a varias de las entidades financieras que causaron el colapso económico. A partir de este momento, se hace evidente el retorno de un tipo de planificación económica a una escala nunca antes vista, y cuyo fin ha sido el de reproducir la supuesta "espontaneidad" o "catalaxia" del mercado liberal. Este tipo de planificación no solamente se puede evidenciar en el agresivo intervencionismo desplegado por un emergente capitalismo de Estado que se desenvuelve a través de mecanismos tributarios regresivos, subsidios a grandes capitales oligopólicos, regímenes de propiedad intelectual y tratados de libre comercio. También se puede observar en el desarrollo de redes de infraestructura logística especialmente diseñadas para permitir el flujo ininterrumpido de las mercancías por cadenas globales de valor altamente concentradas. Los esfuerzos de coordinación entre Estados y compañías con el fin de desarrollar proyectos logísticos de envergadura transcontinental –puertos, corredores interoceánicos, infraestructura intermodal, etc.– han sido titánicos, requiriendo en sí un nuevo modo de gobierno que Matteo Mandarini y Alberto Toscano han llamado "el Estado logístico".[7]

7. Sobre el auge del capitalismo de Estado, ver Ilias Alami, Adam Dixon y Emma Mawdsley, "State Capitalism and the New Global D/development Regime", *Antipode*, 7 de abril de 2021.

El retorno de la planificación económica, sin embargo, no se reduce simplemente al auge de un Estado activista orientado a la defensa del gran capital. La llamada revolución logística y la consolidación de grandes corporaciones como Amazon y Walmart, especializadas en organizar cadenas transnacionales de suministro, han sido posibles gracias a ambiciosos esquemas de planificación estratégica al interior de las propias firmas. Analistas en los medios de comunicación incluso han empezado a hablar de lo que sería un Gosplan 2.0 o Gosplan de Google. Las plataformas digitales de actores monopólicos como Google, Amazon, Facebook y Apple, entre otros, habrían penetrado de tal forma en las transacciones de mercado, que sus cálculos algorítmicos internos estarían funcionando como un sustituto del sistema de precios. En palabras de Yannis Varoufakis, ex ministro de Finanzas de Grecia durante el gobierno de Syriza, "la vasta mayoría de las decisiones económicas han dejado de ser producto de fuerzas de mercado y se toman hoy en día de manera estrictamente jerárquica por un hípercartel, relativamente difuso, de corporaciones globales. Sus ejecutivos fijan precios, determinan cantidades, manejan expectativas, manufacturan deseos y se coluden con políticos para construir seudomercados que subsidien sus servicios".[8] La planificación centralizada y a gran escala está de vuelta, y esta vez es de raigambre eminentemente plutocrática. Este retorno de la planificación, sin embargo, también abre innovadoras posibilidades para la organización democrática de las economías y las sociedades.

II

Como diversos análisis históricos lo han demostrado, la planificación en los socialismos realmente existentes fue

8. Cit. en ibíd.

deficiente y caótica, pues las agencias estatales carecían de información precisa para la toma de decisiones, e incluso de las herramientas necesarias para lograr una asignación óptima de recursos. En la Unión Soviética, la precariedad de los mecanismos de coordinación llevó a conocidos episodios en los que por ejemplo resultaba más barato alimentar cerdos con pan que con harina, o donde cientos de miles de pantalones se manufacturaban sin cierres. De hecho, en lo que hoy en día se conoce como "el debate del cálculo socialista" de las décadas de 1920 y 1930, los economistas de la Escuela de Austria -particularmente Hayek y Mises- consideraron que la planificación era inviable no por cuestiones morales acerca del rol del Estado en la economía; la principal objeción de estos autores se fundamentó en la imposibilidad técnica de recolectar y transmitir información fidedigna sobre cantidades específicas de distintos factores de producción en cada locación económica.[9] Este debate, de hecho, hizo las veces de plataforma de clarificación analítica que permitió a las tradiciones del liberalismo clásico eventualmente transformarse en lo que hoy se entiende como neoliberalismo. Para Hayek y Mises, la superioridad del mercado en su capacidad de movilizar este tipo de información dispersa sobre prácticas económicas, era evidente e incontrovertible.

Relecturas recientes del antiguo debate sobre el cálculo socialista han sugerido que la familia de avances tecnológicos que se desprende de la revolución microelectrónica basada en circuitos integrados ha hecho posible recolectar información detallada y en tiempo real sobre sistemas económicos altamente complejos y distribuidos transnacionalmente.[10] En particular, las capacidades de

9. Sobre el debate del cálculo ver Don Lavoie, *Rivalry and Central Planning: The Socialist Calculation Debate Reconsidered*, Arlington, George Marcus University Press, 2015 y Paul Cockshott y Maxi Nieto, *Ciber-comunismo*, op. cit.

10. Sobre nuevas lecturas del debate del cálculo ver Paul Cockshott y Maxi

nuevas tecnologías de supercomputación, han contribuido a alimentar este nuevo tecnooptimismo sobre el cálculo racional de sistemas complejos. El computador empleado por la planificación soviética de la posguerra (BESM-6 o *"Bol'shaya electronicheskaya schetnaya mashina"*) tenía una capacidad de 800.000 "flops" u operaciones por segundo, es decir, 8 megaflops. Pese a esta limitada capacidad de computación y cálculo, los planes quinquenales que se implementaron desde 1928 permitieron niveles de reconversión técnica y productiva de la economía de tal magnitud, que la Unión Soviética pasó, en el transcurso de algunas pocas décadas, de ser una sociedad semifeudal, a ser una de las grandes potencias científicas e industriales, e incluso a desarrollar ambiciosos programas de exploración espacial.

Los supercomputadores empleados hoy en día para modelación climática, testeo de materiales y cálculos astronómicos, hacen ver al BESM-6 soviético y sus modestos 8 megaflops como un artefacto prehistórico. Desde 2017, los dispositivos de supercomputación funcionan con un promedio de 10^{17} flops (esto es, 100 cuatrillones de flops o 100 petaflops). Actualmente, se espera que las tecnologías de supercomputación puedan empezar a operar en la escala de exaflops (un quintillón de operaciones de cálculo por segundo) en cualquier momento de la presente década. Si bien estas cifras de por sí significan nada en concreto, no dejan de ser sugerentes. En consecuencia, la idea de una apropiación social de bases de datos, algoritmos y modelos de aprendizaje maquínico, le ha devuelto al pensamiento de izquierda un nuevo sentido de confianza acerca de su potencial táctico-estratégico y de su vocación de trasformación histórica. Dado el carácter altamente socializado

Nieto, *Ciber-comunismo*, op. cit.; Leigh Phillips y Michal Rozworski, *The People's Republic of Walmart*, op. cit. y Evgeny Morozov, "Digital Socialism? The Calculation Debate in the Age of Big Data", *New Left Review*, vol. 116, pp. 33-67, 2019.

de la producción del conocimiento científico, hoy es más posible que nunca *hackear* y reprogramar los artefactos técnicos de la globalización avanzada y la robotización generalizada del proceso productivo, poniéndolos en manos de movimientos populares que aspiren a planificar democráticamente la economía. En esos términos, Dyer-Witheford sugiere que un socialismo cibernético que abra la puerta para una "abundancia roja", incluiría los siguientes elementos:

> Utilización de las técnicas más avanzadas de supercomputación para calcular algorítmicamente el uso de recursos y de trabajo a niveles locales, regionales y globales, entre múltiples caminos hacia el desarrollo humano; selección de estos caminos a través de discusión democrática escalonada en asambleas que incluyan redes digitales socializadas [...]; actualización ultraveloz y revisión constante de los planes seleccionados por flujos de big data recolectados de múltiples puntos de producción y consumo; transición de crecientes números de bienes y servicios al dominio público ante el avance de la automatización, licencias copy-left, comunes *peer-to-peer*, y otras formas de microrreplicación; la retroalimentación de todo el proceso por parámetros fijados por simulaciones, sensores y sistemas satelitales que cuantifican y monitorean el intercambio metabólico de las especies con el entorno planetario.[11]

Uno de los temas aún no resueltos en estas reinterpretaciones del debate del cálculo socialista, sin embargo, es el tipo de arquitectura institucional y democrática que permitiría el despliegue de mecanismos de planificación de la naturaleza antes mencionada. Si bien se asume que

11. Nick Dyer-Witheford, "Red Plenty Platforms", *Culture Machine*, vol. 14, pp. 1-27, 2013.

los planes y protocolos serían elaborados democráticamente por consejos y asociaciones obreras y ciudadanas, no existe mayor profundización acerca de qué tipo de Estado podría encauzar y catalizar procesos de deliberación de esta índole. En esta medida, las discusiones recientes sobre las condiciones de posibilidad de un socialismo digital han carecido de una *teoría política del Estado* y de las *instituciones*. Si una planificación postcapitalista fuese el producto de un esquema de democracia directa –por ejemplo bajo el modelo bolchevique de consejos o soviets– no queda claro de qué manera el Estado liberal-representativo se transformaría (o desmantelaría) para darle paso a una nueva constelación de instituciones de base. Por otro lado, si una planificación de esta índole se desarrollara bajo el sistema de la democracia representativa, la arquitectura del aparato del Estado –al menos como lo conocemos hoy– tendría que sufrir transformaciones de orden estructural, las cuales aún no son siquiera discutidas por gran parte de la literatura existente.

Otro de los asuntos inconclusos en las relecturas sobre el debate del cálculo es el nada insignificante problema de la libertad en una economía racionalmente planificada por sistemas sociotécnicos muy avanzados. De partida, la idea misma de que los planes y protocolos de intervención sean elaborados por dispositivos de trazabilidad logística, información geoespacial y de supercomputación, esboza la eventual consolidación de un Estado o agencia de planificación omnisciente. Un entramado institucional con tal capacidad de vigilancia debería causar alarma, cuando no temor, pues su burocratización o cupularización siempre sería una posibilidad concreta. El sistema de crédito social chino [*shèhuì xìnyòng tǐxì*] en el que un algoritmo le asigna un factor o puntaje de "reputación social" a los individuos a partir de tecnologías de cibervigilancia que registran cada aspecto de su conducta, vislumbra escenarios distópicos de esa naturaleza. En consecuencia, la

emergente discusión internacional sobre el horizonte de la planificación debe avanzar hacia una mayor elaboración teórica acerca de los mecanismos institucionales concretos –auditorías, organismos de control, protocolos de buenas prácticas y transparencia, etc.– que tendrían que ser puestos en práctica no solamente para garantizar las libertades civiles, sino también para controlar a funcionarios o representantes que abusen de las facultades que han sido delegadas en ellos.

El problema de la axiología y de las valuaciones es otro de los aspectos que demanda un diálogo más directo entre las teorías críticas sobre la planificación, con las preguntas y preocupaciones de la filosofía política normativa y de las instituciones. Algunas variantes del emergente debate sobre planificación cibernética por lo general llevan implícito el control automático del trabajo, la automatización de la política y la reducción de importantes cuestiones sobre el esfuerzo y la cooperación humana a asuntos meramente técnicos (e incluso actuariales). Así, el concepto de la planificación se tiende a despojar de su naturaleza irreduciblemente política, limitándose tan solo al acto de solventar problemas de incertidumbre, riesgo, asimetrías de información, distribución del excedente social, etc. Lograr acuerdos sobre objetivos de desarrollo específicos (como el destino de las industrias fósiles, de la carne, de los mercados de capitales, del automóvil particular, y de las fuerzas armadas, por citar algunos de los ejemplos más polémicos) es una empresa tan compleja que resulta a todas luces imposible de acotar a cualquier modelo de álgebra matricial o de programación lineal sobre asignación óptima de recursos. En sus versiones más tecnofetichistas, la nueva discusión sobre socialismo digital plantea una subordinación casi total de la política (o más precisamente, de *lo político*) a los designios de la técnica. Este problema se puede evidenciar con mayor claridad en el paradigma de planificación cibernética propuesto por Paul Cockshott y

Allin Cottrell en su libro de 1993, *Towards a New Socialism* [Hacia un nuevo socialismo], el cual ha sido incluso tildado de ser una suerte de "ciber-estalinismo".[12]

En otras palabras, las condiciones de posibilidad de una planificación que se pueda autoproclamar como *democrática*, descansan en replantear y tensionar la relación entre la racionalidad formal y la racionalidad sustantiva. Para Max Weber, estas dos racionalidades se encuentran necesariamente en conflicto.[13] Si bien la racionalidad formal de los protocolos permite cuantificar e intervenir procesos sociales, esta no dice nada acerca de la racionalidad sustantiva de un sistema económico –o sea, sobre su capacidad para satisfacer necesidades, deseos y aspiraciones humanas–. El concepto de la racionalidad formal es relativamente simple, pues concierne el grado de cálculo que es tecnológicamente posible para una actividad dada. Por el contrario, Weber consideraba que la racionalidad sustantiva está repleta de dificultades epistemológicas y normativas, ya que necesariamente conlleva la espinosa pregunta sobre ética, política, utilitarismo, rango social, igualitarismo, y en general, una infinitud de valores absolutos y fines últimos. Para los economistas de la Escuela de Austria y sus herederos intelectuales, por ejemplo, la racionalidad sustantiva carece de interés o relevancia, pues básicamente se asume que la racionalidad formal del mercado (el sistema de precios como mecanismo único de asignación de recursos) cumple fines morales.

Tensionar los dilemas axiológicos y repertorios de valuación que hacen parte de la racionalidad sustantiva, entonces, implica adentrarse en los complejos avatares de la deliberación política, el disenso y la creación de coaliciones y acuerdos. Una planificación de esta naturaleza sin duda

12. Ver Paul Mason, *Postcapitalismo. Hacia un nuevo futuro*, Madrid, Paidós, 2016 y Jasper Bernes, "Planning and Anarchy", *South Atlantic Quarterly*, vol. 119, n° 1, pp. 53-73, 2020.

13. Max Weber, *Economía y sociedad*, México, FCE, 1996.

sería mucho más desorganizada y compleja que la que existiría en una "República Popular de Walmart". Los esquemas de planificación de conglomerados transnacionales del comercio minorista son claramente indisociables de las formas de control, disciplina y explotación del trabajo que caracterizan al capitalismo de cadenas de suministro. Para resaltar cuán jerárquica y cruel es la planificación estratégica de la megacompañía Amazon, Leigh Phillips y Michal Rozworski comentan de manera satírica que "Jeff Bezos es el Stalin calvo y sin bigote del comercio online".[14] Una de las pocas experiencias históricas que ejemplifican un esfuerzo importante por reconciliar la técnica y la política en un proyecto de planificación democrática no capitalista es quizás el proyecto Synco (o Cybersin en inglés) desarrollado por el gobierno de Salvador Allende en Chile en la década de 1970. Synco fue una ambiciosa iniciativa de computación revolucionaria que empleaba tecnologías cibernéticas y de telecomunicaciones de avanzada en su momento, para construir un sistema de regulación de la economía nacional en tiempo real.

Uno de los aspectos más memorables de este proyecto es sin duda el diseño de su sala de operaciones, que recuerda la estética cósmica del centro de mando de Enterprise, la nave de la clásica serie televisiva *Star Trek*. Esta sala –su *ops-room*– es llamativa no solo por su estética marcadamente futurista; como lo sugiere Eden Medina, la organización de las sillas en un esquema de mesa redonda tenía como finalidad resaltar el carácter antiburocrático y obrerista del gobierno de la Unidad Popular.[15] En estas sillas se sentarían representantes sindicales de las principales industrias del país y representantes del gobierno, para que interactuasen en igualdad de condiciones. La sala de

14. Leigh Phillips y Michal Rozworski, *The People's Republic of Walmart*, op. cit., p. 78.

15. Eden Medina, *Cybernetic Revolutionaries: Technology and Politics in Salvador Allende's Chile*, Cambridge, MIT Press, 2014.

operaciones estaba conectada por un sistema de telecomunicaciones con fábricas, minas, explotaciones agrícolas y otros espacios productivos, con los cuales se intercambiaría información de manera permanente. Si bien este proyecto se vio violentamente truncado por el golpe militar de 1973, la novela retrofuturista de Jorge Baradit, titulada *Synco*, imagina sus posibles derivas en el evento de que el gobierno de Allende no hubiese sido derrocado. En una escena, Fernando Flores (uno de los creadores del proyecto) le relata a Martina, la protagonista de la novela –en un tono sobresaltado y con aires demagógicos– la manera en que Synco había revolucionado la economía nacional:

> De pronto la producción de un país completo dejó de depender de los manejos económicos mezquinos de la oligarquía y el capitalismo para transformarse en una danza armónica entre factores de consumo y necesidades de la población [...] Los deseos del pueblo son convertidos en números, que Synco y sus asistentes humanos interpretan como en una sinfonía de singular belleza [...] La producción es ahora un fenómeno biológico que no se debe casi intervenir, sino solo asistir, como el jardinero que poda aquí o allá, agrega agua y algún fertilizante, pero es consciente de que el proceso mismo se realiza frente a sus ojos, caóticamente al parecer, ordenadamente en realidad, generando patrones tan bellos como la distribución de los pétalos de una rosa.[16]

La infraestructura tecnológica que soportaba el proyecto Synco –su racionalidad formal– sin embargo, no fue diseñada para coordinar de manera automática aquel Edén socialista que describe el Fernando Flores ficticio de la novela. De hecho, Martina posteriormente descubre que tras estas exageradas representaciones oficiales, la puesta

16. Jorge Baradit, *Synco*, Santiago, Ediciones B, 2008, p. 81.

en marcha de Synco había en realidad avivado variados e imprevistos conflictos sociales. Con esto, la novela de Baradit sugiere que la tendencia al desacuerdo no puede ser anulada por el mero despliegue de la técnica, y que cualquier proceso de democratización necesariamente altera el reparto de lo sensible, dando voz a quienes no la tienen y por ello politizando ámbitos inesperados de las relaciones sociales. Es por esta razón que Synco no fue pensado para funcionar como un dispositivo de asignación óptima; desde el principio, sus creadores lo entendieron apenas como un medio para facilitar la realización de los ideales *políticos* de democracia económica, autogobierno obrero y justicia territorial en los que se inspiraba la UP. La definición de esta racionalidad sustantiva, como se verá más adelante, obedeció a un arduo proceso de activación política de masas casi sin precedentes en la sociedad chilena.

Pese a que el Proyecto Synco nunca fue puesto en marcha, la ambición y las aspiraciones que inspiraron su diseño ofrecen claves para pensar en nuevos y más intensos vectores de democratización en el futuro; más importante aún, también nos recuerdan lo extraordinariamente limitada que es la imaginación política y tecnológica en el presente. Las circunstancias actuales, sin embargo, indican que algunos movimientos sociales están lentamente transitando hacia una vocación más táctica, creando así un entorno propicio para el retorno de la planificación. Múltiples movimientos populares subalternos se han apropiado de tecnologías capitalistas para reprogramarlas, y también han desplegado distintos protocolos de intervención para avanzar procesos de democratización del poder en entornos locales y comunitarios. Comunidades de microfabricación digital, tecnologías de blockchain, urbanismo de plataformas, redes *peer-to-peer*, infraestructuras de código abierto y movimientos agroecológicos, como veremos en la siguiente sección, están impulsando iniciativas

autogestivas y circuitos no mercantiles de intercambio económico en diversos ámbitos de la vida social.

III

En años recientes, el pensamiento y la política radical empezaron a comprender –todavía tímidamente– que su apuesta de las últimas tres décadas por una política localista e identitaria, ha sido incapaz de ofrecer una alternativa coherente y viable al actual modelo socioeconómico. Este tipo de política tuvo buenos rendimientos en términos de su capacidad de denunciar y visibilizar los efectos negativos del sistema, así como de diversificar el rango de sujetos políticos posibles (más allá del proletariado asalariado, masculino y blanco). Su principal aporte fue ampliar y diversificar la rígida noción de clase con la que operan organizaciones de izquierda más tradicionales, visibilizando asuntos como el género, la raza o el medioambiente. Algunos de estos movimientos incluso han replanteado sus repertorios tácticos, pasando de un énfasis en la denuncia, a un interés activo en la intervención urbano-territorial y la acción directa no violenta. Tradiciones de intervención tales como las asociadas a la planificación insurgente, el urbanismo táctico, la agroecología y la innovación de base, entre otros, han puesto en marcha diversos mecanismos de democracia participativa para afrontar, de manera colectiva y local, problemas urgentes de gobernanza ecológica y urbano-territorial.

Las orientaciones políticas y repertorios metodológicos de estos movimientos de base son diversos. Sin embargo, comparten el hecho de que se oponen a la rigidez de los protocolos de planificación convencionales, los cuales usualmente se diseñan e implementan "desde arriba" y sin consideración por las condiciones particulares de las comunidades y/o ecosistemas afectados. El movimiento

del nuevo municipalismo, por ejemplo, ha demostrado que las alcaldías son un frente estratégico para desarrollar una política de escala que pese a estar arraigada en el territorio, no caiga en la trampa del localismo particularista. El caso de Barcelona en Comú –con el liderazgo de la alcaldesa Ada Colau– es quizás el ejemplo más paradigmático de cómo desde el gobierno local se pueden impulsar potentes iniciativas de participación de base, justicia socioespacial y empoderamiento ciudadano. Varios de los gobiernos locales del nuevo municipalismo se han apoyado en plataformas digitales para inventar nuevas modalidades de democracia participativa e implementar programas de gobierno inspirados en principios ecosocialistas y feministas. Así, este nuevo municipalismo de plataformas se desmarca de los protocolos neoliberalizantes y tecnocráticos de las "ciudades inteligentes", disputando las infraestructuras tecnológicas de la ciudad y ampliando los límites de la ciudadanía –bajo la consigna de *"soberanía tecnológica"* de y para quienes habitan la ciudad–.

También, al interior de las comunidades de hackers, redes *peer-to-peer* y movimientos de código abierto o *creative commons*, han surgido importantes modalidades de activismo e intervención urbana que disputan y subvierten la circulación neoliberal de la riqueza social. Si bien en sus inicios el movimiento transnacional de código abierto estuvo enfocado en la circulación libre de software y mercancías digitales (películas, música, libros), hoy en día ha empezado democratizar el acceso y uso de bienes y servicios más diversos. El movimiento de replicación digital (o impresión en 3D) iniciado por el ingeniero Adrian Bowyer en 2005, por ejemplo, surgió con la finalidad de diseñar y producir una impresora 3D de bajo costo que fuera capaz de imprimir sus propios componentes, y que con ello pudiese desatar una cadena infinita de autorreplicación. Así, la masificación de estas tecnologías de replicación o microfabricación digital podrían propiciar una suerte

"comunismo cotidiano" que derrumbe la ley del valor, pues permitiría replicar bienes de necesidad cotidiana a un costo muy reducido.[17] A través del uso de tecnologías de esta naturaleza, movimientos como Bioleft, Farm Hack y Slow Tools, por ejemplo, producen desde semillas hasta repuestos de tractores y otros tipos de maquinaria e insumos agrícolas de código abierto, saboteando así no solamente los ciclos de funcionamiento de la obsolescencia programada, sino también licencias abusivas de propiedad intelectual que generan relaciones de dependencia entre agricultores y fabricantes de insumos técnicos.

De manera más reciente, estos movimientos de código abierto han incluso ampliado su repertorio de acción para intervenir en la organización espacial del entorno construido y la infraestructura de las ciudades. La Red de Arquitectura de Código Abierto, fundada por Cameron Sinclair en 2006, emplea tecnologías de *crowdsourcing* para circular diseños y prototipos de casas ("WikiViviendas") que pueden ser descargados libremente y replicarse con máquinas de control numérico (CNC), y luego ensamblarse –de forma similar a como se ensamblan los muebles de IKEA–. En general, el movimiento por la tecnología abierta se expande a cada vez más ámbitos de las ciudades, permitiendo la multiplicación de prototipos de infraestructura de código abierto que disputan los usos y prácticas de los espacios de la ciudad. Desde huertos urbanos, hasta plazas *pop-up*, parques de patinaje, redes de WiFi autogestionadas y microestaciones de energías alternativas, los proyectos de hardware urbano de código abierto le están imprimiendo a la ciudad contemporánea un nuevo entramado de relaciones sociotécnicas. De acuerdo con Alberto Corsín-Jiménez, este urbanismo de código abierto ha desestabilizado las distinciones entre lo que es privado y público en los espacios y tecnologías urbanas; también, estas

17. Ver Guy Rundle, "All Power to the Makerspaces", *Jacobin*, vol. 17, pp. 83-87, 2015.

formas de intervención urbana están arraigadas en redes transnacionales por las que circulan conocimientos, protocolos y prototipos de carácter contrahegemónico; por último, han permitido modos de gobernanza urbana donde son las comunidades mismas –y no burócratas o tecnócratas– quienes gestionan el espacio de la ciudad.[18]

Estas prácticas emergentes de intervención colectiva y de experiencias insurgentes, sin embargo, aún no han logrado precipitar transformaciones de carácter más amplio, dada su incapacidad de articularse de manera sistemática con otras escalas del tejido de toma de decisiones del Estado, particularmente la escala nacional y la multilateral. Asimismo, la tendencia de este tipo de movimientos a buscar soluciones incrementales, localizadas y de corto plazo frente a programas de gran escala y de más largo plazo, ha menoscabado su capacidad de tensionar seriamente el orden neoliberal. Por el contrario, estas modalidades de urbanismo insurgente incluso favorecen a los regímenes neoliberales porque alivian o desplazan (así sea temporalmente) sus efectos socioespaciales disruptivos, sin interrumpir la configuración normativo-institucional que los origina. Algo similar sucede con los movimientos agrarios fundamentados en las agendas de la soberanía alimentaria y el buen vivir (*sumak kawsay*). Estos movimientos han sido incapaces de lograr sus objetivos por carecer de una estrategia concreta para infiltrar y movilizar la escala nacional del poder estatal, y activar transformaciones cuya escala y profundidad sea siquiera comparable a la de las reformas agrarias del siglo XX. Pese a sus ambiciosos objetivos, sus principales conquistas han consistido en conseguir la implementación de meras políticas públicas asistencialistas a nivel local.

18. Alberto Corsín-Jiménez, "The Right to Infrastructure: A Prototype for Open Source Urbanism", *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 32, pp. 342-362, 2014.

El déficit institucional que caracteriza a muchas tradiciones de diseño crítico y urbanismo insurgente arraigadas en los mencionados movimientos, les ha impedido considerar seriamente la manera en que los marcos regulatorios, las obras públicas, las infraestructuras y los programas de intervención *top-down/bottom-up*, podrían impulsar transiciones sociotécnicas y económicas profundas. Incluso pese a estar arraigados en el aparato del Estado, los diversos programas de intervención municipalista actualmente en marcha en diversas ciudades del mundo se mantienen relegados a la escala local, abandonando la aspiración de que sus instrumentos de intervención puedan escalar para abordar no solamente problemas locales de distribución, sino también el gobierno del modo de producción en sí mismo. Este déficit institucional en los cursos de acción de algunas de estas corrientes de intervención se evidencia en la crítica que Pablo Stefanoni hace del movimiento latinoamericano por el buen vivir. El principal problema de las propuestas que surgen desde el discurso del buen vivir, consistiría en que

> aparecen desvinculadas del debate macro y microeconómico y de la elaboración de propuestas transicionales relacionadas con el "otro mundo es posible". Problemas como el trabajo, la innovación, la tecnología, el mercado y muchas otras temáticas con las que el socialismo real se estrelló [...] -dejando en evidencia que su abordaje resulta imprescindible en un proyecto postcapitalista- están completamente diluidas en una retórica cuasi mística en algunos casos o simplemente utópica/alter-civilizatoria en otros, con un riesgo a la vista: en el caso boliviano, el proceso de cambio choca a diario con viejos problemas como la debilidad del Estado y una institucionalidad endeble [...].[19]

19. Pablo Stefanoni, "¿Y quién no querría 'vivir bien'? Encrucijadas del proceso de cambio boliviano", *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*, vol. 53, pp. 1-6, 2012.

En términos generales, los movimientos de esta índole han carecido de programas concretos que permitan avanzar hacia un proceso de reconversión productiva que democratice los modos de funcionamiento de la economía nacional. Pese a esto, es erróneo negar el poder transformador de estos movimientos por simplemente carecer de la visión sistémica o macrosocial de las antiguas organizaciones obreras o socialistas y tratarlos peyorativamente en términos de una "política folk".[20] En esta medida, no solo es factible sino también necesario construir de manera molecular un sistema económico postcapitalista dentro del orden existente. Estas formas de experimentación y de heterogeneidad económica deben dejar de ser vistas como iniciativas pintorescas; por ello, es urgente avanzar hacia la construcción de un Estado activista que pueda fomentarlas con normativas tan sistemáticas y enérgicas como las que hoy en día subsidian las industrias fósiles, la gran agroindustria, las farmacéuticas, y que en eventos de crisis movilizan sumas astronómicas para rescatar a bancos y otras instituciones financieras corruptas. El aparato estatal de la democracia liberal, sin embargo, es incapaz de impulsar una transición de esta magnitud. La proliferación de formas de heterogeneidad económica que sean viables y sostenibles en el tiempo, como veremos en la siguiente sección, necesita de una redefinición estructural de la arquitectura misma del aparato del Estado.

IV

Una planificación democrática que tenga la capacidad de transformar los mecanismos de producción y circulación de la riqueza en la sociedad, depende entonces de una

20. Ver Alex Williams y Nick Srnicek, "Manifiesto por una política aceleracionista", en Armen Avanessian y Mauro Reis (eds.), *Aceleracionismo*, op. cit.

articulación institucional adecuada entre las distintas configuraciones del poder público, sin que una predomine sobre otra. Es decir, se hace necesario pensar la escala nacional del Estado como un espacio estratégico que también debe ser disputado y pluralizado, para luego articularse de manera efectiva con otras escalas de la *potestas* de la comunidad política, desde los organismos multilaterales, hasta los municipios, las regiones y las organizaciones extraestatales. La posibilidad de una planificación contrahegemónica, sin embargo, no depende de la mera apropiación de los medios de planificación. El diseño y construcción de instituciones políticas revolucionarias es una tarea tan urgente como lo es la invención de redes autogestivas y de mecanismos técnicos de cálculo racional. Las políticas industriales que permitieron aumentos exponenciales en la capacidad productiva de las economías del este asiático –y particularmente en países como Japón, Taiwán y Corea del Sur– no solamente se apoyaron en censos y protocolos técnicos de medición, sino también en la creación de bancos de fomento, entidades antimonopolio, programas robustos de tributación progresiva, y una variada gama de empresas públicas.

Los Estados socialdemócratas y socialistas del siglo XX, por el contrario, se edificaron sobre un terreno inestable, pues su operación estuvo condicionada por las contradicciones y límites de un aparato institucional que solo era capaz de mirar desde arriba, era en extremo burocrático, masculinizado, marginaba los saberes considerados como no expertos, y se fundamentaba en la ideología del crecimiento económico infinito. El paradigma de intervención del alto modernismo, poderosamente retratado en libros como *Dreamworld and Catastrophe* [Mundos soñados y catástrofe], de Susan Buck-Morss, *The Death and Life of Great American Cities* [Muerte y vida de las grandes ciudades norteamericanas], de Jane Jacobs, *El Estado mágico*, de Fernando Coronil, o *Seeing Like a State* [Ver como un

Estado], de James Scott, trajo consigo consecuencias sociales y ecológicas desastrosas, desde modelos de gestión urbana y económica absurdamente ineficientes y rígidos en los Estados capitalistas, hasta *gulags*, persecución política y ejecuciones en masa en los países del bloque soviético. Así, una planificación que pretenda superar pasados episodios de centralismo político y epistémico no se limita a la conquista del poder político y al posterior reemplazo de un grupo de planificadores por otro. El carácter democrático de un proyecto de coordinación consciente de la sociedad descansa principalmente en la capacidad de impulsar la participación activa e ilimitada de las masas en el Estado de derecho, y en ampliar el rango de saberes y conocimientos que cuentan como legítimos.

La implementación de cauces y dispositivos para la incorporación sustantiva de organizaciones intermedias y de grupos de democracia de base al proceso de diseño de planes, podría eventualmente dar curso a una institucionalidad intermedia o meso; este tipo de institucionalidad evitaría los extremos de una planificación muy envolvente (los casos de la planificación soviética o del dirigismo francés) o de una planificación con espacios productivos tan autónomos que carezcan de la capacidad de identificar el interés social (el caso yugoslavo). En general, los dos principales modelos o esquemas existentes para un Estado de transición han sido el estatista (propio de los socialismos realmente existentes y de regímenes socialdemócratas) y el de la democracia de base o "consejista" (inspirado en la figura de consejos de trabajadores, impulsada por la III Internacional a partir del modelo de los soviets rusos y sus distintas derivaciones). Este dilema, para el teórico del Estado Nicos Poulantzas, se reduce a una dicotomía elemental entre mantener el Estado, apuntando a un programa modificado de la democracia representativa –lo cual desembocaría en un estatismo socialdemócrata o en un parlamentarismo liberal–,

o demoler el Estado representativo para reemplazarlo por una democracia de base –lo cual, a su vez, inevitablemente llevaría al despotismo de Estado y a la dictadura de expertos y vanguardias iluminadas, como sucedió con el modelo soviético–.[21]

El problema esencial del camino democrático al socialismo, para Poulantzas, se debe entonces desligar de la anterior dicotomía, y por lo tanto conlleva el siguiente interrogante: "¿Es posible una transformación radical del Estado en la que la extensión y profundización de las libertades políticas y las instituciones de la democracia representativa (que también fueron una conquista de las masas populares) *se puedan combinar con la extensión de formas de democracia directa y con la proliferación de cuerpos autogestivos?*".[22] Para Poulantzas, este acertijo es de orden fundamental, pues a su parecer el socialismo solamente es posible si su diseño institucional logra realizar la promesa de la democracia. La vía democrática hacia una sociedad postcapitalista, por ende, no se reduce a una trayectoria parlamentaria o electoral, por importantes que puedan ser las victorias electorales como mecanismo que permita a las masas movilizadas alterar las relaciones de fuerza al interior del Estado capitalista.

Si bien la historia aún no ofrece una experiencia exitosa de socialismo democrático, el conocimiento histórico de los ejemplos negativos –lo que no se debe hacer– así como de los experimentos fallidos, es vital para la discusión de posibles alternativas. El caso del gobierno de la Unidad Popular en Chile durante el período 1970-1973 es, sin duda, el ejemplo más cercano de un esquema de poder dual que no sea transitorio,[23] sino que aspire a la

21. Nicos Poulantzas, *State, Power, Socialism*, Londres, Verso, 2000.

22. Ibíd., p. 256, énfasis en el original.

23. La primera y más paradigmática instancia histórica de poder dual se dio en el marco de los años que precedieron la Revolución rusa, a partir de las relaciones simultáneamente complementarias y antagónicas

coexistencia de cuerpos de democracia directa y del Estado representativo como un elemento intrínseco del proyecto político. La vía chilena al socialismo, de acuerdo con Salvador Allende, sería un *segundo modelo de transición socialista*, de carácter inédito, pues el proceso revolucionario se presentaría de manera pluralista y democrática. Para Allende, la toma del poder mediante elecciones presidenciales generales no era el fin del camino; era solo un hito dentro de un proceso de organización política de masas y de construcción de instituciones estatales que eventualmente transformaría la estructura de distribución y producción de la riqueza en la economía nacional.

El Estado representativo no solamente impulsaría la constitución de grupos ciudadanos con el objetivo de expandir la democracia económica al incorporar al pueblo trabajador al proceso de planificación y de gobierno corporativo en un sistema de economía mixta, el cual comprendía corporaciones nacionalizadas de sectores clave, tales como la manufactura, la minería, la banca, la agricultura y el abastecimiento logístico; también amplificaría estas formas de poder popular para conquistar una mayoría social que pudiera darle legitimidad a su proyecto transformador entre sectores amplios de la población que incluyeran a las clases obreras y también a las clases medias. El concepto de *poder popular*, como lo sugiere el estudio historiográfico de Frank Gaudichaud,[24] se presenta en los discursos de Allende y en los documentos programáticos de la UP como

entre los soviets (consejos de trabajadores autogobernados) y la Duma (el organismo legislativo del Estado zarista). La dirigencia del movimiento bolchevique, sin embargo, siempre concibió esta configuración de poder dual como algo transitorio, ya que desde el principio se aspiró a disolver la Duma, apuntando así a que todo el poder soberano recayera sobre los soviets. Dado este antecedente histórico, el concepto de poder dual tradicionalmente se ha entendido como una estructura transitoria que involucra el reemplazo del aparato estatal por un aparato de consejos.

24. Frank Gaudichaud, *Chile 1970-1973: mil días que estremecieron al mundo*, Santiago, LOM, 2016.

un intento de superar una lectura obrerorreduccionista, incorporando capas variopintas y abigarradas de la población (el campesinado, las clases medias, las mujeres, la pequeña burguesía, así como otras capas subalternas de la sociedad) a su visión del cambio social. Como es bien sabido, este experimento culminó de manera trágica e intempestiva. Un contexto geopolítico desfavorable, sumado a los persistentes actos de sabotaje de grupos reaccionarios y a los efectos inesperados de la politización de las bases populares, llevó a un entorno de turbación del orden público que precipitó un golpe militar en 1973.

En particular, la activación acelerada y abrupta de distintos sectores de las bases populares desembocó en un escenario de polarización dentro de las fuerzas de izquierda, deviniendo en un paisaje fragmentado de facciones con visiones discordantes sobre la manera, la escala y la velocidad en la que se debería conducir el proceso revolucionario. Las distancias geográficas entre espacios rurales y urbanos, sumado a la ausencia de canales de comunicación y deliberación efectivos, contribuyeron a una cacofonía de voces que clausuró la posibilidad de diálogo entre estos grupos, y que terminó por restarle credibilidad política, coherencia estratégica y capacidad táctica al proyecto político de la UP. En este sentido, la experiencia chilena también demuestra que para que sea exitoso, un proceso de activación de masas a gran escala requeriría de mecanismos técnicos de coordinación y deliberación capaces de dar un cauce eficaz a la interacción entre el aparato estatal y grupos extraestatales. Es precisamente por esta razón que Oscar Wilde consideraba que el socialismo era una buena idea, pero que llevarla a la práctica sería en extremo tedioso, pues demandaría aburridas e interminables tardes destinadas a la deliberación.

Las infraestructuras de retroalimentación de datos [*feedback infrastructure*] como las que facilitan la coordinación de actores económicos en plataformas del tipo

Airbnb y Uber, de acuerdo con discusiones recientes sobre el horizonte de la planificación en la era digital, podrían ser reprogramadas y empleadas para resolver problemas de organización como los antes mencionados. Al estar tecnológicamente mediados por robustos ecosistemas de datos, estos procedimientos de deliberación democrática funcionarían como mecanismos de solución de problemas, así como de coordinación efectiva entre entramados de consejos de planificación que representen distintos sectores económicos o estamentos. La activación de dispositivos de deliberación y asignación de recursos de esta índole, sin embargo, no sería una operación meramente técnica. Involucraría un primer escenario de lucha material en la que se disputaría el uso y la propiedad de las infraestructuras de datos con quienes han buscado monopolizarlas en aras de obtener ganancias privadas (desde megacorporaciones como Google y Facebook, hasta plataformas más "locales" de repartos a domicilio). En pocas palabras, una apropiación democrática de la infraestructura de datos requeriría que Facebook, Twitter, Instagram, y otras plataformas de la web 2.0 no solamente se transformaran en operaciones autogestionadas por sus trabajadores y trabajadoras, sino también en auténticos foros para el diseño y la elaboración de planes. En las sugerentes palabras de Dyer-Witheford, "sería un Gosplan pero con tuits y *likes*".[25]

La incorporación sustantiva de la ciudadanía al proceso de planificación no necesariamente implicaría concebir a la mayoría como un ente decisorio infalible. Sin embargo, ante la existencia de una democracia política real, de fuentes de información suficientes y fidedignas, Ernest Mandel[26] sugiere que es difícil concebir que la mayoría pudiese preferir que sus bosques murieran, que su acceso

25. Nick Dyer-Witheford, "Red Plenty Platforms", op. cit.
26. Ernest Mandel, "In Defense of Socialist Planning", *New Left Review*, vol. 159, pp. 5-37, 1986.

a alimentos y bienes de consumo básico disminuyera, que la calidad de sus sistemas de vivienda se degradara, y que sus hospitales sufrieran de insuficiencia de insumos y personal. Si bien un modelo de coordinación consciente y democrático de esta naturaleza no sería un sistema "socialista" propiamente, sí permitiría el inicio de una transición hacia un tipo de sociedad en la que las principales decisiones sobre la organización de la vida en común ya no estuvieran al arbitrio de fuerzas abstractas de mercado, de oligarcas decadentes, o de cúpulas burocráticas antojadizas. Como veremos en el capítulo 5, la expansión de la democracia no significaría que el conflicto en la sociedad va a desaparecer. Por el contrario, una transición postcapitalista –al menos en sus estadios iniciales– involucraría la exacerbación de los antagonismos de clase y del desacuerdo entre distintos grupos sociales. Este tipo de conflictividad, sin embargo, sería un signo de que la comunidad política por fin se empieza a hacer protagonista de su propio drama vital, y que deja de deambular de manera inconsciente e irracional hacia el abismo.

LA RELACIÓN ENTRE MERCADO Y PLAN

I

Uno de los aspectos más relevantes del debate sobre el cálculo socialista -que repasamos en el capítulo anterior- es que dio origen a una discusión incluso más compleja y espinosa acerca del rol que desempeñarían el dinero y los mercados en una sociedad postcapitalista. Principalmente, el debate del cálculo constó de un intercambio intelectual entre economistas de la Escuela de Austria, por un lado, y economistas socialistas de corte neoclásico, por el otro. Para economistas neoclásicos como Oskar Lange, Abba Lerner y Alec Nove, el mercado es un dispositivo técnico de carácter neutral, y por ende puede ser hackeado e intervenido para lograr una asignación verdaderamente óptima y equitativa de los recursos. Así, el llamado socialismo de mercado postula un esquema basado en cooperativas autogestionadas donde un mecanismo de coordinación central -gestionado por una junta de planificación- se encargaría de

garantizar condiciones genuinamente competitivas. Bajo este esquema, la circulación del dinero en el socialismo de mercado se emplearía como un mecanismo de cuantificación que permitiría a una junta de planificación monitorear las preferencias de consumidores, y por ello asignar insumos productivos de manera eficiente con el fin de satisfacer la demanda.

Para algunos autores, sin embargo, la existencia misma de los mercados y el dinero harían inviable una sociedad socialista democráticamente planificada, pues el mecanismo mercantil trae necesariamente implícita la tendencia a la competencia, a la concentración de la riqueza, y por lo tanto al antagonismo de clases. Si bien el contenido sustantivo de la discusión sobre el socialismo de mercado se ha llevado a cabo en un registro técnico y especializado, ofrece una plataforma sobre la cual se han articulado diversas visiones concretas –y también utópicas– acerca de la vida económica y social más allá del capitalismo. Como propuso William Davies recientemente,[1] volver a la antigua cuestión sobre el socialismo de mercado es insistir en la posibilidad de imaginar modalidades de cálculo que sean radicalmente alternativas, pero técnicamente factibles. Uno de los principales caminos o vectores para repensar la economía, según Davies, consiste entonces en reinventar la manera en que el dinero se produce. Las monedas locales, los bancos de tiempo, la nacionalización del sistema de crédito, los sistemas de certificación *peer-to-peer* y las tecnologías blockchain, de acuerdo con este autor, ofrecen alternativas al orden neoliberal, al tiempo que toman en serio el problema del cálculo.

La discusión sobre la (im)posibilidad del socialismo de mercado, como veremos en este capítulo, se extiende entonces hasta nuestros días, asumiendo distintas formas

1. William Davies (coord.), *Economic Science Fictions*, Londres, Goldsmiths Press, 2018.

con el auge de la era posdigital. En particular, los distintos enfoques contemporáneos sugieren que es posible superar una visión simplista y binaria entre una economía de mercado y cualquier forma de planificación, y que por ello es factible diseñar mercados e instrumentos de cálculo distintos, articulados en torno a otras agendas políticas.[2] Por esta razón, y a más grandes rasgos, lo que se plantea en este capítulo es que en el trasfondo de la discusión técnica acerca de la relación entre mercado y plan, se encuentra el problema más amplio y filosófico sobre la relación entre *lo económico* y *lo político*. Así, la discusión técnica sobre el socialismo de mercado dará lugar una posterior inmersión en debates recientes de filosofía política acerca del socialismo democrático como fundamento institucional para la realización de la libertad social en modos radicalmente alternativos de la interdependencia económica.

Para entender las ramificaciones contemporáneas del problema del socialismo de mercado, sin embargo, es importante detenerse primero en los principales argumentos que en su momento dieron forma a este debate. Para el socialismo neoclásico, el problema no es el mercado en sí, sino la manera en que este se ha visto mutilado por la propiedad privada de los medios de producción. Como se discutió más detalladamente en el capítulo anterior, la primera fase del debate del cálculo quedó zanjada a favor de la lectura austriaca. Los socialistas de mercado aceptaron a regañadientes el hecho –incontrovertible en su momento– de que los organismos de planificación carecían de la capacidad tecnológica de calcular la operación de la economía. Es decir, bajo esta óptica la planificación socialista se entendió como "teóricamente posible pero

2. Ver Leigh Phillips y Michal Rozworski, *The People's Republic of Walmart: How the World's Biggest Corporations Are Laying the Foundations for Socialism*, Londres, Verso, 2019 y Evgeny Morozov, "Digital Socialism? The Calculation Debate in the Age of Big Data", *New Left Review*, vol. 116, pp. 33-67, 2019.

empíricamente impracticable". Varias décadas después, Oskar Lange (el principal proponente del socialismo de mercado) rectificó su claudicación a la crítica de Hayek y Mises. Entusiasmado por nuevos desarrollos en tecnologías de computación, Lange argumentó que ya era posible reemplazar el sistema de precios por uno más eficiente y sofisticado. En sus palabras,

> El proceso de mercado con sus tanteos engorrosos se vuelve anticuado y así, puede ser considerado como una herramienta de cálculo de la edad pre-electrónica [...] El computador tiene la ventaja innegable de su gran velocidad, en tanto que el mercado es un servomecanismo engorroso y lento. Sus procesos de iteración operan con considerables períodos de retraso y oscilaciones y puede no converger jamás [...] Por eso los tanteos walrasianos están plagados de fluctuaciones enfadosas y pueden también llevar a divergencias. A este respecto el computador electrónico muestra una superioridad indesafiable.[3]

3. Cit. en Paul Cockshott y Maxi Nieto, *Ciber-comunismo. Planificacion económica, computadoras y democracia*, Madrid, Trotta, 2017. Para autores cercanos a la Escuela de Austria, la rectificación de Lange sigue siendo insuficiente, principalmente por las premisas teóricas que informan el socialismo neoclásico. De acuerdo con Don Lavoie (*Rivalry and Central Planning: The Socialist Calculation Debate Reconsidered*, Arlington, George Marcus University Press, 2015), los socialistas de mercado operan bajo suposiciones de equilibrio estático, y este simple hecho anula la complejidad de cálculo y cómputo que implicaría la gestión técnica de la economía bajo condiciones de rivalidad y *desequilibrio dinámico*. Para las tradiciones tanto austriacas como marxianas, son estas las condiciones de mercado que operan en la realidad. Por ello, e incluso si se acepta la suposición de que una junta de planificación tendría a su disposición una capacidad de cálculo superior a la del sistema de precios, la recopilación de esta información -en tiempo real- sería una empresa empíricamente inabarcable en sí misma.

El socialismo de mercado de Lange y sus herederos intelectuales es el que tradicionalmente ha predominado entre las culturas de planificación de la izquierda. Sin embargo, existe otra tradición más periférica que postula la incompatibilidad del mercado y el dinero con una economía democráticamente planificada. Para esta vertiente, el mercado no es un simple mecanismo de coordinación neutro, sino que lleva inscrita dentro de sí la lógica de la competencia y de la acumulación, la cual a su vez presupone un modo de producción que se erige en torno al capital, entendido como valor que se autovaloriza. En consecuencia, en *Ciber-comunismo*, Cockshott y Nieto afirman que el hecho de acabar con la propiedad de los medios de producción, transformando el trabajo asalariado en trabajo cooperativo, deja intacta la lógica capitalista de la valorización en cada unidad productiva. Un socialismo de mercado donde las unidades de producción siguen siendo privadas (bajo la figura de la cooperativa), de acuerdo con estos autores, "no es otra cosa que un capitalismo sin capitalistas". Al mantener la lógica de la competencia, el socialismo de mercado impediría una asignación verdaderamente racional de recursos, y con esto prevalecería el interés privado sobre el interés general. Además, Cockshott y Nieto sugieren, la lucha competitiva de las cooperativas propiciaría rápidamente brechas de ingreso, generando algunas unidades productivas ricas y muchas pobres.[4]

Este tipo de teorías de la planificación, es importante destacar, se han caracterizado por proponer esquemas de cómputo y asignación de carácter no monetario o no mercantil. Uno de los ejemplos más paradigmáticos es quizás

4. Algo similar sucedió con el modelo de socialismo autogestionario implementado en la antigua Yugoslavia, donde la competencia interfirma llevó a marcadas desigualdades y brechas que hicieron insostenible este modo de planificación económica. Hoy en día, muchas cooperativas se ven forzadas a tercerizar o externalizar fuerza de trabajo para mantenerse a flote en un entorno de alta competitividad.

el modelo de contabilidad en especie propuesto por el economista heterodoxo Otto Neurath en 1919. Para Neurath, la unidad de cuenta en una economía socialista no debería ser el dinero, sino alguna métrica de bienestar humano (como morbilidad, felicidad, educación) que permitiera un proceso de toma de decisiones más racional que el que se desprende de la productividad como fin en sí mismo. Con este modelo de cuantificación en especie, Neurath pretendió recalcar el hecho de que las decisiones técnicas tienen un componente irreduciblemente político y valorativo que no puede ser resuelto por un proceso de cálculo, por preciso que este sea.[5] Dado que las relaciones de mercado tienden a homogeneizar las prácticas sociales bajo una sola métrica (crecimiento económico), Neurath consideró que una sociedad socializada debería entonces conservar las estructuras no mercantiles presentes en culturas vernáculas de comunidades campesinas, de oficios y de algunas industrias. Tales prácticas no mercantiles, para este autor, podrían ampliar las posibilidades de la vida social en inusitadas direcciones.

Un ejemplo de planificación no monetaria de carácter más reciente es el que proponen Paul Cockshott y Allin Cottrell en su libro *Towards a New Socialism* [Hacia un nuevo socialismo]. A partir del empleo de herramientas de álgebra matricial, estos autores proponen un modelo de planificación *input-output* cuya unidad de cuenta sería el tiempo de trabajo, y el medio de pago serían "bonos de trabajo" redimibles únicamente por bienes de consumo.[6] Al carecer de la capacidad de adquirir medios de producción

5. Ver William Davies (coord.), *Economic Science Fictions*, op. cit. y Jessica Whyte, "Calculation and Conflict", *South Atlantic Quarterly*, vol. 119, nº 1, pp. 31-51, 2020.

6. Ver también Eric Magnin y Nikolay Nenovsky, "Calculating without Money: Theories of In-kind Accounting of Alexander Chayanov, Otto Neurath and the Early Soviet Experiences", *The European Journal of the History of Economic Thought*, 15 de diciembre de 2020.

o trabajo asalariado, estos bonos no serían acumulables, y por ende no podrían funcionar como capital. En una intervención más reciente, Cockshott y Nieto expanden este modelo para incorporar un segundo pilar, que sería un mecanismo de asignación con un doble procedimiento de control. Protocolos de deliberación democrática sobre los objetivos generales de desarrollo y macromagnitudes de la economía, por un lado, y revisión en tiempo real del plan mediante el monitoreo de las preferencias de consumidores, por el otro.[7]

Si bien el enfoque de Cockshott y Cottrell tiene la particularidad de esbozar tipos de cálculo racional que no se encuentren ligados al mecanismo mercantil, de alguna manera clausuran modos más amplios de la interdependencia económica. Puntualmente, y de acuerdo con sus críticos,[8] el problema con este enfoque no sería técnico sino más bien de orden axiológico. Las preferencias y deseos de actores económicos no son estables, y esto impondría importantes obstáculos a las formas de cálculo matemático que asumen así una estabilidad relativa a la volición y las aspiraciones humanas. En el modelo de álgebra matricial propuesto por Cockshott y sus colegas, los puestos de trabajo son asignados y reasignados de acuerdo con déficits y desequilibrios en sectores específicos. Por más que se incorporen protocolos de consulta periódica sobre asignación de recursos, no deja de ser opresivo que una junta de planificación determine qué es lo que se debe consumir o en qué se debe trabajar en determinado momento del tiempo.

7. Paul Cockshott y Maxi Nieto, *Ciber-comunismo*, op. cit.

8. Paul Mason, *Postcapitalismo. Hacia un nuevo futuro*, Madrid, Paidós, 2016 y Jasper Bernes, "Planning and Anarchy", *South Atlantic Quarterly*, vol. 119, n° 1, pp. 53-73, 2020.

II

Algunas lecturas más matizadas del socialismo de mercado han criticado el carácter dicotómico y restrictivo con el que este debate ha entendido las diferencias entre mercado y plan. Para Ernest Mandel, el gran teórico del capitalismo tardío, una economía socialista no podría ser democráticamente planificada exclusivamente bajo un esquema de contabilidad no monetaria, o bajo una versión modificada del sistema de precios. En un ensayo titulado "In Defense of Socialist Planning" [En defensa de la planificación socialista], publicado en 1986, Mandel critica el socialismo de mercado de Alec Nove, señalando que las condiciones objetivas de la economía global hacen posible prescindir de dinámicas mercantiles para la asignación de la mayor parte de bienes y servicios transados. Para Mandel, en una economía crecientemente interdependiente y socializada –como lo es la economía global en el capitalismo-- las señales de precios se hacen cada vez menos importantes.[9] Este simple hecho, para Mandel, abriría la posibilidad de introducir modos de asignación no mercantil a aspectos muy diversos de la vida económica y social.

En este clásico ensayo, Mandel muestra que la mayor parte del comercio global lo componen bienes intermedios que se transan de manera extramercantil, esto es, con precios fijados de antemano por Estados y/o actores oligopsónicos, como son hoy en día Walmart y Amazon. De la misma manera, Mandel argumenta que los patrones cotidianos de consumo de los individuos por lo general no se encuentran directamente condicionados por señales de precios. En condiciones normales, las personas prefieren comprar insumos básicos cerca de donde viven o en su almacén de confianza en vez de recorrer la ciudad buscando los mejores precios. Este

9. Ernest Mandel, "In Defense of Socialist Planning", *New Left Review*, vol. 159, pp. 5-37, 1986.

tipo de evidencia, según Mandel, permitiría inferir que las prácticas cotidianas no mercantiles habrían superado las que se desprenden del sistema de precios. La existencia de relaciones económicas de esta naturaleza, entonces, desvirtúa el dualismo que oscila entre los extremos de una economía de mercado, por un lado, y de una planificación burocrática centralizada, por el otro. Por el contrario, dichas relaciones económicas vislumbran las formas elementales de cooperación espontánea que hace posible la globalización. De acuerdo con esto, Mandel sugiere que es posible concebir esquemas donde bienes intermedios (materias primas, insumos técnicos, maquinaria, etc.) y servicios esenciales (salud, educación, alimentación básica) sean asignados racionalmente por un plan que responda a necesidades humanas reales, mientras que los bienes y servicios suntuarios, circulen a través de mercados y economías dinerarias.

La tendencia descrita por Mandel en la década de 1980, como se señaló en capítulos anteriores, se ha vuelto cada vez más pronunciada en la medida en que las grandes corporaciones adquieren mayor poder de concentración y monopolio. El modelo Walmart, de acuerdo con Phillips y Rozworski,[10] es quizás el ejemplo más ilustrativo de cómo las megacorporaciones han terminado por suplantar casi por completo el sistema de precios por mecanismos de asignación directa o no mercantil. Fundada en 1962 por Sam Walton, Walmart es hoy en día una de las empresas más grandes del mundo. Si fuera un país, su economía ocuparía el lugar 38 por el tamaño de su PIB, siendo comparable en escala a las economías de Suiza o Suecia. Pese a que Walmart opera en un entorno más amplio de competencia intercapitalista, Phillips y Rozworski señalan que toda asignación de recursos en la compañía se da de manera no mercantil o *ex ante*. "Los diferentes departamentos, tiendas,

10. Leigh Phillips y Michal Rozworski, *The People's Republic of Walmart*, op. cit.

camiones y proveedores no compiten entre ellos como en un mercado; todo es coordinado. Walmart no es solo una economía planificada, sino una economía planificada en la escala de la Unión Soviética durante la Guerra Fría." Estas prácticas de coordinación, vale la pena destacar, no se dan en el entorno corporativo exclusivamente, sino que como diversos estudios lo han demostrado, se extienden a la red global de proveedores con los que Walmart contrata.

De manera similar, Evgeny Morozov explica que las infraestructuras de retroalimentación [*feedback infrastructure*] en la práctica están permitiendo modos de coordinación económica mucho más avanzados que los que se desprenden del mercado.[11] El caso de Uber, por ejemplo, muestra la manera en que nuevos modelos de negocios se construyen sobre mecanismos de retroalimentación de datos que terminan de alguna manera por desplazar las señales de precios. En esta plataforma, son los esquemas de puntuación entre conductores y pasajeros y las fluctuaciones de la demanda en tiempo real, no el sistema de precios, el principal mecanismo mediante el cual se fijan tarifas. El tipo de coordinación económica propia de este tipo de plataformas, de acuerdo con Morozov, se ha extendido recientemente a múltiples ramas de la actividad económica, dando lugar a un nuevo paradigma de regulación algorítmica. Si bien estos mecanismos de coordinación y regulación por algoritmos hoy en día se encuentran capturados por el neoliberalismo, no existe razón por la que no puedan ser apropiados y empleados activamente por la izquierda para diseñar economías no mercantiles y autogestivas.[12]

Con la creciente digitalización de la producción capitalista, la circulación no mercantil de software, ideas

11. Evgeny Morozov, "Digital Socialism? The Calculation Debate in the Age of Big Data", op. cit.

12. Ver también Nick Dyer-Witheford, "Red Plenty Platforms", *Culture Machine*, vol. 14, pp. 1-27, 2013 y Brett Neilson, "The Reverse of Engineering", *South Atlantic Quarterly*, vol. 119, n° 1, pp. 75-93, 2020.

y artefactos tecnológicos a través de circuitos capitalistas, también ha generado una importante amenaza para el sistema de precios. Si bien los sistemas de gobernanza han intentado imponer diversos mecanismos institucionales de control de la propiedad –como licencias, patentes y derechos de autor, entre otros– el proceso de desmercantilización es incontenible.[13] Adicionalmente, Dyer-Witheford señala que esta tendencia se ha visto acelerada por la proliferación de circuitos paralelos *peer-to-peer* de amplias variedades de artefactos (videojuegos, artículos científicos, música, películas y software, por ejemplo). Por otro lado, las culturas políticas libertarias han contribuido al crecimiento de un movimiento global de código abierto o *creative commons*, entendido como la negación dialéctica de los derechos de autor. Además, estas tecnologías "blandas" se ven complementadas por una tendencia similar a la desmercantilización de tecnologías "duras" o hardware, como lo son dispositivos de microfabricación digital, impresión 3D, arquitectura de código abierto, y otros mecanismos que han permitido el empleo de tecnologías industriales en hogares, y otras comunidades de manufactura a pequeña escala.[14]

Las tecnologías blockchain, por su parte, han hecho posible la circulación de formas dinerarias alternativas –principalmente bajo la figura de las criptomonedas– que en muchas ocasiones permiten a sus usuarios evitar los costos y dinámicas de intermediación propias de los sistemas financieros capitalistas. Concretamente, este tipo de monedas surgen en el marco de un movimiento criptoanarquista transnacional que introduce principios mutualistas y cooperativos al diseño de artefactos tecnológicos monetarios para la adquisición de bienes y servicios a través de transacciones que se asemejan

13. Ver Paul Mason, *Postcapitalismo*, op. cit.
14. Nick Dyer-Witheford, "Red Plenty Platforms", op. cit.

más al trueque que al intercambio mercantil en estricto rigor. En algunas ocasiones, estas criptomonedas han terminado por propiciar dinámicas de especulación al ser succionadas por la fuerza centrípeta de circuitos capitalistas financiarizados, como es el caso de Bitcoin. En otros casos, las tecnologías blockchain han servido para expandir la democracia económica en rubros tan variados como la agricultura, la salud, las divisas y las cadenas de suministro, prefigurando lo que serían las primeras manifestaciones de unos "comunes tecnológicos globales".[15]

Más allá de sus particularidades, los casos antes mencionados no hacen sino reiterar lo que desde hace décadas constituye el hallazgo canónico de un sinnúmero de estudios etnográficos de antropología económica y del dinero: el ser humano no es una máquina utilitarista calculadora de precios, y por ende el *homo economicus* que fundamenta la teoría económica marginalista –ya sea de raigambre austriaca o neoclásica– es una figura mitológica que solamente existe en los manuales universitarios. Volver a las contribuciones clásicas de autores como Otto Neurath o Ernest Mandel, entonces, permite lecturas mucho más matizadas sobre formas de cálculo racional de carácter no monetario. Ante todo, permite incorporar una dimensión valorativa acerca del tipo de principios e ideales que deberían estructurar la actividad social en una economía democráticamente planificada. Como es sabido, Mises y Hayek entendían cualquier consideración valorativa y axiológica sobre el mercado como superflua, pues la catalaxia –el orden espontáneo que emerge de una miríada de individuos persiguiendo sus propios intereses– conllevaba efectos virtuosos y moralizantes por el simple hecho de permitir una asignación óptima de recursos.

15. Ver Tiziana Terranova, "Red Stack Attack!", en Armen Avanessian y Mauro Reis (eds.), *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*, Buenos Aires, Caja Negra, 2017 y Sarah Mansky, "Building the Blockchain World: Technological Commonwealth or Just More of the Same?", *Strategic Change*, vol. 26, n° 5, pp. 511-522, 2017.

Desde la década de 1960 –mucho antes de que entrara en crisis el individualismo metodológico de la Escuela de Austria– se han venido proponiendo algunos "indicadores sociales" cuya finalidad es la de ofrecer métricas de valor no cuantificables en dinero, haciendo cada vez más imaginable el tipo de contabilidad en especie propuesto originalmente por Neurath. Enfoques de capacidades o necesidades humanas, cuyos principales exponentes son la filósofa Martha Nussbaum o el economista Manfred Max-Neef, constituyen uno de los intentos más ambiciosos y sugerentes de concebir un paradigma de desarrollo económico que no esté anclado al Producto Bruto Interno como métrica primigenia del progreso humano. Para estos enfoques, las mediciones monetarias –ya sea en función del ingreso, renta o patrimonio– no permiten captar si las personas son o no capaces de desplegar plenamente las potencialidades inherentes a una vida humana digna. Así, se proponen esquemas que involucran capacidades básicas (asociación, emociones, imaginación, expresión, salud física y recreación, entre otras) que habilitarían ponderar, transculturalmente, el desarrollo económico desde indicadores no dinerarios.[16] Lecturas de este tipo permiten entender que lo que está en juego en el debate sobre el socialismo de mercado no es meramente una cuestión económica sobre asignación de recursos, sino la cuestión principalmente estética del despliegue de las potencialidades, afectos y pasiones humanas. Como veremos en la próxima sección, esto también conlleva una pregunta más profunda acerca de las condiciones institucionales para la realización de la libertad social.

16. Ver Manfred Max-Neef, *Desarrollo a escala humana: conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*, Madrid, Icaria, 2006 y Martha Nussbaum, "Las capacidades de las mujeres y la justicia social", *Debate Feminista*, vol. 39, pp. 89-129, 2009.

III

Las tendencias y procesos económicos descritos anteriormente vislumbran modos de interdependencia socioeconómica que parecerían apuntar hacia los primeros albores de una sociedad con regímenes de propiedad más democráticos y heterogéneos. Sin embargo, y como lo sugiere William Davies,[17] más que devenir en un modelo propiamente socialista, la economía de los circuitos *peer-to-peer* y de la revolución logística está abriendo una nueva frontera de socialización de los bienes de consumo (finales e intermedios), al tiempo que deja intacta la manera en que funcionan las empresas. Así, esta contradicción abre la pregunta acerca de qué tipo de Estado permitiría una regulación económica consciente, en la que la asignación no mercantil coexista con circuitos monetarios para la adquisición de algunos bienes y servicios, tal como se desprende del ensayo de Ernest Mandel. Como lo ha sugerido Sam Gindin más recientemente,[18] una institucionalidad postcapitalista debería estar en capacidad de encauzar todos aquellos mercados que no presupongan efectos desintegradores propios a su operación. Es decir, los mercados de bienes y servicios serían fundamentales para enriquecer la vida social en el socialismo, mientras que los mercados de capitales se permitirían solo en circunstancias muy puntuales. Es precisamente en este sentido que Axel Honneth propone ajustar la idea del socialismo para dotarla de la apertura y plasticidad que sus manifestaciones históricas concretas han clausurado.[19]

Una idea revitalizada del socialismo, para este autor, aloja su promesa de realizar la libertad social en una esfera

17. William Davies (coord.), *Economic Science Fictions*, op. cit.

18. Sam Gindin, "Socialism for Realists", *Catalyst*, vol. 2, n° 3, pp. 1-29, 2018.

19. Axel Honneth, *La idea del socialismo. Una tentativa de actualización*, Buenos Aires, Katz, 2017.

económica constituida por prácticas de cooperación mutualista. Siguiendo una orientación pragmatista, sugiere que el socialismo no puede saber de antemano cuál es la manera óptima de realizar la libertad social dentro de la esfera económica. Aunque por principio se debe abandonar toda certeza sobre la forma acabada de una economía socialista, Honneth afirma que esta renuncia no debe llegar al extremo de diluir el objetivo específico (esto es, la expansión de la libertad social en la economía). Esta búsqueda, por ende, se debe realizar mediante un proceso experimental de exploración permanente de modos de creación de valor económico, no bajo la forma de un mercado capitalista privado, sino a través de mecanismos institucionales de acción mutua cooperativa. Esta forma de *"experimentalismo histórico"*, como Honneth la define, tendría por finalidad dar un soporte institucional a una inmensa variedad de prácticas económico-políticas que ya se están desplegando de manera orgánica en diversos lugares del mundo bajo la forma de cooperativas autogestionadas, circuitos cortos de comercialización, talleres de fabricación digital o *fab labs* y banca popular, entre muchas otras.

La visión de Honneth, de hecho, se circunscribe a una tradición más amplia de socialismo autogestionario, cooperativista o republicano, cuyos orígenes se remontan a comunidades de artesanos y trabajadores del siglo XIX y a sus intelectuales orgánicos (Robert Owen, Charles Fourier, Pierre-Joseph Proudhon y por supuesto Karl Marx, entre otros). En una de las biografías más célebres de Marx, Gareth Stedman Jones plantea que este movimiento fue el fruto de una superposición entre el republicanismo radical de la Revolución francesa (en lo político-institucional) y la preocupación socialista por la asociación y la cooperación (en lo económico-productivo).[20] En general, el ideal

20. Gareth Stedman Jones, Karl Marx. Ilusión y grandeza, Madrid, Taurus, 2018.

de la expansión de la libertad social en el marco de relaciones económicas cooperativas que caracterizó a la sensibilidad política de dicha época, quedó inmortalizado de manera sucinta por Marx bajo la figura de una "sociedad de productores asociados". En esta sociedad, Marx afirma en el tomo III de *El capital*, "el individuo socializado, los productores asociados, gobernarían el metabolismo de la sociedad y la naturaleza de manera racional, sometiéndolo a su control, sin ser dominados por este último como una fuerza ciega y hostil".[21] Los socialismos realmente existentes del siglo XX, sin embargo, operaron con una lectura muy estrecha y restrictiva de los mercados, o de cómo la interdependencia económica podría contribuir a la emancipación de las relaciones humanas.

Hoy en día nuevas corrientes de socialismo democrático han cuestionado el estatismo y el antieconomicismo del modelo soviético y sus diversas iteraciones históricas. Para algunos de los intelectuales y autores contemporáneos correspondientes a estas tradiciones, un proyecto socialista renovado no debe partir de un debate acerca de si se necesita más o menos Estado, sino más bien acerca del desafío de pensar un tipo diferente de Estado. Las dos principales expresiones institucionales del proyecto socialista en el siglo XX, de acuerdo con Leo Panitch,[22] dependieron a tal punto del Estado burocrático como instrumento de asignación, regulación y coerción, que el principal objetivo del socialismo -el desarrollo de la capacidad popular para la autodeterminación- se vio severamente debilitado. Es bajo este entendido que la principal tarea de un socialismo democrático sería entonces la de facilitar la creación de capacidades democráticas a través de la construcción de movimientos

21. Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, Tomo III, Siglo XXI.

22. Leo Panitch, *Renewing Socialism: Transforming Democracy, Strategy and Imagination*, Boulder, Westview Press, 2001.

sociales, así como del rediseño activo del aparato estatal y de los mercados.[23]

Una característica importante del socialismo democrático consiste precisamente en tensionar y desafiar los límites que separan lo privado de lo público, así como las cúpulas de las bases. Panitch critica la tendencia histórica de la izquierda a enfrentarse por dualismos tan engañosos como parlamentarismo vs. extraparlamentarismo, reforma vs. revolución, y de manera más reciente, movimiento vs. partido. El problema realmente importante no es elegir una forma institucional sobre otra, sino plantear la cuestión de cómo las figuras del partido y del parlamento pueden ampliar la educación, la organización y la participación popular en luchas colectivas por la justicia social. Extender la capacidad de participación democrática entre diversos públicos, para Panitch, implica también confrontar la dificultad que tradicionalmente ha tenido la crítica marxista de la economía política para dialogar con teorías democráticas liberales. Es decir, una versión revitalizada del socialismo democrático incorporaría aquello que es valioso de la teoría política liberal en el materialismo histórico como enfoque epistemológico que apunta a la transformación radical de la sociedad. Así, Panitch considera que una concepción socialista del Estado podría enriquecerse sustantivamente al incorporar cuestiones de gobierno responsable y representativo, así como las libertades civiles que ocupan un lugar tan central en la teoría liberal (libertad de expresión, libertad de asociación, debido proceso, etc.). En última medida, un proyecto socialista que busque expandir la democracia –y no coartarla, como ha sucedido en el pasado– debe desarrollar mecanismos para lidiar con las formas de conflicto, disenso y antagonismo que son propias de la vida en común.

23. Ver también Bhaskar Sunkara, *Manifiesto socialista. Por una política radical para un mundo que se volvió invivible*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2020 y Nicos Poulantzas, *State, Power, Socialism*, Londres, Verso, 2000.

El problema de la democracia económica también ocupa un lugar central dentro de los nuevos horizontes teóricos acerca del concepto de socialismo democrático. El antiguo socialismo corporatista careció de la capacidad para establecer diferencias entre propiedad pública y propiedad estatal. La equiparación de estos dos modos de la propiedad fue tan problemática que clausuró la posibilidad de una democracia económica verdadera en la que las personas pudieran sentirse partícipes del proceso de producción y gestión de la riqueza social. Para revertir este concepto empobrecido y estrecho de lo público, el proyecto del socialismo democrático no solamente tensiona las concepciones tradicionales de propiedad pública, sino también las relaciones de producción de la riqueza en la sociedad. Es de hecho la experiencia de los nuevos movimientos sociales (movimientos posrevolucionarios, de pobladores, de mujeres, de afrodescendientes, de indígenas) la que permite tensionar el contenido estatista de las concepciones socialistas de la propiedad, girando hacia un énfasis en las relaciones sociales de producción y circulación de la riqueza. Esto, por su parte, ha implicado un cuestionamiento de la naturaleza del trabajo, como de la diferencia entre trabajo mental y manual, entre tiempo de trabajo y tiempo de descanso, así como una preocupación por segmentos de las clases trabajadoras racializadas, sexualizadas, no asalariadas, o de la mal llamada "economía informal".

Un elemento importante que también se encuentra en las nuevas visiones acerca del socialismo democrático, tiene que ver con el rol que desempeñarían los mercados en una sociedad futura. La experiencia histórica enseña que la idea de que el socialismo y los mercados por definición son mutuamente excluyentes no solo es errada, sino que ha sido dañina. En sus ensayos sobre el socialismo, publicados de forma póstuma en 1928, Émile Durkheim consideró erróneo entender este concepto en

términos exclusivos de una disputa por la propiedad. En realidad, el socialismo pretende revertir el estado de anarquía y desconcierto en el que se encuentran las funciones económicas de la sociedad bajo un mercado capitalista. La organización de la vida económica lleva consigo, de acuerdo con Durkheim, la subordinación de fines individuales y egoístas, a fines sociales, y por tanto morales. Este proceso de coordinación democrática de las funciones económicas, en consecuencia, requiere de la reconfiguración profunda del aparato estatal, así como de la creación y fortalecimiento de organizaciones intermedias que permitan una regulación más avanzada y democrática del proceso de metabolismo social. El rol cardinal que desempeñaría el Estado –y por ende la planificación– en una sociedad socialista, es ilustrado por Durkheim con la siguiente analogía: "Los ejemplos más perfectos de socialismo nos son dados por los animales superiores, con sus órganos múltiples, autónomos, pero solidarios unos con otros y con el órgano central que resume y asegura a la vez la unidad del organismo".[24]

Pese a su orientación marcadamente funcionalista y organicista, este ejemplo permite inferir las relaciones de cooperación que podrían darse entre elementos autónomos de una comunidad política, a través de una economía democráticamente regulada, en la medida en que estén conectados de manera adecuada con un mecanismo de coordinación consciente. A grandes rasgos, lo que Durkheim pretendió demostrar en sus ensayos sobre socialismo es básicamente la falsa dicotomía que la teoría política tiende a construir para caracterizar las relaciones entre Estado y mercado. Una lectura más compleja y elaborada del carácter democrático –o más bien democratizante– del mercado lo podemos encontrar en el pensamiento de Marcel Mauss, sobrino de Durkheim y militante de movimientos

24. Émile Durkheim, *El socialismo*, Madrid, Akal, 2011, p. 119.

socialistas revolucionarios en Francia. En *Ensayo sobre el don*, Mauss elabora una crítica a la filosofía política contractualista que asume que el Estado constituye la primera expresión de un contrato social que genera reglas de juego para impedir que distintas comunidades humanas se aniquilen entre sí. En este clásico texto, Mauss argumenta que no existe evidencia histórica ni arqueológica de demuestre que el Estado es el primer gran regulador de la paz social. De hecho, los registros histórico-arqueológicos dan cuenta de contratos sociales robustos en ausencia de Estados, y donde el mecanismo principal de regulación de las relaciones sociales es, en efecto, las transacciones económicas entre actores con intereses discordantes.

Una planificación popular que pueda canalizar la tensión productiva que surge de los dos polos dialécticos en los que se concentra el poder soberano –es decir, *el mercado y el Estado*– entonces, no solamente buscaría actualizar las potencialidades de las economías de base, sino diseñar un aparato institucional que permita un verdadero florecimiento de la heterogeneidad económica territorial. Realizar la libertad social en las relaciones situadas y solidarias de densos mercados comunitarios, bajo ese entendido, depende de una institucionalidad robusta que pueda combatir el poder monopólico de actores económicos altamente concentrados, minimizar las asimetrías de información entre producción y consumo, reducir los costos de transacción que enfrentan pequeños productores para acceder al mercado y democratizar la estructura de gobierno de cadenas de suministro intensivas en capital, entre otras importantes medidas. A su vez, esto requiere de una ciencia social que pueda adentrarse en los complejos debates técnicos sobre política fiscal, monetaria, agroalimentaria y previsional, entre otros y los cuales hoy en día son monopolizados casi exclusivamente por economistas neoclásicos y "expertos". La excesiva formalización matemática de la teoría económica marginalista ha sido

ampliamente cuestionada por las ciencias sociales críticas o heterodoxas. Sin embargo, la tendencia de las ciencias sociales a no indagar en la compleja interacción de elementos técnicos y normativos de los problemas económicos -o de racionalidades formales y sustantivas- es profundamente despolitizante para un proyecto que aspire a la transformación real de la sociedad.

Como lo plantea el sociólogo Karl Mannheim en su libro *Libertad, poder y planificación democrática*,[25] quizás una de las condiciones más importantes para planificar democráticamente es superar el desinterés del liberalismo *laissez faire* sobre el problema de la axiología y las valuaciones. De lo contrario, la planificación se reducirá a la mera ingeniería de formas sociales. Este tipo de determinismo tecnológico ya abunda en visiones aceleracionistas y ecomodernistas y que interpretan la avasalladora sofisticación sociotécnica del modo de producción capitalista en su fase tardía, por sí sola, como el puente hacia un nuevo tipo de sociedad. Esta misma ilusión tecnofetichista fue lo que llevó a la planificación soviética a reproducir una copia casi exacta de los mundos del capitalismo fordista y sus líneas de montaje, salvo por un único detalle: la propiedad se transfirió desde los privados al Estado. La forma capitalista del trabajo, junto con sus diversas formas de explotación, fragmentación del tiempo y control jerárquico del proceso productivo, se mantuvo intacta. Asimismo, el modelo de desarrollo soviético adoptó de manera acrítica los ideales de crecimiento económico y expansionismo industrial que animan a la sociedad burguesa, y por ende su proyecto civilizatorio se redujo a una variedad puntual de capitalismo de Estado.

El horizonte de una planificación postcapitalista, en esta medida, debe canalizar la crisis generalizada de ideales

25. Karl Mannheim, *Libertad, poder y planificación democrática*, México D.F., FCE, 1953.

modernos acerca de la inevitabilidad del crecimiento económico, del trabajo asalariado, de la burocratización del poder político y de la deuda como dispositivo regulador de la vida, y concebir instrumentos concretos que permitan imaginar su superación a través de modos más elevados de la práctica humana. Por este motivo, el próximo capítulo discute las contribuciones de nuevas tradiciones de planificación económica que han desarrollado algunos instrumentos y visiones de intervención para trascender la forma moderna del trabajo y con ella el proceso de reproducción ampliada del capital, es decir, la tendencia al crecimiento económico perpetuo. Como bien lo intuyeron tanto Marx como Durkheim en sus reflexiones acerca de la naturaleza del socialismo, la propiedad en sí misma no constituye el centro estructurante de un proyecto transformador. Puede ser un punto de partida, o incluso un medio para alcanzar el fin último, que sería la coordinación colectiva y libre de las funciones económicas de la sociedad. En consecuencia, la democratización profunda del poder económico también implica crear condiciones para que los individuos confronten su propia actividad productiva como actividad libre, no enajenada o condicionada por la forma moderna del trabajo.

PLANIFICAR MÁS ALLÁ DEL CRECIMIENTO INFINITO Y DEL TRABAJO ASALARIADO

I

En cuanto formación social geohistórica, el capitalismo incorpora elementos de modos de producción correspondientes a civilizaciones pasadas y periféricas, tales como extracción de rentas, trabajo esclavo, algunas formas de vasallaje feudal, agricultura de subsistencia y especulación financiera, entre otros. Sin embargo, el modo de producción capitalista se diferencia de todos los anteriores por el hecho de haber constituido el trabajo asalariado como el fundamento sobre el cual se edifica el proceso de acumulación de la riqueza a través de la gran industria y del control científico-tecnológico del proceso productivo. El libro *Tiempo, trabajo y dominación social*, de Moishe Postone, publicado en 1993, sacudió el pensamiento marxista precisamente por recalcar el carácter históricamente específico del trabajo moderno. Para Postone, la teoría marxista tradicional se había fundamentado en la premisa del trabajo como una forma transhistórica de las relaciones

sociales. La contribución de Postone, entonces, consiste en haber demostrado que el trabajo es una categoría propia de la sociedad moderna, que desempeña un rol funcional en la autoexpansión perpetua del capital. La liberación del proletariado, en este sentido, no se reduce al acto instrumentalmente político de impedir su explotación. Por el contrario, involucra la abolición misma del trabajo y su reemplazo por formas alternativas y más avanzadas de la actividad productiva humana.

Al ofrecer condiciones sociales propicias para la modernización continua de las fuerzas e instrumentos de producción, el sistema del trabajo asalariado es el primer modo de gestión del esfuerzo colectivo humano que da origen a una sociedad que es *direccionalmente dinámica*: la búsqueda incesante de mayores niveles de productividad a través de la intervención activa en la materialidad del proceso de trabajo –con las improntas de la plantación, el taylorismo, el fordismo, el toyotismo, el wintelismo, la uberización, y sus distintas derivaciones– hacen del crecimiento económico infinito el *telos* de la sociedad capitalista. De esta manera, el proceso de reproducción expandida del capital asume la proverbial forma geométrica de una espiral ascendiente. Porque su principal atributo es la progresión incesante, Marx describió la naturaleza formalmente ilimitada del metabolismo del capital haciendo uso del concepto hegeliano de la *infinitud mala* o *falsa* [*die schlechte Unendlichkeit*].[1] Una sociedad postcapitalista, entonces, debería reemplazar esta infinitud falsa por un control democrático del proceso de crecimiento económico, poniéndolo al servicio de

1. Si bien la línea recta y la serie numérica son ejemplos canónicos de lo infinito, Hegel consideraba que estos objetos tienen un principio y un fin que siempre puede sufrir alteración (cualquier orden de magnitud en la serie numérica puede ser superada por un número mayor, y así sucesivamente). Un círculo, la órbita de un planeta, una cinta de Moebio (o incluso el ciclo hidrogeológico, como lo ha sugerido David Harvey recientemente), por el contrario, serían objetos sin un afuera y que por ende ejemplifican una infinitud verdadera, pues siempre vuelven a sí mismos.

las necesidades sociales y ecológicas, no de la autovalorización abstracta de la riqueza.

Es precisamente en su postura frente al crecimiento y al trabajo asalariado donde encontramos el gran flanco débil de los principales enfoques que se autoproclaman como alternativas al neoliberalismo, tales como el neo/keynesianismo, las distintas teorías desarrollistas y de la dependencia, las tradiciones socialistas clásicas, e incluso visiones más recientes como la del ecomodernismo.[2] Pese a sus divergencias y matices, estos enfoques no postulan un cuestionamiento serio acerca del problema que acarrea un modelo de estabilidad macroeconómica centrado en el ideal del crecimiento económico ilimitado a través de la expansión de las fuerzas de producción, sean estas digitales, industriales, financieras o supuestamente "sustentables". La única tradición que ha desarrollado una crítica sistemática de la incompatibilidad constitutiva que existe entre el crecimiento infinito y los límites planetarios ha sido la del decrecimiento. Originada en Francia por autores como André Gorz y Serge Latouche, la corriente del decrecimiento [*décroissance*] ha ganado cierta popularidad en las últimas décadas, sobre todo en círculos universitarios. En palabras de dos de sus principales autores, "el decrecimiento cuestiona la hegemonía del crecimiento económico y reclama una reducción redistributiva, y democráticamente gestionada, de la producción y el consumo en los países industrializados, como una vía para alcanzar la sostenibilidad ambiental, la justicia social y el bienestar".[3]

2. Si bien el pensamiento ecomodernista plantea que es posible desligar el crecimiento económico del uso desmedido de energía y materiales, carece de cualquier intención de tensionar el ideal del crecimiento económico como tal.

3. Federico Demaría y Serge Latouche, "Decrecimiento", en Ashish Kothari y otros (eds.), *Pluriverso. Un diccionario del posdesarrollo*, Madrid, Icaria, 2019, p. 204.

Una transición decrecentista, de acuerdo con lo anterior, involucraría un encogimiento del gasto energético y material de la economía global, enfocado en especial en naciones de alto ingreso y con altos niveles de consumo per cápita. Este objetivo no solamente se alcanzaría con la reducción de los desperdicios y el exceso material (de carbono, energía y materiales contaminantes), sino también con la redistribución del ingreso existente. Para Federico Demaría y Serge Latouche,[4] este tipo de transición no se debe entender como un proceso de descenso permanente o como una economía de la escasez, sino como el desplazamiento hacia una sociedad convivencial donde se viva de manera simple, en común y con menos. Una de las grandes contribuciones de esta tradición consiste en haber demostrado que mayor crecimiento no necesariamente deviene en mayor bienestar social. La experiencia deja en evidencia que después de cierto punto, la relación entre PIB per cápita e indicadores sociales se desacopla. El PIB per cápita de la Unión Europea, por ejemplo, es 40% menor que el de los Estados Unidos, y aun así Europa muestra un mejor desempeño en casi todos los indicadores sociales, precisamente por su compromiso con el financiamiento de bienes públicos.[5]

Pese a su valiente intento por deconstruir la ideología moderna del progreso (entendida en términos de crecimiento económico infinito), el enfoque del decrecimiento es problemático en varios sentidos. Primero que todo, un programa decrecentista solamente sería aplicable en economías ricas que ya han crecido lo suficiente y pueden

4. Ibid.

5. Ver Giacomo D'Alisa, Federico Demaría y Giorgos Kallis (eds.), *Decrecimiento. Vocabulario para una nueva era*, Icaria, Barcelona, 2015; Jason Hickel, "Degrowth: A Theory of Radical Abundance", *Real-World Economics Review*, vol. 87, pp. 54-68, 2019 y Giorgos Kallis, Susan Paulson, Giacomo D'Alisa y Federico Demaría, *The Case for Degrowth*, Londres, Polity, 2020.

darse el lujo de activar la palanca de freno para enfocarse en proyectos redistributivos. En sociedades con altos niveles de necesidades básicas insatisfechas, por el contrario, una política de decrecimiento no solo sería catastrófica, sino de plano inviable.[6] Incluso, la idea de que una política decrecentista pueda aplicarse de manera efectiva en sociedades afluentes podría ser cuestionable ante el emergente panorama de desigualdad social que también carcome a las sociedades del llamado Norte Global. Se estima que cerca de 42 millones de personas en los Estados Unidos sufren de hambre y que un 70% de la población de ese país no tiene ahorros. Lo mismo sucede en algunas economías europeas que en años recientes se han visto devastadas por crisis financieras y políticas de austeridad. Para tener éxito, una política decrecentista tendría entonces que diseñarse tomando en cuenta la estratificación compleja de la economía global,[7] enfocándose más en la distribución de la riqueza a partir de criterios de clase y no estrictamente nacionales.

En segundo lugar, esta corriente de pensamiento se fundamenta en una lectura principalmente cuantitativa del crecimiento (crecimiento como algo negativo que hay

6. En América Latina, por ejemplo, Alberto Acosta y Ulrich Brand han considerado que la idea de postextractivismo sería más atingente a la realidad regional que la de decrecimiento. O más específicamente, han considerado que el postextractivismo ofrece pistas para repensar el decrecimiento en y desde América Latina. El postextractivismo invita a replantear la manera en que se apropia la naturaleza sin atención a los límites ecológicos, y a poner el énfasis en el bienestar humano. Ver Alberto Acosta y Ulrich Brand, *Salidas del laberinto capitalista. Decrecimiento y postextractivismo*, Quito, Fundación Rosa Luxemburgo Oficina Región Andina, 2018.

7. El concepto de estratificación compleja ha sido desarrollado en profundidad por Todd Gordon y Jeffery Webber para hacer hincapié en el hecho de que las dinámicas polarizantes del proceso de acumulación no se limitan a las relaciones entre Estados, sino que también se ramifican a nivel subnacional. Todd Gordon y Jeffery Webber, "Complex Stratification in the World System: Capitalist Totality and Geopolitical Fragmentation", *Science & Society* vol. 84, n° 1, pp. 95-125, 2020.

que reducir o eliminar), y esto clausura una aproximación más *cualitativa* acerca de qué patrones de crecimiento podrían ser deseables –e incluso necesarios– para expandir el bienestar humano y al mismo tiempo combatir la catástrofe climática. "Crecimiento" es una de las palabras más polisémicas del vocabulario, pues designa múltiples modos y ritmos de desarrollo de sistemas sociales y biofísicos –muchos de los cuales no exhiben los patrones polarizantes, hipertrofiados y destructivos del desarrollo capitalista–. Pensar que existe solamente un tipo de crecimiento es, por esta razón, una operación epistemológica que asfixia la imaginación política y sociotécnica. El concepto de decrecimiento, en consecuencia, no tiene sentido alguno para sectores amplios del pueblo trabajador que carecen de los medios para costear plenamente sus necesidades básicas, y que por ende viven su experiencia cotidiana más signada por la escasez que por el sobreconsumo. Es por esa razón que algunos de sus críticos han señalado que el decrecimiento es un programa desprovisto de cualquier raigambre real en movimientos populares y de la clase trabajadora, y se limita a pequeños grupos de personas en entornos blancos, académicos y de la clase media ilustrada en general.[8]

Otro problema importante de la corriente del decrecimiento podría considerarse como uno de orden libidinal. Al ser usualmente interpretado como un paradigma neoprimitivista que propone una economía del ascetismo y del retorno a lo originario, ha carecido de la capacidad de generar entusiasmo en sectores amplios de la población que habitan ciudades sobrepobladas y segregadas, y que tienden a interpretar el ideal pastoril de huertos urbanos, comida orgánica y ciudades caminables como un

8. Ver Matthew Huber, "The Case for Socialist Modernism", *Political Geography*, 10 de mayo de 2021.

grotesco privilegio de clase. Como lo plantea el colectivo xenofeminista Laboria Cuboniks, "sugerir tirar el freno de emergencia de las velocidades embriagadas, llamar a ralentizar y aflojar, es una posibilidad a disposición solo de un@s poc@s –una particularidad violenta de la exclusividad– que en última instancia supone la catástrofe para l@s much@s".[9] El rótulo mismo de decrecimiento es desafortunado, pues en términos semánticos carece de una visión afirmativa y simplemente se define por una negación del ideal del crecimiento capitalista; a diferencia de lo que sucede con conceptos que nombran de manera afirmativa la sociedad a la que aspiran, como es el caso del socialismo, la liberación nacional, el feminismo y la socialdemocracia, por citar algunos ejemplos.

En este sentido, y pese a sus buenas intenciones, algunos de los postulados del decrecimiento se podrían considerar como un síntoma de la tendencia alienante y deslibidinizante que Mark Fisher veía en una izquierda posmoderna que es intrínsecamente conservadora en términos estéticos y formales. Como lo sugiere Fisher, una de las grandes fortalezas del capitalismo ha sido precisamente su capacidad de monopolizar la producción y movilización del deseo, al punto que hoy en día el deseo por objetos de diseño (prendas de vestir y accesorios de moda) o por dispositivos tecnológicos (*smartphones* y computadores) es, automáticamente, un deseo por el capitalismo. Por esto, un proyecto de transformación que pretenda ofrecer una alternativa civilizatoria a la irracionalidad del expansionismo y el consumismo capitalista, debe poner al centro de su horizonte estratégico la activación de formas de deseo que puedan ampliar las posibilidades humanas hacia horizontes culturales y experienciales impensados (hacia estados

9. Laboria Cuboniks, "Xenofeminismo. Una política por la alienación", en Armen Avanessian y Mauro Reis (eds.), *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*, Buenos Aires, Caja Negra, 2017.

psíquicos de bienestar, pero también hacia lo hedonista, lo extraño y lo nuevo); en fin, hacia un socialismo *ch'ixi* o ciborg que no busque en el baúl del pasado un (imposible) equilibrio místico, sino que pueda integrar lo orgánico y lo industrial, lo urbano y lo rural, lo ecológico y lo tecnológico.[10]

El *ethos* neoprimitivista que subyace al paradigma del decrecimiento se hace evidente en algunos de sus textos programáticos, en los que sus autores proponen que una sociedad decrecentista debería reemplazar los sistemas tecnológicos complejos –que requieren de expertos y burocracias– por relaciones e instrumentos conviviales que pueden ser comprendidos y operados por sus usuarios. En estos términos, una bicicleta, un huerto urbano y una casa de adobe serían objetos conviviales, mientras que un tren de alta velocidad, un organismo genéticamente modificado y un edificio inteligente, no podrían serlo.[11] En vez de una concepción etapista y evolucionista de la historia, Kate Soper afirma, el decrecimiento requiere una narrativa más compleja de la división entre lo nuevo y lo antiguo, así como una lectura menos dicotómica del productivismo acrítico y la nostalgia elegíaca.[12] Esta seudooposición entre lo "convivial" y lo "moderno" hace del decrecimiento una opción que clausura trayectorias civilizatorias complejas, barrocas y heterogéneas en las que la vida social siga siendo moderna, pero al mismo tiempo radicalmente alternativa.

Frente a la aceptación acrítica del ideal del crecimiento económico, por un lado, y a su rechazo mecánico, por

10. Para Silvia Rivera Cusicanqui, lo *ch'ixi* (palabra aymara que significa "gris jaspeado") constituye una alternativa al multiculturalismo liberal del hibridismo, el sincretismo, o el mero reconocimiento, y pone de manifiesto el poder productivo del choque agonístico entre opuestos. Silvia Rivera Cusicanqui, *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2018.

11. Ver Giacomo D'Alisa y otros (eds.), *Decrecimiento*, op. cit.

12. Kate Soper, *Post-Growth Living: For an Alternative Hedonism*, Londres, Verso, 2020.

el otro, podríamos identificar un *tercer paradigma* que ofrece una visión más heterodoxa y múltiple de lo que podría llegar a ser un desarrollo postcapitalista desligado del imperativo de la acumulación. En un ensayo publicado en 1972 y titulado "La dialectique de la croissance" [La dialéctica del crecimiento], Ernest Mandel prefigura tal paradigma al rechazar de manera tajante tanto una economía del ascetismo como la que se desprende del decrecimiento, así como una fundamentada en la dinámica irracional de la reproducción expandida de la riqueza abstracta. En este ensayo, Mandel afirma que ciertas *variedades* de crecimiento podrían librar a la individualidad humana de la "tiranía de las fuerzas naturales incontenibles" y permitirle el pleno despliegue de sus potencialidades. Por esto, la discusión sobre si se debe o no frenar el crecimiento debería ser reemplazada por un diálogo acerca de cómo lograr un *crecimiento controlado* que esté orientado a la satisfacción de las necesidades humanas y a la preservación de los ecosistemas.

Para Mandel, sin embargo, un sistema basado en la propiedad privada de los medios de producción y en la compulsión de maximizar la ganancia es a todas luces inseparable del desperdicio masivo de recursos naturales y humanos. Su resultado es un tipo de crecimiento de carácter patológico que lleva consigo inevitables crisis de sobreacumulación, desempleo, guerras y destrucción ecológica. Este turbulento escenario de convulsión permanente, de acuerdo con Mandel, dista mucho de lo que la ciencia y la tecnología modernas podrían lograr bajo una economía racionalmente planificada.[13] En otras palabras, el problema no es el crecimiento en sí, sino más bien las dinámicas estructurales y subyacentes que producen *cierto tipo de crecimiento* que nada tiene que ver con la reproducción de la vida

13. Ernest Mandel, "La Dialectique de la Croissance", *Mai*, noviembre de 1972, pp. 7-14.

social. En el pensamiento de autores ecosocialistas como Joel Kovel, James O'Connor, Thea Riofrancos, Michael Löwy, Kate Raworth y Sabrina Fernandes, podemos encontrar un importante esfuerzo de elaboración teórica para una crítica dialéctica y materialista del crecimiento; una crítica que permite a su vez imaginar modelos de desarrollo que sean tecnológicamente avanzados, democráticamente planificados (a través de interacciones complejas entre cuerpos autogestivos y cuadros técnicos), pero que al mismo tiempo respeten y preserven los límites naturales del planeta y sus sistemas biofísicos.

En el último tiempo, algunos aspectos de esta tradición teórica han transitado hacia un registro más político en novedosos movimientos políticos que buscan generar un diálogo entre las reivindicaciones clásicas de la izquierda (por educación, salud y trabajo) y nuevas luchas contra la crisis climática. Ciertas versiones del Green New Deal proponen que una sociedad orientada hacia la satisfacción de necesidades materiales reales (o valores de uso) requeriría una política industrial verde que gestionara el desmantelamiento o eliminación controlada de sectores innecesarios –esto es, la industria de armamentos, de cruceros, de plásticos contaminantes, del automóvil particular, combustibles fósiles, etc.– al tiempo que pudiera expandir sectores centrales para el bienestar social, como la salud, la educación, la vivienda, el transporte público y las energías limpias.[14] Si bien un modelo de desarrollo de esta naturaleza dispararía algunas formas de crecimiento, sus atributos serían muy distintos a los del crecimiento capitalista descontrolado. En palabras de Ernest Mandel,

14. Ver Michael Löwy, "Eco-socialism and Democratic Planning", *Socialist Register*, vol. 43, pp. 294-309, 2007; Robert Pollin, "Decrecimiento vs. Nuevo Deal Verde", *New Left Review*, vol. 112, pp. 7-31, 2018 y Kate Aronoff y otros, *A Planet to Win: Why We Need a Green New Deal*, Londes, Verso, 2019.

> El crecimiento planificado es un crecimiento controlado, racionalmente gestionado por los seres humanos: este tipo de crecimiento no puede ser alcanzado a menos que los "productores asociados" tomen el control de la producción y la empleen para sus propios intereses, en vez de verse esclavizados por "leyes económicas ciegas" o por la "compulsión tecnológica".[15]

En América Latina, un crecimiento controlado y racionalmente planificado involucraría la ampliación de una producción agrícola restauradora y biodiversa, la construcción de trenes, hospitales, espacios de recreación, la instalación de energías limpias y renovables, y la optimización energética de las viviendas, entre otros. Sin embargo, estas trayectorias de desarrollo podrían llevarse a cabo a través del uso de tecnologías sustentables y de formas corporativas basadas en principios de reciprocidad y solidaridad (como cooperativas agrícolas, de consumo, fideicomisos de vivienda y tierras, y unidades productivas que combinen formas de propiedad estatal con iniciativas de base y autogestivas). En fin, una constelación de formas económicas, sociales y tecnológicas que no necesariamente impliquen un retorno a lo originario y premoderno, pero que disten mucho de la irracionalidad constitutiva que anima los engranajes de la infinitud espuria de la economía de mercado. Este tipo de trayectorias y caminos civilizatorios tendría mucho en común con ideas de una modernidad de lo barroco[16] o de una modernidad *ch'ixi*, que en vez de negar el choque y el antagonismo entre elementos opuestos, dan cuenta de la capacidad de creación de formas que pueden surgir de su despliegue. En general, el debate sobre el crecimiento –ya sea en su polo ecomodernista o en su polo decrecentista– ha terminado

15. Ernest Mandel, "La dialectique de la croissance", op. cit.
16. Bolívar Echeverría, *Valor de uso y utopía*, México D.F., Siglo XXI, 2014.

por hacer del proceso de reproducción ampliada un fetiche económico que oculta los sistemas de relaciones sociales que le dan origen. Si bien las principales críticas del crecimiento ponen el énfasis en las prácticas de consumo de la sociedad afluente neoliberal, esta operación termina por individualizar un problema que, de hecho, encuentra sus fundamentos en regímenes de propiedad, de gobierno corporativo, de estructura de clase y de trabajo asalariado. Como lo ha sugerido recientemente Matthew Huber, el problema no es el consumo conspicuo de una minoría económica, sino más bien el sistema de incentivos que le permiten al capital producir de manera ecológicamente destructiva y obtener ganancias astronómicas con ello. En otras palabras, es al exceso de ganancia y no al exceso de consumo donde deberíamos empezar a dirigir la mirada.[17] Sin embargo, algunos autores cercanos al paradigma del decrecimiento han empezado a explorar las dimensiones más estructurales y sistémicas del crecimiento capitalista, proponiendo posibles puntos de convergencia entre el Green New Deal y el programa decrecentista. La inversión pública masiva en energías e infraestructuras limpias, de acuerdo con estas lecturas, no necesariamente devendría en un crecimiento agregado de la economía, siempre y cuando el aumento de inversiones en estos sectores vaya acompañado de desinversiones en sectores superfluos y contaminantes.[18] Aunque esta discusión aún se encuentra en un estado muy incipiente, podría ser fructífera para introducir una crítica robusta del crecimiento compuesto infinito a nuevos diseños de política industrial como lo es el Green New Deal.

17. Matthew Huber, "Ecological Politics for the Working Class", *Catalyst*, vol. 3, n° 1, 2019, disponible en catalyst-journal.com.
18. Ver Riccardo Mastini, Giorgios Kallis y Jason Hickel, "A Green New Deal Without Growth?", *Ecological Economics*, vol. 179, pp. 1-9, 2021.

II

Uno de los aspectos más amenazantes del crecimiento capitalista para la permanencia de la especie humana en el planeta es el hecho de que su tendencia hacia la superación de todos los límites (geográficos, ecológicos, biofísicos) en su búsqueda incesante por la ganancia y el abaratamiento de costos, comporta un doble efecto: por un lado, lleva a escalas de destrucción ecológica y producción de desechos que se hacen cada vez mayores; por el otro, permite la degradación de las condiciones materiales de la población trabajadora hacia configuraciones cada vez más precarias e ignominiosas. Esta tendencia, considerada por James O'Connor en términos de una doble contradicción del capital, se manifiesta en una profunda desestabilización de los ecosistemas planetarios, que va de la mano con una imparable crisis de desempleo y subocupación la cual ha terminado por exacerbar las brechas y fracturas de clase de la sociedad neoliberal. En este sentido, un programa de estabilización climática orientado hacia la descarbonización radical de la economía como la que surgiría de un Green New Deal global, no solamente traería beneficios ecológicos; también impulsaría la creación de nuevos empleos verdes que además de absorber a la población desocupada, permitiría una reubicación gradual y escalonada de trabajadores y comunidades ligadas a industrias fósiles.

Los hallazgos de una diversidad de estudios sobre transiciones energéticas y programas verdes de reactivación económica pospandemia coinciden en el hecho de que la inversión en infraestructuras limpias y energías renovables impulsaría la creación de empleo, particularmente en economías que se han visto afectadas por altas tasas de desocupación. Una investigación realizada por el Political Economy Research Institute en Brasil, China, Alemania, India, Indonesia, Puerto Rico, Sudáfrica, Corea del Sur,

España y Estados Unidos, muestra que las inversiones en energía limpia permitirían tasas de reducción del desempleo sustancialmente mayores que las que permitirían las energías fósiles. Esto es así porque una transición energética a gran escala demandaría tareas intensivas en trabajo como construcción y reemplazo de infraestructuras, reacondicionamiento de viviendas y espacios públicos para que sean más eficientes en términos energéticos, e incluso programas de educación técnica para el desempeño de los nuevos oficios.[19] Para un nivel dado de gasto, esta investigación reveló que el aumento porcentual de crecimiento en la ocupación variaría desde un 75% en Brasil, hasta un 350% en Indonesia. En el caso de India, por ejemplo, un aumento de inversiones en energía limpia de apenas un 1,5% del PIB anual durante veinte años, crearía un aumento neto de 10 millones de puestos de trabajo.

De acuerdo con Robert Pollin, miembro del equipo investigador del Political Economy Research Institute, un aumento en las tasas de ocupación de esta magnitud no garantiza de ninguna manera que los puestos de trabajo que se creen puedan ofrecer condiciones laborales o remuneraciones decentes. Sin embargo, Pollin sugiere que un proceso de crecimiento democráticamente controlado de esta naturaleza, necesariamente catalizaría nuevos procesos de sindicalización y movilización obrera. Estas nuevas demandas obreras no solo apuntarían hacia la búsqueda de mejoras en los ingresos y condiciones de trabajo, sino también hacia objetivos más políticos como la expansión de la cobertura sindical, la inclusión de minorías infrarrepresentadas, e incluso la democracia económica al interior de las empresas. En otras palabras, ofrecerían una oportunidad para sacudir los pilares sobre los que se edifica el sistema del trabajo asalariado, y así evitar que las transformaciones que se desprendan de una transición energética

19. Robert Pollin, "Decrecimiento vs. Nuevo Deal Verde", op. cit.

repliquen las mismas lógicas corporatistas y *top-down* de transiciones económicas pasadas.

Una política de pleno empleo, esta vez bajo la bandera de una transición energética poscarbono, no garantiza una democratización verdadera de la economía. La nacionalización de grandes industrias energéticas, de transporte y de infraestructura sin duda podría impulsar el desarrollo territorial y mitigar los efectos nocivos del calentamiento global, pero por sí sola no logrará descentrar el proceso de gobierno corporativo o de toma de decisiones. En la práctica, la estatización de empresas bajo la planificación keynesiana y socialista del siglo pasado transfirió el poder de toma de decisiones de capitalistas a cuerpos burocráticos igualmente centralizados y elitizados. De ahí que el trabajo en la era fordista-keynesiana o desarrollista haya sido contradictorio en el sentido de contar con buenas condiciones de ingreso y previsión social, pero siendo en extremo tedioso y aburrido. El hastío que consumía a trabajadores de cuello azul en la planificación dirigista de la Francia de la posguerra es retratada vívidamente por Henri Lefebvre en su *Crítica de la vida cotidiana*,[20] donde los masivos complejos de vivienda social de Le Corbusier son asemejados a "máquinas para vivir"; formas arquitectónicas que clausuraban cualquier autenticidad y vitalidad humana, y que eran en realidad un espejo de la monotonía intrínseca de las formas industriales de la línea de montaje fordista.

El problema de la democracia económica y del crecimiento compuesto infinito, de acuerdo con lo anterior, no se reduce entonces a una disputa por la propiedad de los medios de producción. También tiene que ver con las formas de disfrute, creatividad y realización personal que se harían posibles en la medida en que el trabajo se zafe

20. Henri Lefebvre, *Crítica de la vida cotidiana*, México D.F., Siglo XXI, 1972.

de su estrecha y restringida envoltura capitalista, transformándose en *actividad productiva libre y desfetichizada*. En este sentido, la fantasía aceleracionista de un futuro socialista en el que toda la producción esté a cargo de sistemas automatizados, también reproduce una visión maniquea de lo moderno y lo premoderno, negando el hecho de que el ser humano es un *ser histórico*; un ser que transforma el mundo con su actividad productiva, y al hacerlo se transforma a sí mismo. En esta medida, la promesa de un mundo postrabajo no solamente debe entenderse en términos de más tiempo libre para llevar a cabo actividades de ocio, encuentro y esparcimiento; también incluye la recuperación de formas de autonomía y de control del proceso productivo que han sido anuladas por la rígida separación del trabajo manual e intelectual sobre el que se fundamenta la producción en masa y su expresión concreta en la *forma-mercancía* del capital. Las prácticas productivas que logren superar esta brecha entre la mente y la mano, adquirirían un carácter más artesanal o aplicado, gravitando en torno a las habilidades –cognitivas, creativas y manuales–, la atención al detalle, el involucramiento personal y el control.

El retorno del concepto de la artesanía a las discusiones contemporáneas sobre el trabajo, como lo explica Kate Soper,[21] no implica una actitud nostálgica o elegíaca frente a los mundos perdidos de las sociedades de oficios y preindustriales. Por el contrario, resalta las posibilidades que se desprenderían de nuevas culturas de trabajo que combinen la autonomía con formas tecnológicas digitales e industriales avanzadas, pero flexibles. Algunas manifestaciones incipientes de estas formas híbridas de producción ya se reflejan en las diversas culturas de trabajo autogestivo que se han configurado alrededor del uso de infraestructuras y artefactos técnicos de código abierto

21. Kate Soper, *Post-Growth Living*, op. cit.

como talleres de fabricación digital, circuitos logísticos cortos de comercialización alimentaria, comunidades de herramientas lentas y comunidades energéticas *off-grid*, entre otros. Este tipo de entornos y nuevas subjetividades productivas prefiguran lo que podría ser la síntesis necesaria a la que apuntaría el trabajo postcapitalista: la técnica solventaría la severidad y la ineficiencia de lo preindustrial, mientras que el *ethos* artesanal eliminaría la alienación, la monotonía y la pérdida de cualificaciones del trabajo moderno de fábrica y de oficina.

Las crisis de desempleo, endeudamiento y desindustrialización que afectan a las economías del mundo anglo-europeo, han inspirado nuevos modelos económicos que puedan impulsar una transición hacia sociedades poscrecimiento y postrabajo. Un aspecto interesante de estas nuevas tradiciones de pensamiento es que si bien tienen nexos con universidades, se han desarrollado principalmente desde centros de estudio o *think tanks* orientados a producir conocimiento aplicado que pueda informar diseños institucionales y de política pública. Centros como New Economics Foundation (NEF), The Democracy Collaborative, Common Wealth y el Institute for Public Policy Research (IPPR), entre otros, se han convertido en espacios epistémicos desde donde se formulan propuestas concretas de organización económica alternativa. Pese a sus distintos matices, estos centros de pensamiento parten del presupuesto de que la mera redistribución de la riqueza (a través de nacionalizaciones y mecanismos tributarios) no es suficiente para lograr un cambio sistémico, ecológicamente sustentable, y que se pueda prolongar en el tiempo. Ante todo, la forma en que la riqueza se produce también debe ser transformada, dando lugar a modos más democráticos de participación económica.

Bajo el concepto de "creación de riqueza comunitaria" [*community wealth building*], estos centros de pensamiento han propuesto diversos esquemas de propiedad y de

producción económica que se puedan desarrollar orgánicamente desde las bases (no desde las grandes corporaciones), y donde el Estado intervenga, pero parcialmente. En vez del desarrollo económico tradicional con incentivos tributarios y asociaciones público-privadas, que entregan sumas astronómicas para subsidiar la extracción de ganancia por parte de corporaciones transnacionales, la noción de riqueza comunitaria propone la propiedad colectiva democrática de la economía a partir de diversos modelos concretos. Cooperativas (tanto de producción como de consumo), fideicomisos comunitarios de tierras, instituciones financieras de desarrollo comunitario, programas de compras públicas, empresas y bancos municipales, son algunos de los modelos que se han propuesto con el fin de generar modos de creación de riqueza que surjan desde abajo, que sean colectivamente regulados por la ciudadanía, y que permitan la realización concreta de la consigna que históricamente ha orientado las tradiciones mutualistas y libertarias: *trabajo sin patrón*. El presupuesto orientador de estas tradiciones es precisamente el hecho de que las economías comunitarias y la escala municipal –y no una mera política de pleno empleo– constituyen la célula base con la que se puede construir un orden socioeconómico alternativo.

En principio, el enfoque de riqueza comunitaria tiene algunas premisas en común con la tradición latinoamericana de economía solidaria, puesto que explora el potencial creador de formas cooperativas y populares de producción económica, en especial de actores socioculturalmente heterogéneos y periféricos (mujeres, comunidades indígenas, trabajadores "informales", miembros de cooperativas y demás). Esta corriente de pensamiento enfatiza los mecanismos de autogestión, reciprocidad y cooperación que emergen de las economías solidarias, dando así origen a nuevas subjetividades que trascienden el presupuesto utilitarista del trabajador asalariado racional que solamente

vela por su propio beneficio. En Latinoamérica, este tipo de economías se evidencian en sectores tradicionales de cooperativas y mutuales, en formas ancestrales de producción y consumo en comunidades indígenas, y en organizaciones de desocupados, clubes de trueque y comensalidad, entre otros.[22] Los enfoques de economía solidaria, sin embargo, tienden a pasar por alto no solo las contradicciones de este tipo de prácticas económicas –en algunos casos sorprendentemente compatibles con ideologías reaccionarias, patriarcales y neoliberales, sino que también carecen de una explicación acerca del rol que las instituciones serían capaces desempeñar en una transición que pudiese expandir de manera sistemática el rango de acción de las economías solidarias.[23]

En esta medida, el paradigma de la riqueza comunitaria ofrece algunas herramientas que permiten un diálogo fructífero con tradiciones latinoamericanas de economía social y economía solidaria, pues pone de manifiesto el problema de la escala y de la forma del Estado o los mecanismos

22. Nicolás Gómez, "Solidaridad y cooperación en las economías latinoamericanas", *Polis: Revista Latinoamericana*, vol. 15, n° 45, pp. 63-85, 2016 y Natalia Quiroga Díaz, "Economía popular, social y solidaria", en Ashish Kothari y otros (eds.), *Pluriverso*, op. cit.

23. En general, la literatura sobre economías solidarias ha carecido de un examen más profundo acerca de sus límites o contradicciones. Sin embargo, lecturas más matizadas de este fenómeno sugieren que, si bien las economías populares son una importante instancia para la invención de modos alternativos de las relaciones sociales, también son espacios donde frecuentemente se reproducen ideologías capitalistas y xenófobas con más fuerza, en la forma de un "neoliberalismo desde abajo" (ver Verónica Gago, *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2015 y Beatriz Cid y otros, "Discursos de diversidad económica desde el centro-sur de Chile. Definiciones en disputa en torno a la economía social, solidaria y autogestionaria", *Mirada*, vol. 1, n° 15, pp. 185-207, 2019). En términos de su operación económica, las economías solidarias se encuentran en una situación de desventaja estructural frente a la economía dominante. Así, esta última absorbe y degrada las prácticas alternativas gracias al uso de economías de escala, externalización de costos y producción intensiva en capital.

de planificación que pueden fundamentar un proceso de transformación económica. Esto se ve reflejado en tres elementos. Primero, la idea de riqueza comunitaria tiene una fuerte raigambre institucional. Es decir, parte de la premisa de que en ausencia de una institucionalidad fuerte que pueda combatir el poder de monopolio, las cooperativas serán mecanismos ineficaces para lograr una verdadera transformación en un entorno económico que por su configuración institucional y de propiedad es reacio al cambio. Segundo, si bien las cooperativas y economías de base son un instrumento de democratización económica, también deben ir de la mano con modelos y formas de organización que operen a una mayor escala. Es decir, es necesario experimentar con modalidades de propiedad comunitaria que no solamente se encuentren en los márgenes de la economía, sino que puedan abarcar rubros estratégicos (telecomunicaciones, transporte, infraestructura, energía, construcción y demás). Tercero, al estar enraizada en los mundos de la investigación aplicada, el paradigma de riqueza comunitaria propone algunos prototipos concretos y replicables para implementar economías democráticas.

El Fondo de Propiedad Inclusiva [Inclusive Ownership Fund], propuesto por la New Economics Foundation (NEF), es uno de los prototipos que surgen del mencionado paradigma, y que ilustran la visión que fundamenta esta tradición de pensamiento económico. Para la NEF, de nada sirve un aumento en el número de cooperativas si el entorno en el que operan es uno de desregulación extrema, donde actores altamente concentrados extraen la mayor cantidad de ganancia y rentas. Un Fondo de Propiedad Inclusiva, en consecuencia, se concibe como un mecanismo que permita lograr un cambio en la estructura de propiedad de las grandes compañías, con el fin de democratizar su estructura de gobierno. Bajo esta propuesta, las compañías transferirían una porción de sus ganancias anuales en forma de acciones a un fideicomiso de

propiedad de sus trabajadores -o administrado por ellos-. Una vez transferidas, estas acciones no podrían ser vendidas. Al otorgar poder de control y toma de decisiones a sus trabajadores de manera incremental, este fondo permitiría que los intereses de las compañías estén más alineados con el desarrollo local y comunitario, y no con los fines de lucro de inversionistas institucionales transnacionales y financiarizados –los cuales tienden a dar prelación a los rendimientos a corto plazo frente a la integridad de las compañías a largo plazo–.[24]

Los Fondos de Propiedad Inclusiva, sin embargo, son uno entre varios otros prototipos de propiedad comunitaria que han surgido de este nuevo movimiento de planificación. En el informe titulado "Modelos amplios de propiedad como herramientas para la creación de empleo y el desarrollo comunitario", publicado en 2016, The Democracy Collaborative presenta diversos modelos de propiedad corporativa más allá de las empresas cooperativas. Por ejemplo, se destacan las empresas municipales como un esquema de propiedad pública en la que infraestructura y servicios estratégicos (aeropuertos, construcción, energía, transporte, etc.) estén en manos de gobiernos locales. Esto tiende a generar importantes reducciones en las tarifas de los servicios, y también a desarrollar encadenamientos productivos mucho más conectados con las comunidades, pues las ganancias se reinvierten y no fluyen hacia afuera, como suele suceder con concesiones a grandes contratistas. El Programa de Propiedad Participada [Employee Stock Ownership Plan], por su parte, se propone como un mecanismo para transferir la propiedad de compañías a sus trabajadores a través de exenciones tributarias para propietarios que vendan 30% o más de sus acciones bajo esta figura. Este

24. Ver New Economics Foundation, *Cooperatives Unleashed*, Londres, NEF, 2018.

documento también propone esquemas de adquisiciones públicas, en los que compañías estatales contraten la provisión de bienes y servicios a compañías locales y cooperativas (recolección y reciclaje de residuos, servicios de ambulancia, transporte y suministro de alimentos, entre muchos otros).[25]

Para Guinan y O'Neill,[26] las formas de experimentación que emergen de los modelos antes mencionados, constituyen una importante instancia de prefiguración de un nuevo orden económico postcapitalista; uno que a diferencia de los socialismos realmente existentes del siglo pasado, pueda ser construido desde abajo, y de manera democrática, orientado a un desacople del imperativo del crecimiento económico infinito. Al transformar la estructura de propiedad de una amplia gama de actores de mercado, este tipo de modelos emplean el poder del Estado, pero con el fin de distribuir el poder económico entre las bases y ampliar la realización de la solidaridad social en la esfera económica. Uno de los aspectos más llamativos de los modelos y prototipos económicos que surgen del paradigma de riqueza comunitaria es el hecho de que desbordan la forma asalariada del trabajo, inventando nuevas maneras de participación económica y gestión colectiva de la producción social. En efecto, no es coincidencia que varios de estos modelos se hayan inspirado en la situación de ciudades y regiones que han sufrido los efectos más agudos de la desindustrialización, como lo son la fuga de capitales y el desempleo.

25. Ver The Democracy Collaborative, *Broad-Based Ownership Models as Tools for Job Creation*, Takoma Park, The Democracy Collaborative, 2016.
26. Joe Guinan y Martin O'Neill, "From Community Wealth-Building to System Change: Local Roots for Economic Transformation", *Progressive Review*, vol. 25, n° 4, pp. 382-392, 2019.

III

Uno de los factores que hace del crecimiento capitalista una forma de mediación económica tan disruptiva e injusta es el hecho de que se ha edificado sobre una masiva (e invisible) estructura social de trabajo no remunerado de cuidados en los hogares. En particular, la invisibilidad constitutiva del trabajo de cuidados es uno de los principales efectos de la consolidación del sistema del trabajo asalariado como modo predominante en el que se organiza la producción social. El feminismo de la segunda ola, y en especial la tradición que surgió del movimiento de "salarios para el trabajo doméstico" en Italia en la década de 1970, prefigura la crítica de Moishe Postone al trabajo capitalista y pone de manifiesto el carácter problemático –y en algunas instancias incluso reaccionario– de la economía asalariada. Para autoras como Silvia Federici, Maria Rosa Dalla Costa y Maria Mies, entre otras, la existencia del salario se constituye en un mecanismo que fragmenta a las clases trabajadoras, subordinando a las mujeres que desempeñan labores no remuneradas. Las relaciones salariales, de acuerdo con Federici, dividen a las clases populares, creando jerarquías entre la clase trabajadora y el proletariado no remunerado.[27]

Dentro del pensamiento y los movimientos feministas también ha ido tomando fuerza la idea de pensar en formas de organización social y económica que puedan ir más allá de la figura del trabajador asalariado como eje estructurante. Según Nancy Fraser,[28] la globalización avanzada ha precipitado una *crisis de la reproducción social*, que se hace evidente en la degradación de las capacidades sociales para la crianza infantil, el cuidado de familias y

27. Silvia Federici, *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2018.

28. Nancy Fraser, "Tras la morada oculta de Marx: por una concepción ampliada del capitalismo", *New Left Review*, vol. 86, pp. 57-76, 2017.

parientes, el sustento de los hogares y comunidades más amplias, y la creación de relaciones sociales en general. Esta crisis de la reproducción, para Fraser, hace visible el hecho de que las actividades reproductivas no remuneradas son el fundamento –o más puntualmente, *la condición de posibilidad*– sobre el que se erige el trabajo asalariado, los mercados capitalistas, y por ende la maquinaria infernal del crecimiento infinito e irracional. Es por esta razón que la particular contribución de la Teoría de la Reproducción Social (SRT por sus siglas en inglés) consiste precisamente en caracterizar los términos de interacción entre estas distintas esferas de las relaciones sociales –asalariadas y no asalariadas, productivas y reproductivas, proletarias y semiproletarias– y no se limita tan solo a señalar su coexistencia.[29]

La crisis que describen las autoras de la SRT ha traído consigo una politización de lo reproductivo, donde asuntos de saneamiento, vivienda, salud, pensiones, educación y cuidados, entre otros son la punta de lanza de nuevos movimientos políticos y territoriales. Si bien las causas de la crisis son múltiples, uno de los principales factores que explican su surgimiento y profundización, es el desmantelamiento sistemático de Estados de bienestar y sistemas públicos de previsión social que se ha presentado desde la década de 1970. En años recientes, movimientos y corrientes de pensamiento feministas en Latinoamérica y el sur de Europa han abordado esta problemática, principalmente a partir de la idea de la socialización del cuidado. Como lo sugieren Cristina Vega Solís, Raquel Martínez-Buján y Myriam Paredes,[30] la idea de la socialización del cuidado ha sido considerada en términos de alianzas que puedan

29. Ver Tithi Bhattacharya (ed.), *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentering Oppression*, Londres, Pluto Press, 2017.

30. Cristina Vega Solís, Raquel Martínez-Buján y Myriam Paredes (eds.), *Cuidado, comunidad y común. Experiencias cooperativas en el sostenimiento de la vida*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2018.

suplir las deficiencias del sistema público, o incluso como una ampliación de sus potestades y servicios. Tanto en España como en algunos lugares de América Latina, por ejemplo, emergieron diversas experiencias de cuidados comunitarios al tiempo que se abre un diálogo con autoridades públicas locales sobre asuntos de crianza, salud, educación o atención a colectivos. Estas autoras sugieren que estas nuevas formas de involucramiento critican una aproximación asistencialista del Estado en el que las personas se consideran meros "usuarios", y dejan entrever configuraciones más complejas de la manera en que lo público se entrelaza con la reproducción social.

Instancias de cooperación vecinal para tareas en el entorno construido, proyectos de corresidencia para el cuidado, grupos de crianza compartida, madres comunitarias, y otras comunidades independientes articuladas en torno al cuidado, empujan la frontera de lo público hacia horizontes más democráticos y participativos. Estos entrelazamientos entre lo público y lo común han devenido en lo que Amador Fernández-Savater denomina "lo público en movimiento", pues los movimientos de base no solamente han asumido crecientemente una defensa de lo público, sino que son ellos mismos lo público. En palabras de Fernández-Savater, "la defensa de lo público se seca por dentro sin lo público en movimiento".[31] El caso del Sistema Nacional e Integrado de Cuidados (SNIC), creado en Uruguay en 2015, ilustra la visión de lo público que emerge desde una óptica que trascienda el ámbito del trabajo asalariado y las relaciones propiamente mercantiles. De acuerdo con Susana Draper,[32] el SNIC es la culminación de un importante proceso de movilización, el cual estuvo orientado a visibilizar las actividades de cuidados y a promover una mayor justicia de

31. Cit. en ibíd.

32. Susana Draper, "Tejer cuidados a mico y macro escala entre lo público y lo común", en ibíd.

género en el trabajo reproductivo. El SNIC tiene como finalidad diseñar e implementar políticas públicas para cubrir los cuidados de personas en situación de dependencia, esto es, personas con discapacidades, personas adultas mayores que no puedan realizar actividades cotidianas por sí mismas, y niños y niñas de 0 a 3 años.

En 2016 se lanzó el portal del SNIC, con el fin de ofrecer una plataforma web que brinde información sobre las diferentes zonas de cuidados, pautas de ingreso por familia, listas con cuidadores y cuidadoras, y un modelo tipo de contrato de trabajo. La posibilidad de diseñar e implementar este innovador sistema público de cuidados se consolidó a partir de una amplia gama de estudios técnicos, así como de diálogos y publicaciones en los que se invitaba a reconsiderar la cuestión del cuidado y el trabajo remunerado de acuerdo con nuevas ópticas. Desde universidades, organizaciones ciudadanas y centros de pensamiento se crearon herramientas que permitieran entender las dinámicas de los cuidados y la manera en que operan en la sociedad. Esto, a su vez, se fundamentó en esfuerzos sistemáticos para ampliar la noción de trabajo más allá de su forma asalariada, y también para cuestionar la rigidez de las categorías de "lo público" y "lo privado", en la medida en que reducían el problema del cuidado a un asunto privado y familiar.[33]

A raíz del retraimiento de la institucionalidad de previsión social desencadenado tras décadas de privatizaciones neoliberales y de políticas de austeridad, en los países del sur de Europa –particularmente España e Italia– también han surgido diversas iniciativas que buscan politizar lo público de cara a la crisis de reproducción social. Particularmente, el desmantelamiento de las instituciones del Estado de bienestar en esos países ha dado origen a dinámicos movimientos comunitarios que inventan y

33. Ibíd.

proponen distintas maneras de provisión de servicios de salud y educación. De acuerdo con Rotelli y Gallio,[34] lo que une a estos distintos movimientos es precisamente el hecho de que "no se renuncia a dar la pelea por otras formas de lo público, sino que esta batalla se libra, de modo concreto, dentro y contra: desde las prácticas, demostrando que otros modos de hacer son posibles y haciendo de la *res publica res communis*". Con el ocaso de la escuela fordista, por ejemplo, surgieron una diversidad de experiencias educativas en jardines infantiles y colegios de España e Italia, en las que se inculcó a niños y niñas ser partícipes de su propio aprendizaje, en el marco de una comunidad abierta compuesta por docentes, pero también familias, vecinos y trabajadores no docentes. En diálogo con tradiciones latinoamericanas de educación popular, estos movimientos de renovación pedagógica incorporaban a los propios procesos de aprendizaje las problemáticas a las que se enfrentaban niños y niñas.

De manera similar, en la región italiana de Trieste se ha presentado una interesante experiencia de socialización del cuidado que parte de la base de una potente crítica al manicomio como una violenta institución creadora de locura. Desde la consigna de que "la libertad es terapéutica", Rotelli y Gallio explican que este movimiento se ha traducido en una práctica constante de desinstitucionalización del manicomio, rompiendo el vínculo entre sufrimiento psíquico y peligrosidad, así como entre saber médico e intereses corporativos y de control del cuerpo social. Tal enfoque no significa el mero abandono de los pacientes psiquiátricos a su suerte, sino específicamente una ruptura de la lógica del encierro tanto para pacientes como para personal médico. En consecuencia, esto no se manifestó en desentendimiento técnico, sino por el

34. Franco Rotelli y Giovanna Gallio, "Futuro anterior de la ciudad social. Reflexiones desde la experiencia de atención sanitaria en Trieste", en *Ibid.*

contrario en el desarrollo de una red fuerte de servicios que trasladó los saberes y responsabilidades técnicas al territorio. Para Rotelli y Gallio, esta red abierta de saberes y prácticas de cuidado que incluye, pero al mismo tiempo desborda la estatalidad, ha devenido en "'instituciones inventadas', abiertas, capaces de prefigurar otros modos de organización social del cuidado con el objetivo fundamental de sostener la libertad 'constitutivamente difícil de la vida urbana'".

IV

En estas iniciativas y experiencias se evidencian algunos atisbos de modelos de organización política y social que pretenden desbordar –o incluso superar del todo– las figuras del crecimiento ilimitado y del trabajo asalariado como modos estructurantes de la producción de riqueza en la Modernidad capitalista. Para transitar hacia una sociedad más allá del crecimiento y del sistema del salario, sin embargo, no basta con fomentar el desarrollo de infraestructuras y economías que sean limpias, públicas y/o democráticamente gestionadas. También es imperativo diseñar herramientas institucionales que permitan combatir las inevitables crisis de desempleo que suscitaría el encogimiento progresivo de industrias contaminantes, superfluas o peligrosas. Asegurar el bienestar de las personas cuyos empleos se puedan ver afectados por una transición de esta naturaleza no se reduce a una cuestión de equidad y justicia social. Es también un medio para garantizar la legitimidad de las transiciones ante públicos amplios y diversos, y reducir considerablemente la posibilidad de escenarios de convulsión social e inestabilidad política. Las dos principales figuras a través de las cuales se ha pensado asegurar un piso de justicia económica y legitimidad democrática en un evento de transición de esta

índole son las de la garantía de trabajo y la de la renta básica universal (RBU).

El presupuesto del que parten las propuestas antes mencionadas es el hecho de que cualquier transición que afecte las dinámicas del crecimiento fósil capitalista, necesariamente trastocará el funcionamiento de las grandes industrias, generando desempleo. La garantía de trabajo, en este sentido, transformaría al Estado en un empleador de última instancia, reduciendo el desempleo de manera efectiva ante un evento de transición. Asimismo, este dispositivo ofrecería la oportunidad de crear puestos de trabajo en sectores que no son rentables en términos de su valor económico, pero que son de gran utilidad social y ecológica. Labores de cuidado, restauración de ecosistemas, enfermería, enseñanza y todos aquellos trabajos por lo general denominados de "cuello rosa", que tienden a estar mayoritariamente a cargo de mujeres, migrantes y minorías étnico-raciales. Con una garantía de empleo de esta naturaleza, se protegería a los trabajadores de los vaivenes y caprichos del mercado del trabajo, y también se contribuiría a satisfacer necesidades sociales, ecológicas y públicas que no son atractivas para el mercado por no ser rentables.[35]

La idea de una renta básica universal (RBU), por su parte, ha sido la iniciativa más ampliamente discutida en círculos académicos y de política pública. La RBU se ha entendido como una transferencia monetaria realizada de manera periódica e individual a todas las personas de una comunidad política.[36] De hecho, la RBU cuenta

35. Sobre la garantía de trabajo, ver B.J. Unti, "Job Guarantee", en Giacomo D'Alisa y otros (eds.), *Decrecimiento*, op. cit. y Cedric Durand y Razmig Keucheyan, "Hacia una planificación ecológica", en *El futuro será verde*, Santiago, Editorial Aún Creemos en los Sueños - Le Monde Diplomatique, 2020.

36. Gabriela Cabaña, "Renta Básica Universal para una transformación de la economía", en *El futuro será verde*, op. cit.

con el mérito de ser una de las pocas propuestas de política que ha gozado de una amplia popularidad tanto en sectores de la izquierda como de la derecha. El optimismo sobre lo que podría eventualmente lograr la implementación de una RBU es tal, que ha generado una base de consenso entre campos tan diversos como el aceleracionismo de izquierda, el partido Podemos en España, el Nuevo Laborismo de Jeremy Corbyn en el Reino Unido, los empresarios de Silicon Valley, e incluso magnates como Elon Musk y Mark Zuckerberg. Adicionalmente, la pandemia del coronavirus ha precipitado la discusión sobre la urgencia de establecer una RBU que vaya más allá de pagos por la contingencia. Gobiernos y partidos políticos en España, Escocia, Canadá, Finlandia, Kenia y los Estados Unidos, han considerado la posibilidad de establecer una RBU de emergencia, pero con miras a que se vuelva permanente una vez termine la crisis sanitaria.

El entusiasmo que suscita la RBU en intelectuales y actores políticos de diversa raigambre se explica por el hecho de que ha sido entendida como una herramienta tecnocrática neutra para contrarrestar las profundas dislocaciones sociales que se darían como consecuencia del desempleo tecnológico y ambiental. En las lecturas más optimistas, la RBU sería la punta de lanza hacia una sociedad postescasez y postrabajo en la que las personas por fin puedan librarse de largas y monótonas jornadas de trabajo, y dedicarse a formar asociaciones ciudadanas, de oficios, deportivas, científicas, de cuidado o de esparcimiento. En uno de los estudios más completos que se han publicado sobre la relación entre automatización avanzada y (des) empleo, sin embargo, Aaron Benanav muestra cierto escepticismo acerca del potencial transformador que se le atribuye a la RBU.[37] Para Benanav, la derecha entiende la

37. Aaron Benanav, *Automation and the Future of Work*, Londres, Verso, 2020.

RBU como un mecanismo que liberaría a los Estados de la responsabilidad de desarrollar instituciones de cuidado y seguridad social. Esto no solamente permitiría una mayor privatización de las instituciones y empresas públicas que aún existen, sino que bloquearía cualquier debate serio sobre la redistribución de la riqueza.

En América Latina, algunas lecturas críticas de la RBU también ponen en duda los beneficios que usualmente se le atribuyen a esta política. En pleno auge del neoliberalismo, los organismos multilaterales y otras organizaciones promotoras del Consenso de Washington sugirieron a los gobiernos implementar programas de transferencias de ingresos a los sectores más vulnerables. Sin embargo, como lo señala Camila Barón, estas políticas focalizadas se promovían al mismo tiempo que se recomendaba la privatización de servicios públicos y recortes salariales.[38] Algunos de estos programas se mantuvieron, e incluso fueron adoptados de manera más sistemática por los distintos gobiernos progresistas de la región. Si bien estos programas de transferencia directa no fueron políticas de renta básica (pues no cubrían montos mínimos de subsistencia) ni universales (solamente iban dirigidos a algunos segmentos de la población), Barón sugiere que funcionan como una referencia fundamental para el debate de la RBU. En una región en la que un tercio de la población ya vivía por debajo de la línea de la pobreza antes del inicio de la pandemia, este tipo de garantía de ingreso básico –como sucede con las transferencias de ingreso actuales– actuaría como un complemento de ingresos laborales precarios. De esta manera, las compañías se verían incentivadas a seguir reduciendo salarios, pues parte del costo de reproducción del trabajo ya estaría cubierto por el Estado.

38. Camila Barón, "El Ingreso Básico Universal es un arma de doble filo". *Jacobin América Latina*, 9 de noviembre de 2020, disponible en jacobinlat.com.

A partir de lo anterior, es dudable que la RBU -al menos por sí misma- pueda convertirse en el fundamento de un proyecto político emancipador que realmente transforme las estructuras de desigualdad en la sociedad. Aunque la RBU lograra la loable meta de desligar el ingreso de la cantidad de trabajo que hacen las personas, Benanav alerta que dejaría intacta la relación entre ingresos y activos, manteniendo en pie un sistema en el que la mayor porción del ingreso total seguiría proviniendo de intereses (de instrumentos financieros y de deuda), de rentas (de la tierra y de activos fijos), y de ganancias (de grandes corporaciones y oligopolios). En otras palabras, la RBU empoderaría a los trabajadores sin desempoderar el capital. Las propuestas y diseños de RBU que han surgido desde la izquierda, en esta medida, aún deben incorporar una discusión acerca de cómo arrebatar a los propietarios de activos el control sobre la economía y la inversión, y por ende, sobre qué se produce, en dónde se produce y de qué manera se produce. En consecuencia, las lecturas críticas de este mecanismo de política concluyen que una RBU radical debería ir acompañada de un plan que apunte a la socialización progresiva de los medios de producción, específicamente a través de la desprivatización y transferencia planificada de activos a la sociedad en su conjunto. Si los capitalistas son capaces de retener el control sobre las estrategias y flujos de inversión, no solo seguirán teniendo a la huelga de inversiones como su principal arma política, sino que impedirían la reorganización de la economía más allá del imperativo de la ganancia y el crecimiento infinito.

La ardua tarea de diseñar un programa de transferencia planificada de activos -como complemento fundamental de cualquier discusión sobre la implementación de una RBU- no debe ser un producto exclusivo de operadores políticos y tecnócratas. Ante todo, debe estar informada por un diálogo directo con quienes ocupan cotidianamente distintos espacios de trabajo (tanto remunerado como

no remunerado). En este sentido, las tradiciones de diseño participativo que parten desde la experiencia del trabajo, pueden ofrecer importantes mecanismos metodológicos para descentrar no solamente el conocimiento, sino la práctica misma de la planificación y diseño de formas alternativas de la sociedad. De acuerdo con Damian White,[39] los paradigmas de diseño participativo ofrecen elementos fundamentales para involucrar públicos en el proceso de cocrear y rediseñar sistemas, servicios y nuevas instituciones, así como nuevas culturas, experiencias y modos de vivir. Bajo estas tradiciones, los diseñadores y tecnócratas desempeñan un rol cardinal, aunque no como maestros constructores o *worldmakers*, sino como vehículos a través de los cuales las herramientas de diseño puedan facilitar el despliegue de las capacidades de trabajadores-diseñadores, o más ampliamente de ciudadanos-diseñadores.

Estas tradiciones de diseño participativo, es importante mencionar, se originan por primera vez en el marco de movimientos obreros y sindicales de sociedades europeas de la posguerra, particularmente en el Reino Unido y los países escandinavos.[40] El caso del diseño participativo sueco es quizá el más paradigmático, pues se arraiga en importantes luchas sindicales inspiradas en el ideal de la democracia económica, y en la crítica a la pérdida de cualificaciones asociada a la taylorización y automatización de la producción. Pelle Ehn, uno de los fundadores de esta corriente de diseño participativo, afirma que la aspiración de descentrar el conocimiento y el control en el lugar de trabajo surgió tras una visita que Paulo Freire hizo a

39. Damian White, "The Institutional Gap in Critical Design Studies: Exploring the Promise of Design for Post-Carbon Futuring and its Current Limitations", artículo presentado en la Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2019.

40. Damian White, "Just Transformations/Design for Transitions: Preliminary Notes on a Design Politics for a Green New Deal", *Capitalism Nature Socialism*, 2018.

Estocolmo en 1970, en la que se plantearon los presupuestos de su enfoque de pedagogía crítica.[41] En años recientes, Pelle Ehn y sus colegas han extendido su método de diseño participativo con el fin de dar voz a comunidades trabajadoras multirraciales y multiétnicas. En esta relectura contemporánea del enfoque de recursos colectivos, Ehn sugiere que el fin del diseño no es necesariamente la producción de objetos y artefactos (la app que milagrosamente salvará el mundo), sino la expansión de la esfera pública a través de la incorporación de saberes y visiones variopintas y tradicionalmente excluidas.[42]

Los repertorios metodológicos de diseño participativo y obrero podrían resultar vitales para el desarrollo de modos de intervención que permitan llevar a cabo programas de estabilización climática y reactivación económica pospandemia que no sean más de lo mismo, sino que se encarguen de atacar el problema desde su raíz. Si bien la superación del crecimiento infinito y del sistema salarial (como los dos pilares sobre los que se edifica la economía capitalista) aún pareciera ser un objetivo muy lejano y utópico, las visiones de política que han surgido desde los distintos espacios de pensamiento e intervención discutidos en este capítulo, ofrecen un importante marco de acción para formas de experimentación colectiva en el presente. También, estos modelos y visiones de política resaltan las inconsistencias de paradigmas keynesianos y desarrollistas, que como vimos, no abordan el problema del crecimiento ni el de la democracia económica. El logro de objetivos de largo plazo de este tipo, sin embargo, debe contar primero con un entorno macrosocial favorable

41. Ver Pelle Ehn, Ignacio Farías y Tomás Sánchez Criado, "On the Possibility of Socialist-Democratic Design Things: Interview with Pelle Ehn", *Diseña*, vol. 12, pp. 52-69, 2018.

42. Ver Pelle Ehn, Elisabet Nilsson y Richard Topgaard (eds.), *Making Futures: Marginal Notes on Innovation, Design, and Democracy*, Cambridge, MIT Press, 2014.

para la implementación de reformas profundas. Esto, a su vez, requiere el desarrollo de una planificación de igual complejidad, pero que opere en el corto plazo, con el fin de asegurar la legitimidad democrática que demandan medidas más sistemáticas. La temporalidad, como se verá en el próximo capítulo, se convierte así en uno de los principales terrenos en disputa en un proceso de transición.

PLANIFICACIÓN PARA EL CONFLICTO Y EL PROBLEMA DE LA TEMPORALIDAD

I

Es relativo que la superación del modo de producción capitalista se presente en un solo acto revolucionario que pueda refundar, *ex nihilo*, las relaciones de la sociedad como un todo. Este mito revolucionario, como lo plantea el filósofo Bolívar Echeverría,[1] está anclado a una sensibilidad iluminista que básicamente secularizó la idea metafísica de un Dios único y omnipotente cuya agencia moldea todo lo Otro sin necesidad de atenerse a ninguna determinación natural o histórica. En realidad, los distintos modos de producción (primitivo, asiático, feudal, incaico) han finalizado a través de largos procesos de entropía y desintegración, no a través de un acontecimiento único de refundación societal. Como lo intuye Maurizio Lazzarato,[2] el fin de la pandemia traería duros

1. Bolívar Echeverría, *Valor de uso y utopía*, México D.F., Siglo XXI, 2014.
2. Mauricio Lazzarato, "¡Es el capitalismo, estúpido!", *El Salto Diario*, 11

enfrentamientos de clase, lanzando al capitalismo hacia una larga espiral descendiente de espasmos e implosiones en cámara lenta. La peligrosa concentración de la riqueza desplegada durante las primeras dos décadas del siglo XXI ha traído consigo una nueva casta de superélites económicas que son cada vez más reacias a aceptar cualquier mecanismo de redistribución que presuponga una amenaza a sus intereses. El sabotaje económico de las oligarquías organizadas y de sus distintos grupos de choque –medios de comunicación, escuadrones paramilitares, grupos de lobby, etc.–, como vimos de manera reciente, se ha convertido entonces en un obstáculo cada vez más importante para la implementación de reformas profundas. En este sentido, la planificación democrática no solamente debe abocarse al diseño de las grandes transformaciones socioeconómicas del largo plazo, sino también a garantizar las condiciones técnicas, de legitimidad y de paz social que hagan posible el diseño y la ejecución del plan en el corto plazo.

Esta heterogeneidad de temporalidades, en consecuencia, presupone una concepción heterodoxa del acontecimiento revolucionario que pueda dar cabida a la coexistencia de reformas inmediatas y de transformaciones estructurales, como dos elementos del mismo proceso social. Esta es quizás una de las principales enseñanzas que se desprenden de la teoría del *desarrollo desigual y combinado* de Trotsky. Para este autor, el proceso de cambio histórico no se presenta en términos de una serie de etapas nítidamente diferenciadas, como en su momento lo suponía la intelligentsia soviética. Por el contrario, se asemeja más bien a una compleja amalgama en la que elementos modernos y premodernos, estatales y extraestatales, liberales y socialistas, se mezclan en un turbulento devenir. Uno de los grandes dilemas de los procesos de

de abril de 2020, disponible en elsaltodiario.com

cambio social, de acuerdo con lo anterior, ha consistido en lograr armonizar la heterogeneidad constitutiva de sus elementos tanto de corto, como de largo plazo. De acuerdo con Trotsky, una transición postcapitalista en las economías periféricas involucra llevar a cabo ciertas "tareas democráticas" no resueltas. Estas tareas comprenderían una reforma agraria comprehensiva, acabar con la dependencia de poderes imperiales y la expansión de libertades civiles y democráticas a las masas populares.[3] En América Latina, los primeros planes quinquenales y sexenales inspirados en paradigmas keynesianos y desarrollistas se dieron a fines de la década de 1930 en Brasil, México y Argentina, principalmente con el fin de mitigar los efectos de la Gran Depresión, impulsar ambiciosos proyectos de industrialización, y con ello avanzar en las mencionadas tareas democráticas no resueltas. En las décadas subsiguientes, la CEPAL –especialmente bajo el liderazgo de Raúl Prebisch– impulsó propuestas para la transformación profunda de las estructuras productivas que permitieran incorporar conocimiento, superar la dependencia primario-exportadora y desplegar todo un complejo de nuevas industrias.[4] Estos planes de reconversión productiva, a su vez, en muchas ocasiones estuvieron entrelazados con procesos revolucionarios y contaron con la adhesión de fuerzas políticas de izquierda.

Planificar de manera democrática en condiciones sociopolíticas cambiantes lleva consigo la necesidad de movilizar consensos y lograr la legitimidad de las reformas

3. Michael Löwy, *The Politics of Combined and Uneven Development: The Theory of Permanent Revolution*, Chicago, Haymarket Books, 2010.

4. Ver Jorge Leiva Lavalle, *Pensamiento y práctica de la planificación en América Latina*, Santiago, Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social, 2012 y Jorge Máttar y Luis Mauricio Cuervo (eds.), *Planificación para el desarrollo en América Latina y el Caribe. Enfoques, experiencias, perspectivas*, Santiago, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, 2017.

ante públicos que tienen necesidades materiales que deben ser satisfechas. La inestabilidad económica puede alterar la geometría de las distintas alianzas de clase y compromisos políticos que hacen factible la implementación de planes. Los estudios comparativos acerca de fenómenos de violencia colectiva concluyen que los procesos de democratización tienden a generar condiciones transitorias de violencia e inestabilidad, pues abren la disputa sobre la legitimación de nuevas instituciones democráticas.[5] Los regímenes autoritarios, por el contrario, carecen de la necesidad de legitimarse permanentemente ante mayorías movilizadas, y por ende han ofrecido entornos mucho más favorables para introducir reformas profundas –como es el caso de la planificación centralizada soviética, o de los planes de ajuste estructural neoliberal implementados en regímenes dictatoriales o autoritarios en Latinoamérica–. La situación de adhesión inestable con la que se enfrenta la planificación democrática, sin embargo, hace que los objetivos de corto plazo adquieran tanta relevancia como las metas últimas o de largo plazo.

Para algunas tradiciones del pensamiento socialista, es por las anteriores razones que la transición genera una dinámica propia, independiente en sus atributos y trayectorias. Es decir, el cambio social no se presenta automáticamente en términos del declive de un sistema económico antiguo y del auge de uno nuevo. Para el pensamiento trotskista, por ejemplo, una fase de transición debe mantener un sistema de empresas privadas y de mercados capitalistas regulados, ya que sería ingenuo pensar que en sus estadios iniciales, un plan podría asignar recursos mejor que un mercado. Por esto, Trotsky consideraba que se hacía necesaria una estrategia que pudiese combinar, de manera escalonada, planificación y mercado.[6] La Nueva

5. Ver Charles Tilly, *Violencia colectiva*, Barcelona, Hacer, 2007.

6. Ver Paul Mason, *Postcapitalismo. Hacia un nuevo futuro*, Madrid, Paidós,

Política Económica (NPE) formulada en 1921 por la Unión Soviética bajo el liderazgo de Lenin, constituye quizás un importante precedente para esta visión acerca de la planificación económica. Con el fin de conjurar las crisis de abastecimiento y recesión que afectaban al país, la NPE estableció un sistema mixto que permitía la existencia de empresa privada, pero en el marco de control estatal de bancos, grandes industrias y comercio internacional.[7] Adicionalmente, la NPE buscó la manera de armonizar fines socialistas con programas para la maximización de ganancias económicas, tanto en empresas privadas como en las grandes empresas estatales.

De acuerdo con Matteo Mandarini y Alberto Toscano,[8] el tipo de planificación económica que inaugura la NPE se puede entender como una *planificación para el conflicto*: al permitir la coexistencia de mercado y plan, no pretendió neutralizar las relaciones antagónicas de la sociedad, sino más bien brindarles un cauce institucional. Este enfoque, en consecuencia, tuvo como fin problematizar las complejas articulaciones entre lo político y lo económico, así como la natural discordancia de intereses y demandas

2016 y Michael Löwy, *The Politics of Combined and Uneven Development*, op. cit.

7. En la época de la posguerra, la NPE fue discutida ampliamente como un prometedor modelo para el diseño de un socialismo de mercado. Sin embargo, Wemheuer explica que el producto de esta política no se puede entender sin los problemas de hambruna y desmoronamiento económico que la precedieron. Entre 1914 y 1921, la producción agrícola se redujo en un 57% y la producción industrial en un 85%. Durante el período 1916-1922, la superficie arada se redujo en un 35% y el número de cabezas de ganado en un 33%. Esto causó una hambruna severa que obligó a los bolcheviques a implementar la NPE. Si bien la hambruna terminó tras la implementación de la NPE, Wemheuer añade que se reportaron algunos casos locales de malnutrición y subalimentación en 1924, 1926 y 1928. Ver Felix Wemheuer, *Famine Politics in Maoist China and the Soviet Union*, New Haven, Yale University Press, 2014.

8. Matteo Mandarini y Alberto Toscano, "Planning for Conflict", *South Atlantic Quarterly*, vol. 119, n° 1, pp. 11-30, 2020.

entre los diversos actores que componen una comunidad política. La NPE estuvo informada por la premisa de que una transición hacia el socialismo intensificaría la lucha de clases, y que por lo tanto era importante construir una institucionalidad adecuada para que las relaciones antagónicas se pudieran expresar democráticamente sin que ello generase desintegración social. "De manera contradictoria, e incluso trágica", señalan Mandarini y Toscano, "esta figura del plan planteó la cuestión sobre lo que significa para la planificación económica lidiar con la persistencia de la lucha de clases y rechazar fantasías de la subsunción de lo económico por lo político".

La planificación centralizada del estalinismo, por el contrario, se inspiraba en la idea de que una transición tendría que neutralizar el conflicto no solo entre actores económicos, sino entre el mercado y el plan. Para el estalinismo, el mercado debería ser completamente subsumido por el plan, y cualquier tipo de antagonismo o disenso se consideraba de lleno como una "disrupción" a la voluntad general de la clase obrera, siendo el partido el único intérprete válido de esta voluntad. Para Mandarini y Toscano, la gobernanza del Estado liberal tardío se asemeja a la planificación estalinista puntualmente en su marcada tendencia a neutralizar el conflicto. Esto por cuanto el antagonismo frente al statu quo se trata en términos de un problema policial y de riesgo, es decir, como una disrupción al orden normal de las cosas. El Estado moderno, para estos autores, ha perdido su capacidad de operar como una arena para la articulación y mediación del conflicto de clase.

A partir de la experiencia de la NPE, Mandarini y Toscano concluyen que cualquier esfuerzo por imaginar nuevos modos de planificación económica no solamente debe abordar el problema de la eficiencia y la distribución de los recursos en la economía. También debe contemplar experiencias históricas en las que la planificación no

funciona como un instrumento para la neutralización del conflicto social, sino para *darle forma*; experiencias que apunten a articular lo político y lo económico sin pretender la sincronización de dichos ámbitos bajo una sola voluntad o mecanismo de coordinación. La experiencia latinoamericana con la construcción de Estados desarrollistas puede ser también ilustrativa de modos de intervención concebidos para mediar el conflicto en la sociedad. Como hemos repasado, diversos gobiernos latinoamericanos del siglo XX se vieron en la necesidad de negociar permanentemente la legitimidad de reformas profundas a través de medidas de corto plazo. Para Nolina Silva,[9] tal circunstancia involucró un tipo de planificación económica y social muy compleja, pues su fin era asegurar las necesidades más cotidianas, como son la continuidad del trabajo, la estabilidad del poder adquisitivo de los hogares, el abastecimiento de bienes y servicios suficientes en el mercado, y la aspiración a superar la marginalidad –esto, por supuesto, de manera coordinada con medidas más ambiciosas sobre política industrial y reconversión productiva en diversos sectores de la economía–.

II

El problema de la transición, es importante precisar, hace que el corto plazo se convierta en uno de los fundamentos del largo plazo. Es decir, este choque de temporalidades contrapuestas reanima y complejiza la clásica cuestión acerca de la relación entre reforma y revolución. La implementación de cambios profundos, como se mencionó anteriormente, no solo requiere garantizar un pie de

9. Sergio Nolina Silva, *La planificación en el proceso de cambio*, ponencia presentada en el Seminario de Planificación, Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social, Santiago, 1972.

legitimidad social por parte de mayorías movilizadas, sino que también necesita de mecanismos institucionales que tengan la capacidad de canalizar el desacuerdo e incluso el sabotaje de grupos de interés que pretendan desestabilizar la implementación de medidas, una vez estas se ponen en marcha. El poder disruptivo de este tipo de minorías se multiplica cuando tienen la capacidad de movilizar ya sea recursos económicos, bélicos o de infraestructura. Para Trotsky, "entre más definida y determinada sea la política del proletariado en el poder, más inestable será el terreno sobre el cual esta se asienta".[10] De la misma manera, los episodios de inestabilidad y violencia colectiva (guerras civiles, guerras interestatales, revoluciones) en muchas ocasiones se han constituido como vectores de futuros procesos de democratización política y económica. Algunos ejemplos de este tipo de fenómenos serían los de Estados Unidos tras la Guerra Civil de mediados del siglo XIX, Francia tras la Comuna de 1871, y Japón y Alemania tras la Segunda Guerra Mundial.[11]

La mera amenaza de fugas de capitales y de huelgas de inversión, como se ha visto en diversos procesos electorales recientes, tiende a generar pánico en los electorados y usualmente impulsa el voto de opinión por campañas políticas que garanticen que no van a hacer cambios ni a afectar los intereses de inversionistas y/o conglomerados económicos. Incluso cuando gobiernos reformistas llegan al poder por vía electoral, carecen de las herramientas adecuadas para poder hacer frente al boicot de los mercados de capitales y de grupos de inversionistas que presionan para que se mantengan cursos de acción específicos. Por este motivo, el concepto de revolución permanente asume que la conquista del poder político por

10. Cit. en Michael Löwy, *The Politics of Combined and Uneven Development*, op. cit., p. 55.

11. Ver Charles Tilly, *Violencia colectiva*, op. cit.

un gobierno popular demanda la implementación rápida de medidas socialistas. Son estas formas de bloqueo las que, de acuerdo con Löwy,[12] le otorgan una impronta más decididamente transformadora a procesos de cambio que en la superficie son liberales; esto por cuanto imponen a las clases trabajadoras la necesidad de organizar directamente la producción.

Una planificación para el conflicto, en esta medida, también desarrollaría herramientas y planes de contingencia que aseguren un espacio de maniobra a los gobiernos en momentos de boicot y desestabilización político-económica. El caso de los múltiples bloqueos y sabotajes con los que tuvo que lidiar el gobierno de la Unidad Popular en Chile durante el período 1970-1973 es paradigmático de la necesidad de este tipo de planes de contingencia. Uno de los aspectos que más contribuyó a la desestabilización del gobierno de Salvador Allende fueron los cuellos de botella en los sistemas de distribución alimentaria, los cuales produjeron una sensación general de escasez y desabastecimiento que terminó por erosionar la legitimidad política del régimen, precipitando su derrocamiento en septiembre de 1973. Uno de los puntos más álgidos de este proceso fue la llamada "marcha de las ollas vacías" de diciembre de 1971, en la que mujeres de clase alta y media-alta –escoltadas por milicias paramilitares de derecha– protestaron por el desabastecimiento de carne que se vivía en ese momento. Esta marcha, a su vez, sirvió como catalizador de subsiguientes paros de comerciantes y de transportistas en 1972, que bloquearon el flujo de bienes de consumo a nivel nacional, contribuyendo de manera aún más decisiva a la turbación del orden público y a las estrategias mediáticas orientadas a sembrar el miedo en la población.

12. Michael Löwy, *The Politics of Combined and Uneven Development*, op. cit.

En respuesta a los actos de boicot y de sabotaje a las cadenas de suministro, el gobierno de la UP respondió con un plan de contingencia que involucró la activación masiva de canales alternativos de abastecimiento de alimentos. A través de las Juntas de Abastecimiento y Precios (JAP), el gobierno estableció una red territorial de almacenes y espacios logísticos de distribución *ad hoc*, gestionados popularmente en las periferias de las ciudades. Los detractores del gobierno interpretaron esto como una instancia de intervencionismo político en dinámicas de mercado. En los sectores populares, sin embargo, las JAP fueron vistas como una herramienta para democratizar la economía y minimizar la capacidad de disrupción de quienes acaparaban bienes, especulaban con alimentos y creaban mercados negros con el fin de desestabilizar el gobierno y aumentar la percepción de desabastecimiento. Esta percepción, en efecto, se convirtió en la punta de lanza con la que la política reaccionaria buscó generar condiciones propicias para un eventual golpe militar.[13] Además del emplazamiento de las JAP como mecanismos autogestionados de distribución alimentaria popular, la UP estableció canales de distribución directamente coordinados por organismos estatales, como fueron los camiones de la Empresa Nacional de Comercialización y Distribución (DINAC), que funcionaban como almacenes móviles, y la canasta popular, cuyo fin era cubrir el abastecimiento semanal de productos básicos para una familia promedio.[14]

Visto de manera retrospectiva, el conjunto de mecanismos de intervención implementados por el gobierno de

13. Ver Joshua Frens-String, "Communists, Commisars, and Consumers: The Politics of Food in the Chilean Road to Socialism", *Hispanic American Historical Review*, vol. 98, n°3, pp. 471-501, 2018.

14. Ver Boris Cofré Schmeisser, "La lucha por 'el pan' y la defensa del 'gobierno popular': las Juntas de Abastecimiento y Control de Precios en la Vía Chilena al Socialismo", *Izquierdas*, vol. 41, pp. 224-249, 2018.

la UP para frenar las prácticas de sabotaje económico que venían desde una oposición minoritaria -pero altamente movilizada y militante- se podría considerar como un ejemplo de *planificación para el conflicto*, en los términos propuestos por Mandarini y Toscano. Estas medidas partieron de la base de que la especulación alimentaria, el acaparamiento y los mercados negros se habían convertido en armas políticas de una oposición que estaba recurriendo rápidamente a vías de hecho, y que por ende se requería construir toda una infraestructura paralela de distribución logística que pudiera mitigar tales actos de sabotaje. Si bien las JAP y su institucionalidad complementaria lograron asegurar el acceso a bienes básicos de consumo para un porcentaje importante de la población en momentos cruciales, su principal problema fue el hecho de que funcionaron de manera reactiva, cuando quizás ya era demasiado tarde. Las enseñanzas que se desprenden de esta experiencia histórica son múltiples, pues en la medida en que los grandes capitales se concentran y se transnacionalizan, su capacidad de represalia contra cualquier proyecto de democratización político-económica aumenta de manera considerable.

Las dinámicas de desarrollo desigual y combinado que son propias de la diferenciación global del capital en economías nacionales bajo la división internacional del trabajo, generan la necesidad de variedades de planificación para el conflicto que se adapten a la composición de la riqueza en sus respectivos espacios regulatorios. Las estrategias de represalia capitalista han variado históricamente dependiendo de cuán líquida y transnacionalizada sea la composición de los activos en las economías nacionales.[15] Cuando las clases dirigentes y capitalistas tienen activos que se encuentran arraigados en un

15. Mike McCarthy, "Our First 100 Days Could be a Nightmare", *Jacobin Magazine*, 2020, disponible en jacobinmag.com

territorio político (tierras, edificios, maquinarias y otros activos fijos), tienden a recurrir a tácticas más violentas y de sabotaje directo; por ejemplo el caso del gobierno de la UP en Chile, así como también el de los *kulaks* tras la Revolución Rusa, y el de las clases terratenientes en países como Colombia, Brasil y Paraguay, donde la política reaccionaria se manifiesta a través de violencia política y en algunos casos incluso genocida. Por el contrario, cuando la riqueza está más financiarizada y por ende líquida y móvil, las clases capitalistas son menos violentas, pero hacen de la fuga de capitales y de las huelgas de inversión su principal maniobra (como le sucedió al gobierno socialista de François Mitterrand en Francia en 1981, o al gobierno antiausteridad de Syriza en Grecia en 2015, por citar algunos de los ejemplos más conocidos).

En última medida, la idea de planificar para el conflicto pone de manifiesto la naturaleza volátil, antagónica e incierta de cualquier proceso de transición socioeconómica, y la necesidad de desarrollar herramientas y protocolos que permitan dar un cauce institucional a dicha incertidumbre, evitando así la desintegración de la comunidad política. El caso de las Juntas de Abastecimiento y Precios del gobierno de la UP en Chile sirve para alertar sobre el hecho de que este tipo de mecanismos no deben operar de manera reactiva –lo cual en efecto sucedió en Chile–, sino que deben considerar el boicot y el sabotaje económico de las élites como un elemento cardinal en el diseño de políticas e instituciones. Asimismo, este tipo de planificación no solamente debe incluir mecanismos de contingencia frente a las represalias del capital, sino también medidas más afirmativas para asegurar el apoyo popular requerido para la implementación de reformas. Las nuevas comunidades de planificación estructuradas en torno al Green New Deal (GND) en los Estados Unidos y a la Revolución Industrial Verde en el Reino Unido, han diseñado estrategias para lidiar con este problema. Pese a sus matices, estos planes tienen como finalidad atacar las

raíces de la actual emergencia climática por medio de un programa de transición ecológica que involucre inversiones masivas en el desarrollo de infraestructura física, vivienda social y tecnologías productivas limpias.

Para estas iniciativas de transición energética y económica, un proceso de descarbonización profunda no se puede concebir sin la creación de una multiplicidad de nuevos empleos. Esto ayudaría a evitar el entorno recesionario al que podrían enfrentarse dichas economías en el mediano plazo, y podría minimizar la erosión de la legitimidad democrática de las reformas al garantizar el acceso a bienes de consumo básicos para las mayorías. El plan para la Revolución Industrial Verde, propuesto por centros de pensamiento asociados a facciones socialistas del Laborismo británico, pretende crear un millón de nuevos empleos en el marco de un ambicioso esquema de inversión público-privada en los sectores de energía, vivienda, transporte y agricultura. Para impulsar y financiar esta transición, se propone crear una Junta de Inversión Sustentable, así como un Fondo de Transformación Nacional de 400 millones de libras esterlinas. Dicho fondo estará conectado a una red de bancos de desarrollo regional, cuyo objetivo será financiar economías de base y cooperativas que demuestren su capacidad de contribuir a los objetivos de la transición.

En los Estados Unidos, el GND que promueven nuevos movimientos ecosocialistas y otras organizaciones políticas como Democratic Socialists of America –y adoptado por el en su momento candidato socialista Bernie Sanders como uno de los estandartes de su campaña presidencial– parte del presupuesto de que la crisis climática y la crisis de desigualdad extrema son dos manifestaciones del mismo problema. En consecuencia, sus proponentes han elaborado un programa que involucra no solamente la creación masiva de empleos a través de inversión pública a gran escala, sino también la superación de los

esquemas de propiedad neoliberal que perpetúan estas crisis interconectadas. Para lograr el doble objetivo de transitar hacia una economía poscarbono, por un lado, y generar una sociedad más equitativa, por el otro, el GND propone un impuesto al carbono de naturaleza progresiva, combinado con una variada gama de adquisiciones y nacionalizaciones de compañías clave de la industria fósil. Al cambiar la composición de propiedad de las grandes empresas energéticas del país, sería posible diseñar programas de desmantelamiento controlado que permitan acelerar la descarbonización sin que aumente el desempleo. Además, las visiones programáticas del GND proponen formas públicas de propiedad y control de la matriz energética, donde las ganancias sean reinvertidas en mejoras tecnológicas y de eficiencia, desligándose así de los intereses de rendimientos de corto plazo de inversionistas institucionales.[16]

Desde América Latina también han surgido algunas visiones incipientes de política industrial que sea eventualmente compatible con una economía baja en carbono y que permita la proliferación de economías de base, populares y autogestionadas. Eduardo Gudynas,[17] por ejemplo, propone un esquema de transición hacia una economía postextractivista a partir de un desmonte progresivo y gradual de la gran producción primario-exportadora. Esta transición se daría en tres fases, que Gudynas identifica como *extractivismo depredador*, *extractivismo sensato* y *extracción indispensable*. Estas transiciones irían orientadas a introducir reformas sustanciales en el sector primario, con el fin de internalizar costos ecológicos –a través del uso de tecnologías adecuadas para el cuidado y

16. Ver Robert Pollin, "Decrecimiento vs. Nuevo Deal Verde", *New Left Review*, vol. 112, pp. 7-31, 2018 y Kate Aronoff y otros, *A Planet to Win: Why We Need a Green New Deal*, Londres, Verso, 2019.

17. Eduardo Gudynas, "Alcances y contenidos de las transiciones al postextractivismo", *Ecuador Debate*, vol. 82, pp. 61-79, 2011.

restauración de ecosistemas– así como sociales –a través de mejoras en condiciones laborales y en las relaciones con comunidades locales–. Dichas reformas irían también de la mano con nuevos regímenes fiscales y tributarios que permitan una adecuada redistribución de rentas hacia otros sectores de la economía. En su fase final, estas transiciones desligarían las dinámicas de la producción primaria del desarrollo capitalista, minimizando la vocación exportadora de explotaciones mineras y agroindustriales, para así poder impulsar cadenas productivas nacionales y regionales. En última instancia, una alternativa posdesarrollista no eliminaría al sector primario; de acuerdo con Gudynas, lo reorientaría hacia procesos productivos endógenos que puedan fundamentar economías y estilos de vida democráticamente regulados.

De manera más reciente, la idea de un Green New Deal latinoamericano ha venido ganando popularidad entre algunos sectores de la izquierda. Propuesto inicialmente por Maristella Svampa y Enrique Viale,[18] el Pacto Ecosocial y Económico involucra una transición energética cuya escala y ambición se asemejarían a las de un Green New Deal anglo-europeo.[19] En términos más sustantivos, el Pacto Ecosocial –al igual que el Green New Deal– propone combinar formas de intervención institucional desde arriba con procesos e iniciativas autogestivas que se tejen desde abajo. Específicamente, este proyecto se estructura en nueve ejes de intervención o política pública. De estos ejes, se destaca la implementación de una renta básica universal que sustituya las transferencias focalizadas y condicionadas del neoliberalismo y poder así combatir la trampa de la pobreza. Adicionalmente, se propone impulsar la soberanía alimentaria, con un enfoque en la

18. Maristella Svampa y Enrique Viale, "Nuestro Green New Deal", *Revista Anfibia*, 2020, disponible en revistaanfibia.com.

19. Ver también Sabrina Fernandes, "Ecosocialism from the Margins", *NACLA Report on the Americas*, vol. 52, n° 2, pp. 137-143, 2020.

producción agroecológica, los circuitos cortos de comercialización y la implementación de políticas de redistribución de tierras. En materia energética, el Pacto Ecosocial y Económico plantea una transición hacia una matriz productiva poscarbono que pueda frenar la dependencia de combustibles fósiles y economías extractivistas. Un aspecto destacable de esta propuesta es que tiene una vocación explícitamente internacionalista, pues uno de los ejes consiste en el fomento de una integración regional soberana, articulada en torno a circuitos monetarios paralelos al dólar estadounidense.[20]

El problema acerca de las distintas temporalidades que componen una transición es, en conclusión, una pregunta política acerca de su viabilidad material en el mediano y largo plazo. La adhesión de las mayorías es indispensable en un momento en que las ideologías neofascistas han resurgido como una de las principales vías de canalización de los descontentos por la precarización de la vida en sus múltiples ámbitos. Cualquier mecanismo de planificación que pretenda ser democrático necesita lidiar con la complejidad que involucra el conflicto social, y por ende la temporalidad puede ser un escenario en el que se puede abordar el disenso y el antagonismo entre diversos grupos sociales. Asimismo, un programa de planificación democrática que incorpore una lectura diversificada y matizada de la temporalidad social, también debe incorporar una sensibilidad escalar que permita unir dialécticamente los distintos niveles que configuran la realidad. El espacio de la microintervención no es suficiente para lograr una transformación sustantiva. Es así que los instrumentos de planificación que apuntan a generar bienestar masivo de la población –y que usualmente operan a través de la escala nacional– son también un importante desafío a futuro para la

20. Ver el sitio web del Pacto Ecosocial del Sur: pactoecosocialdelsur.com.

intervención pública. En consecuencia, y como veremos en el capítulo siguiente, la cuestión acerca de la planificación democrática presupone una *política de escala*.

intervención pública. En consecuencia, y como veremos en el capítulo siguiente, la cuestión acerca de la planificación democrática presupone una *política de escala*.

LAS ESCALAS DE LA PLANIFICACIÓN

I

Uno de los elementos más llamativos de la planificación modernista es quizá la escala en la que desplegaba su imaginación sociotécnica. Las visiones arquitectónicas, socioeconómicas y de diseño que estuvieron asociadas a los grandes proyectos de intervención del siglo pasado –reformas agrarias, modelos de desarrollo endógeno, construcción de Estados de bienestar, programas de reconstrucción económica de la posguerra, etc.– se caracterizaban por una ambición prometeica que hoy en día ha desaparecido en gran parte de las tradiciones de diseño y planificación de base. El auge de estas emergentes tradiciones de intervención insurgente ha convergido con una simultánea tendencia al desescalamiento de sus ambiciones para llevar a cabo planes de gran magnitud. El programa del New Deal estadounidense de la década de 1930, por ejemplo, partió de la premisa de que las condiciones económicas modernas habían transformado los "derechos

naturales" de propiedad en símbolos de opresión masiva. Actuando bajo lo que se consideró como un mandato directamente emanado de la ciudadanía movilizada, la planificación del New Deal devino en un Estado activista que no solo estableció una ambiciosa institucionalidad antimonopolio, sino que también creó diversas agencias federales de fomento para dar apoyo a la producción agrícola, a la infancia, a la tercera edad y a la población desempleada. Un fenómeno similar se presentó en Europa occidental con la planificación keynesiana y socialdemócrata, así como en América Latina con la planificación desarrollista.

Lejos de desaparecer por completo, actualmente este tipo de ambición escalar ha sido secuestrada por el neoliberalismo para hacer intervenciones de magnitudes colosales, pero en contra del bien común. La impresionante expansión de complejas redes logísticas y cadenas de suministro a través de océanos y continentes durante las últimas dos décadas, está dando origen a nuevas megarregiones, como la articulada en torno al proyecto One Belt One Road –para el cual Asia y Europa se conciben como un solo megacontinente– o al proyecto IIRSA –que se representa a Sudamérica en términos de once ejes de infraestructura, cuya integración funcional permitirá la eficiente circulación de materias primas a través del espacio transnacional–. Este no es un fenómeno aleatorio o regulado por fuerzas de mercado autopoiéticas; por el contrario, estas formas de *diseño territorial neoliberal*, como las denomina Juan Miguel Kanai,[1] surgen de un deliberado esfuerzo de intervención estatal y planificación antidemocrática en pos de los intereses de pequeñas élites económicas. El diseño territorial neoliberal, de acuerdo con Kanai, consiste en crear espacios macrorregionales que puedan profundizar el fundamentalismo

1. Juan Miguel Kanai, "The Pervasiveness of Neoliberal Territorial Design", *Geoforum*, vol. 69, pp. 160-170, 2016.

de libre mercado a través de redes de infraestructura, priorizando el acceso a mercados globales por sobre cualquier otra consideración de índole social o ecológica. Este tipo de protocolos de diseño territorial, en la práctica, han terminado por exacerbar patrones de desarrollo geográfico desigual, favoreciendo la gran producción primario-exportadora, destruyendo ecosistemas sensibles y condenando al atraso a economías territoriales menos competitivas en el mercado mundial.

Una economía planificada de manera colectiva y consciente, entonces, contrarrestaría el diseño de fuerzas reaccionarias con esquemas igual de ambiciosos, pero que puedan avanzar trayectorias de democratización socioeconómica. Esto requiere una *política de escala* que permita entender la interdependencia entre los distintos niveles de la realidad social sin darle prelación metodológica a ninguno de ellos. El problema de la escala ha sido ampliamente debatido en la teoría social, sobre todo de cara a los distintos procesos de globalización que se han puesto en marcha tras el auge del neoliberalismo. En términos generales, y pese a las divergencias, la literatura ha coincidido en el hecho de que la escala no tiene una realidad ontológica dada (por ejemplo local, regional, global), sino que es más bien el resultado contingente de distintos repertorios de prácticas sociomateriales.[2] Es decir, las escalas no preexisten a la realidad, sino que son activamente configuradas y reconfiguradas por procesos de jerarquización socioespacial: no hay nada que sea intrínsecamente global en un banco multilateral, así como no hay nada que sea intrínsecamente local en un barrio de una pequeña ciudad. La estructuración escalar de estas unidades espaciales como "locales" o "globales" es de naturaleza performativa; por tanto, solamente se puede inferir por

2. Ver Sallie Marston, "The Social Construction of Scale", *Progress in Human Geography*, vol. 24, n° 2, pp. 219-242, 2000.

las relaciones que estas establecen en un momento determinado del tiempo.

Una política de la escala, de acuerdo con Neil Brenner,[3] comprendería la producción, reconfiguración o disputa de órdenes y jerarquías *entre* las diversas escalas geográficas. El referente aquí sería entonces un *proceso de escalamiento* en el que múltiples unidades espaciales se establecen, diferencian y jerarquizan, y bajo ciertas condiciones, también se reorganizan y recalibran en relación con otras. En síntesis, Brenner propone entender "la escala geográfica principalmente en términos de una modalidad de jerarquización y rejerarquización a través de la que los procesos de diferenciación socioespacial se desenvuelven". Como ha sido discutido en capítulos anteriores, la planificación centralizada del modernismo se encontraba arraigada casi exclusivamente en la escala nacional, y fue precisamente su verticalidad y rigidez frente a otras escalas lo que la hizo ineficiente, ecológicamente destructiva y frágil en cuanto a su base de legitimidad y factibilidad técnica.[4] Plantear nuevamente la pregunta acerca de la planificación democrática, en consecuencia, implica pensar en la masificación de instrumentos de intervención, pero bajo esquemas más horizontales, descentralizados y diversificados.

Como lo ha sugerido Michael Löwy,[5] la discusión que se ha dado en torno a si la planificación debe ser centralizada o descentralizada, desde arriba o desde abajo, pasa por alto lo que sería quizás el aspecto más importante: *la capacidad de controlar democráticamente el plan en todos los niveles de su*

3. Neil Brenner, "The Limits to Scale? Methdological Reflections on Scalar Structuration", *Progress in Human Geography*, vol. 25, n° 4, pp. 591-614, 2001.

4. Ver por ejemplo James Scott, *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, New Haven, Yale University Press, 1993.

5. Michael Löwy, "Eco-socialism and Democratic Planning", *Socialist Register*, vol. 43, pp. 294-309, 2007.

diseño y ejecución (local, nacional y multilateralmente). La planificación democrática, aclara Löwy, sería lo opuesto de lo que se considera una planificación centralizada, precisamente porque las decisiones no las tomaría ningún "centro", sino los públicos involucrados. Esto, entonces, implica poner el énfasis en las políticas de escala que atraviesan los distintos mecanismos de intervención, en su relación con el espacio nacional de toma de decisiones. Como veremos en este capítulo, el movimiento del nuevo municipalismo es un ejemplo del carácter contingente de la escala, pues ha convertido el espacio metropolitano en un laboratorio de fórmulas de intervención y participación que le ha dado preponderancia al municipio frente a otros niveles de gobierno –en algunos casos, incluso frente a los gobiernos nacionales–.

Por muy significativo que sea el proceso de escalamiento que se está dando actualmente en torno a los municipios, sin embargo, una lectura escalar del cambio social impone la necesidad de entender el carácter interdependiente de las distintas escalas que constituyen el poder público. Es poco probable que iniciativas para descarbonizar la matriz productiva de las economías, para transformar el sistema monetario, o para institucionalizar un sistema de salud público robusto, entre varias otras, puedan ser desarrolladas por protocolos de planificación que operen exclusivamente en la escala comunitaria, barrial o hasta metropolitana. A su vez, una planificación que se limite tan solo a los entramados institucionales de la escala nacional, correrá el riesgo de repetir los errores de la planificación centralizada del pasado. El desafío radica entonces en concebir estrategias de escalamiento en las que los distintos niveles de intervención operen de manera interdependiente y sinérgica, permitiendo un mayor nivel de efectividad en la implementación de diseños institucionales y de política.

En este sentido, la experiencia de los movimientos de innovación de base (discutidos en el capítulo 5) ofrece

claves para repensar el problema de la escala y la masificación de prácticas. Más que una replicación de tecnologías sociales, estos movimientos se han caracterizado por buscar su *re-aplicación*, incluyendo a las comunidades locales en procesos de implementación que se repiten en una multiplicidad de contextos, ampliando así su impacto. Este objetivo, de acuerdo con Smith, Fressoli y Thomas,[6] implica entonces el escalamiento de tecnologías, pero de manera congruente con las características de cada espacio local, permitiendo que las comunidades usuarias se apropien socialmente de estos artefactos y verifiquen sus resultados para posteriores re-aplicaciones. Los movimientos de soberanía alimentaria en Latinoamérica también han aspirado a lograr la masificación de técnicas de producción agroecológica en el territorio. De acuerdo con sus proponentes, esta masificación se puede lograr a partir de dos tipos de prácticas de escalamiento. Primero, *escalar hacia fuera*, que consiste en masificar prácticas por medio de procesos pedagógicos y horizontales de transmisión de conocimiento entre agricultores de base, particularmente a través del método denominado "de campesino a campesino". Segundo, *escalar hacia arriba*, que consiste en crear alianzas con distintos niveles de toma de decisión –desde gobiernos locales hasta organizaciones multilaterales–.[7] Como se verá a continuación, nuevas comunidades de planificación también están logrando un importante re-escalamiento del poder estatal hacia lo local, transformando múltiples ciudades en nodos de una gran red transnacional de poder colectivo.

6. Adrian Smith, Mariano Fressoli y Hernán Thomas, "Grassroots Innovation Movements: Challenges and Contributions", *Journal of Cleaner Production*, vol. 63, pp. 114-124, 2014.

7. Miguel Altieri y Peter Rosset, *Agroecología. Ciencia y política*, Riobamba, SOCLA, 2018.

II

Algunos de los experimentos recientes más interesantes para reinventar herramientas y protocolos de planificación se están llevando a cabo precisamente en el ámbito de espacios locales de gestión de recursos como barrios, municipalidades y regiones. La transformación de este tipo de espacios en laboratorios para mecanismos de intervención, como veremos en esta sección, ha impulsado un re-escalamiento de lo local hacia un espacio transnacional de movilidad de políticas, fórmulas urbanísticas y conocimientos. Dos de los paradigmas de planificación e intervención pública que más han contribuido a este nuevo reposicionamiento estratégico de los espacios locales en la izquierda transnacional han sido la planificación insurgente y el movimiento del nuevo municipalismo. Ambos paradigmas involucran formas distintas pero complementarias de abordar y configurar la estatalidad y la política de base. El éxito de este tipo de enfoques se explica por el hecho de que no solamente hacen uso de las ventajas que ofrece la proximidad para mitigar los efectos de crisis ambientales y económicas en las comunidades, sino que también, las políticas de proximidad que surgen de estas comunidades de acción, han servido como una importante herramienta para combatir el auge de la extrema derecha y el neofascismo, al tiempo que han permitido el desarrollo de nuevas capacidades y competencias democráticas en la ciudadanía.

La planificación insurgente emerge bajo el presupuesto de que el ámbito de la planificación se debe extender más allá de la esfera estatal estrechamente considerada. Para quienes practican esta forma de intervención pública, la planificación no es una prerrogativa del Estado liberal, sino también de comunidades ciudadanas y de residentes que han sido excluidas de los procesos formales de diseño y toma de decisiones. En particular, la planificación insurgente se consolida en términos de una crítica al "giro

II

Algunos de los experimentos recientes más interesantes para reinventar herramientas y protocolos de planificación se están llevando a cabo precisamente en el ámbito de espacios locales de gestión de recursos como barrios, municipalidades y regiones. La transformación de este tipo de espacios en laboratorios para mecanismos de intervención, como veremos en esta sección, ha impulsado un re-escalamiento de lo local hacia un espacio transnacional de movilidad de políticas, fórmulas urbanísticas y conocimientos. Dos de los paradigmas de planificación e intervención pública que más han contribuido a este nuevo reposicionamiento estratégico de los espacios locales en la izquierda transnacional han sido la planificación insurgente y el movimiento del nuevo municipalismo. Ambos paradigmas involucran formas distintas pero complementarias de abordar y configurar la estatalidad y la política de base. El éxito de este tipo de enfoques se explica por el hecho de que no solamente hacen uso de las ventajas que ofrece la proximidad para mitigar los efectos de crisis ambientales y económicas en las comunidades, sino que también, las políticas de proximidad que surgen de estas comunidades de acción, han servido como una importante herramienta para combatir el auge de la extrema derecha y el neofascismo, al tiempo que han permitido el desarrollo de nuevas capacidades y competencias democráticas en la ciudadanía.

La planificación insurgente emerge bajo el presupuesto de que el ámbito de la planificación se debe extender más allá de la esfera estatal estrechamente considerada. Para quienes practican esta forma de intervención pública, la planificación no es una prerrogativa del Estado liberal, sino también de comunidades ciudadanas y de residentes que han sido excluidas de los procesos formales de diseño y toma de decisiones. En particular, la planificación insurgente se consolida en términos de una crítica al "giro

participativo" que la gobernanza urbana viene poniendo en práctica desde la década de 1990 con el fin de dotar de legitimidad al proceso de implementación de políticas: la gobernanza urbana se apropió de lenguajes de inclusión y participación para desarticular el disenso y las demandas redistribuidas más sistemáticas de la población.[8] Los nuevos protocolos urbanísticos, casi sin excepción, incorporan instancias de discusión con "la comunidad", como un ejercicio de inclusión simbólica, pero estas instancias o bien incluyen participantes cuyas posturas se conocen de antemano, o bien tratan el disenso solo en términos procedimentales, como un trámite que simplemente se debe registrar en actas. En consecuencia, la planificación insurgente busca revertir los efectos neutralizadores del giro participativo, generando la vinculación de comunidades excluidas por los protocolos formales.

En este nuevo enfoque, los procesos de planificación se desarrollan de manera extrínseca al aparato estatal, y el proceso creativo usualmente no se encuentra en manos de profesionales con formación específica en el campo de la planificación urbana, sino que es dirigido por las comunidades mismas. El concepto de insurgencia, entonces, se entiende aquí como la intención deliberada de expandir los derechos ciudadanos a grupos vulnerables, periféricos y excluidos.[9] A diferencia del nuevo municipalismo, la planificación insurgente carece de una unicidad como sujeto político concreto, o incluso como un grupo que aspire a la construcción de un movimiento internacional. Por el contrario, es el rótulo que se usa para designar una inmensa y heterogénea gama de prácticas de gestión comunitaria de

8. Clarissa Sampaio Freitas, "Insurgent Planning? Insights from Two Decades of the Right to the City in Fortaleza, Brazil", *CITY*, vol. 23, n° 3, pp. 285-305, 2019.

9. Ver Faranak Miraftab, "Insurgent Planning: Situating Radical Planning in the Global South", *Planning Theory*, vol. 8, n° 1, pp. 32-50, 2009 y Clarissa Sampaio Freitas, "Insurgent Planning?", op. cit.

recursos urbanos (vivienda, agua, saneamiento, alimentos, transporte), en espacios periféricos de las ciudades, y en especial de ciudades del llamado Sur Global. Los entornos construidos en dos tercios de las ciudades en este lugar del mundo se desarrollan a partir de las actividades espontáneas y aparentemente no planificadas de sus residentes. En estos contextos, las personas coordinan de forma colectiva los desafíos de impulsar la construcción de viviendas, el desarrollo urbano y barrial y la creación de medios de subsistencia, a través de procedimientos participativos y de gestión considerados "informales".[10]

Las prácticas de planificación insurgente, entonces, arrebatan la agencia del diseño a los planificadores profesionales, con el fin de dar un rol protagónico a estrategias y activistas de base. Así, este paradigma de intervención revela la manera en que los intereses del capitalismo global cooptan la acción colectiva para despolitizar los protocolos de planificación. Las prácticas de planificación insurgente, para Miraftab,[11] eliminan los elementos formales de conceptos como "participación" e "inclusión", reconociendo la importancia estratégica de movimientos contrahegemónicos para establecer formas genuinamente democráticas de organizar la vida en común. El rango de actores que participan en la planificación insurgente es amplio, y abarca tanto a activistas de la planificación, como también a docentes, madres, estudiantes, inmigrantes, cesantes y funcionarios públicos, entre otros. Los ejemplos de este tipo de enfoque de intervención son múltiples, e incluyen movimientos en diversas ciudades del mundo que luchan contra los desalojos, la gentrificación, el alza en los costos de vida y la inseguridad, además de varios otros problemas. Adicionalmente, la planificación

10. Teresa Caldeira, "Peripheral Urbanization: Autoconstruction, Transversal Logics, and Politics in Cities of the Global South", *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 35, nº 1, pp. 3-20, 2016.
11. Faranak Miraftab, "Insurgent Planning", op. cit.

insurgente comprende los esfuerzos de grupos ciudadanos para "formalizar" barriadas, favelas o villas miseria y sus correspondientes marcos institucionales.[12]

La relación de la planificación insurgente con el Estado elude binarismos simplistas de lo privado y lo público, pues los órdenes institucionales que gobiernan la vida cotidiana en los asentamientos informales son desarrollados extraestatalmente, o en algunas ocasiones son incorporados por el aparato del Estado en el marco de procesos de formalización. En términos de su genealogía, la planificación insurgente de hecho se origina principalmente en movimientos latinoamericanos de pobladores de las décadas de 1970 y 1980, quienes se vieron forzados a encontrar soluciones urgentes para problemas cotidianos en las periferias de la ciudad, donde la institucionalidad del Estado era débil o inexistente.[13] Hoy en día, este tipo de prácticas de intervención pública se ejerce en una porción importante de comunidades periféricas en muchos lugares del mundo. En algunos casos, se llevan a cabo con el fin de mitigar y resistir los efectos de la marginalidad y segregación socioespacial; en otros casos, el fin es el de desafiar los acuerdos, operaciones y lógicas de la gobernanza neoliberal urbana y sus mecanismos de inclusión formal.[14]

Un aspecto a resaltar de dichas prácticas de planificación insurgente es que han dado origen a procesos de re-escalamiento *hacia arriba* al generar vinculaciones complejas con distintos niveles del poder estatal (desde alcaldías y gobiernos regionales, hasta el Estado nacional).

12. Ver James Holston y Teresa Caldeira, "Urban Peripheries and the Invention of Citizenship", *Harvard Design Magazine*, vol. 28, pp. 18-23, 2008.

13. Ver el capítulo 6 de Frank Gaudichaud, *Chile 1970-1973: mil días que estremecieron al mundo*, Santiago, LOM, 2016.

14. Sobre esta última variedad, ver Clarissa Sampaio Freitas, "Insurgent Planning?", op. cit.

Así, los procesos comunitarios de gestión urbana desarrollados desde abajo, logran en algunas ocasiones encontrar un cauce institucional que no solamente les dé viabilidad económica y técnica, sino que les permita prolongarse en el tiempo. Por supuesto, debido a la vulnerabilidad de las comunidades que ponen en práctica la planificación insurgente, en ciertas circunstancias el re-escalamiento hacia arriba ha ido acompañado de la inserción de las comunidades en redes de clientelismo político y corrupción. Un ejemplo bastante ilustrativo de este tipo de distorsiones burocráticas y clientelares, así como de las dificultades cotidianas de armonizar planificación desde arriba y planificación desde abajo, se puede encontrar en las dinámicas de autogestión comunal urbana que se han dado en Venezuela bajo el chavismo. Desde 2006, miles de personas en Venezuela han venido construyendo capacidades de autogobierno local, particularmente bajo la figura administrativa y territorial de las comunas. Su interacción con el Estado ha sido muy compleja: si bien durante los primeros años del chavismo se pretendió impulsar estos procesos de autogestión territorial desde arriba, los términos de interacción entre elementos estatales y extraestatales se volvieron cada vez más conflictivos. De acuerdo con Ciccarello-Maher,[15] si hoy en día el sistema de comunas aún subsiste como un mecanismo de gestión comunitaria, es *a pesar de* diversos sectores del chavismo y del gobierno, y no *gracias a ellos*.

Otro aspecto que revela los límites o debilidades de las prácticas de planificación insurgente es su capacidad de escalar *hacia afuera*, es decir, de lograr la masificación de sus prototipos y protocolos, generando la circulación de políticas en el espacio transnacional. En general, gran cantidad de las soluciones a problemas colectivos que la

15. George Ciccarello-Maher, "The Commune is the Plan", *South Atlantic Quarterly*, vol. 119, n° 1, pp. 113-132, 2020.

planificación insurgente busca ofrecer, atañen a casos muy particulares, siendo su replicación un ejercicio muy complejo. En muchos casos, los instrumentos de la planificación insurgente carecen incluso de la intención de que estos "viajen" como instrumentos de política, o sean replicados en otras partes. Por el contrario, los mecanismos de intervención desarrollados por el movimiento del nuevo municipalismo tienen la particularidad de que se diseñan desde la especificidad de problemas locales, pero con miras a que puedan "exportarse" y viajar, adaptándose a las circunstancias de otros lugares. En cuanto movimiento político, el nuevo municipalismo aboga por la autonomía democrática de los gobiernos locales (ya sean espacios submetropolitanos, ciudades o ciudades-región) sobre la vida política y económica, frente al Estado nacional.[16] Su objetivo es el de posicionar a los espacios locales de toma de decisiones como un nuevo eje sobre el que se pueda estructurar la gobernanza global. En consecuencia, el nuevo municipalismo actúa con una vocación internacionalista, aspirando al re-escalamiento del proceso político y democrático de la ciudad, entendida por este movimiento y sus adeptos como el epicentro natural del *demos* o de la comunidad política.

El nuevo municipalismo se consolidó oficialmente como un movimiento internacional tras la cumbre Ciudades Sin Miedo, organizada en junio de 2017 por Barcelona en Comú, el gobierno local de esa ciudad, el cual tuvo su origen en movimientos sociales antidesalojos durante la crisis hipotecaria española, tales como 15-M y Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH). A esta cumbre asistieron setecientos participantes de movimientos municipalistas en seis continentes, incluyendo gobiernos locales de Zagreb, Miasto Jes Nasze de Varsovia, Cooperation Richmond de California, el gobierno autónomo de Rojava, Ciudad Futura de Rosario,

16. Ver Matthew Thompson, "What's so New About New Municipalism?", *Progress in Human Geography*, 2020.

Cooperation Jackson de Misisipi, el antiguo Movimiento Autonomista de Valparaíso, Marea Atlántica de La Coruña y Zaragoza, y muchos otros más. Las orientaciones políticas y normativas de los distintos movimientos municipalistas que conforman la red que surgió de esta primera cumbre son diversas: incluyen visiones anarquistas (inspiradas en el municipalismo libertario de Murray Bookchin), así como ecosocialistas y feministas-socialistas, entre otros. Pese a sus matices, Russell[17] sugiere que estas diferentes vertientes del movimiento confluyen en entender la administración municipal como sitio estratégico para desarrollar una política transformadora y prefigurativa que pueda democratizar el poder y expandirse más allá de la ciudad.

De acuerdo con este autor, el nuevo municipalismo se caracteriza por tres rasgos que lo distinguen de previas experiencias históricas de municipalismo. Primero, estos movimientos consideran la proximidad como una instancia desde la cual se pueden transformar las instituciones, pues permite desarrollar formas de autogobierno que incorporan a las personas a procesos de toma de las decisiones que les incumben directamente. Segundo, el nuevo municipalismo también se fundamenta en lo que sus miembros han denominado "la feminización de la política". A grandes rasgos, la feminización de la política constituye la base sobre la que se erige la política de la proximidad, ya que los movimientos municipalistas precisamente buscan ofrecer una alternativa a la política de la separación, esto es, gobernar desde lejos, alienándose de la vida cotidiana de las personas y comunidades. Por el contrario, la feminización de la política consiste en un compromiso por el gobierno de cerca, por ampliar el rango de sujetos que pueden hablar, y por crear modos de toma de decisión que redistribuyan el poder político en esos

17. Bertie Russell, "Beyond the Local Trap: New Municipalism and the Rise of Fearless Cities", *Antipode*, vol. 51, n° 3, pp. 989-1010, 2019.

términos. Tercero, estos movimientos amplían la idea de lo público más allá de la política electoral-representativa. Como señala Thompson,[18] el nuevo municipalismo emerge a raíz una nueva sensibilidad que no apunta a tomar las plazas, sino más bien a tomar las instituciones, *llevando a los movimientos sociales al corazón de la política institucional*. Una vez en el poder, este tipo de movimientos han implementado agendas de política inspirada en principios mutualistas, feministas, ecosocialistas y cooperativos. Es decir, la búsqueda de una victoria electoral no se entiende como un fin, sino como un medio para profundizar prácticas de autogobierno, autoeducación y organización popular.

Si bien los ejemplos de este tipo de política de la proximidad son abundantes –como lo demuestra la heterogeneidad y extensión de la red Ciudades Sin Miedo– su expresión más paradigmática es quizá Barcelona en Comú, organizada bajo el liderazgo de la alcaldesa Ada Colau. Desde que llegó al poder en 2015, la plataforma Barcelona en Comú ha sido considerada como la punta de lanza de un nuevo socialismo feminista cuyo objetivo consiste en la democratización del poder y la toma de decisiones en las administraciones locales, pero con una vocación marcadamente internacionalista. Para Charnock, March y Ribera-Fumaz,[19] uno de los rasgos distintivos de Barcelona en Comú es el hecho de que ha fundamentado su proyecto político en la reconfiguración y apropiación de las infraestructuras tecnológicas de la ciudad. Con el lema el lema de "soberanía tecnológica", este movimiento ha desarrollado diversas políticas para garantizar el derecho a la información y de permitir mecanismos participativos de

18. Matthew Thompson, "What's so New About New Municipalism?", op. cit.

19. Greig Charnock, Hug March y Ramón Ribera-Fumaz, "From Smart to Rebel City? Worlding, Provincialising and the Barcelona Model", *Urban Studies*, 2019.

toma de decisiones. En 2015, Barcelona en Comú inauguró Decidim, una plataforma digital de código abierto cuya finalidad es el empoderamiento ciudadano para la coordinación y acción social masivas. Asimismo, la alcaldía lanzó una incubadora de emprendimientos cooperativos y de código abierto llamada La Comunificadora. Bajo este sistema de licitaciones y adquisiciones públicas que prioriza a cooperativas y empresas de economía social y solidaria, la alcaldía canceló contratos con empresas como Microsoft y Cisco con el fin de redirigir los fondos hacia cooperativas que trabajan con software y dispositivos de código abierto.

Además, los movimientos municipalistas han impulsado diversas iniciativas de política económica tanto para combatir el poder monopólico de actores económicos concentrados, como para generar formas de desarrollo local que sean más democráticas y equitativas. Por ejemplo, Barcelona en Comú impuso diversos mecanismos de control y sanción a plataformas digitales monopólicas como Uber y Airbnb, para evitar o revertir procesos de gentrificación urbana y de degradación del trabajo. Un caso paradigmático de este tipo de política municipalista antimonopolio es la reciente decisión de la alcaldía de Berlín de renacionalizar seis mil viviendas, con el fin de combatir la especulación inmobiliaria y el abuso en contratos de arrendamiento. A través de la compañía inmobiliaria estatal Gewobag, el gobierno municipal de Berlín hizo una inversión de 920 millones de euros, para poner topes a los precios de renta en miles de apartamentos de la ciudad, y así garantizar el derecho de vivienda costeable para la ciudadanía. En Chile, la municipalidad de Recoleta también ha implementado diversos mecanismos de comercialización de bienes y servicios cuya finalidad es reducir el costo de vida para sus habitantes. Iniciativas como la Farmacia Popular, la Óptica Popular, la Inmobiliaria Popular y la recientemente lanzada Universidad Abierta de Recoleta, permitieron a

miles de personas de bajos ingresos gozar de servicios de salud, educación y de vivienda a los que de otra forma no podrían acceder.

Casos similares a los antes mencionados se encuentran en una multiplicidad de ciudades gobernadas por plataformas y coaliciones ciudadanas adscritas o simpatizantes de la red Ciudades Sin Miedo. Este tipo de prototipos y fórmulas urbanísticas y/o económicas de intervención han tenido una capacidad considerable para circular y ser replicadas en distintos lugares del mundo. El ejemplo de la Farmacia Popular, implementada ya por 140 municipalidades en todo Chile, ilustra esta tendencia. En otros casos, los protocolos que emergen del nuevo municipalismo logran un ámbito de circulación incluso más amplio, como sucede con los esquemas de adquisiciones públicas desarrollados por ciudades como Preston, Seattle y Barcelona, que se han replicado también en otros lugares. En estos ejemplos, esta clase de políticas de orientación cooperativista y solidaria constituirían lo que Ariztía y Slater denominan un "dispositivo de escalamiento",[20] pues permite reconfigurar y posicionar el espacio local frente a flujos globales de poder, conocimiento y cultura. Estos modos de escalamiento, como veremos a continuación, tienen límites que impiden la plena realización del proyecto municipalista.

III

Los mecanismos de intervención desarrollados por las comunidades de planificación articuladas en torno al nuevo municipalismo y a las ciudadanías insurgentes, sin duda, ofrecen importantes insumos para reinventar la relación entre ley

20. Tomás Ariztía y Don Slater, "Assembling Asturias: Scaling Devices and Cultural Leverage", en Ignacio Farías y Thomas Bender (eds.), *Assemblage Urbanism and the Challenges of Critical Urban Theory*, Nueva York, Routledge, 2009.

(estatuida) y poder (popular). Sin embargo, sus capacidades transformadoras aún se encuentran limitadas por la ausencia de una configuración escalar institucional más diferenciada y de una propuesta de intervención que no solamente opere de forma reactiva, es decir, para paliar los efectos negativos del proceso de acumulación capitalista. En particular, el espectro de acción de este tipo de iniciativas se ha mantenido circunscrito exclusivamente al nivel municipal del gobierno, y esto ha impedido una vinculación más directa con modos de planificación que operan en otros niveles de la institucionalidad estatal. Si la planificación insurgente carece de herramientas para escalar *hacia afuera*, el nuevo municipalismo enfrenta obstáculos para poder escalar su proyecto político *hacia arriba*. Algunos de los intentos más emblemáticos del nuevo municipalismo para transformar las estructuras liberales-representativas se estrellaron contra los límites que impone ya sea el Estado capitalista o la política de clase. Muchas municipalidades chocaron con las fuerzas centralizadoras del poder estatal nacional, viéndose enmarañadas en relaciones centro-periferia en las que se busca deliberadamente subordinar las administraciones locales al gobierno nacional.

Por su parte, la literatura existente acerca del emergente movimiento del nuevo municipalismo asume que la descentralización es un fenómeno intrínsecamente positivo. Si bien estos enfoques señalan adecuadamente las posibilidades políticas y democráticas que surgen de la municipalización de la política, aún falta mayor comprensión acerca de sus contradicciones y límites. En un artículo publicado en 1990, Carlos De Mattos reflexiona sobre los procesos de descentralización que se estaban dando en ese momento en Latinoamérica y que tendían a presentarse de manera entusiasta en círculos de políticas públicas como "una panacea del desarrollo local".[21] En la

21. Carlos De Mattos, "La descentralización, ¿una nueva panacea para

década de 1980, ante la crisis y declive de la planificación centralizada desarrollista, la descentralización se entendió como un instrumento que permitiría democratizar los procesos sociales, promover el desarrollo local y aumentar la participación popular. Sin embargo, De Mattos cuestionó la efectividad que las políticas de descentralización tendrían para lograr esos objetivos. Para este autor, la descentralización modifica la distribución territorial de la administración del poder, pero es incapaz de transformar las bases económicas de la producción capitalista, cuya configuración se encuentra condicionada por dinámicas de carácter estructural y no de distribución territorial. Estas dinámicas, de acuerdo con De Mattos, se manifiestan en el hecho de que

> los procesos relevantes de acumulación en cada ámbito nacional han comenzado a estar protagonizados por grupos económicos en expansión, que despliegan sus acciones desbordando sus límites sectoriales y/o territoriales iniciales. Estos grupos [...] tienden a estar articulados entre sí, principalmente a través de los mecanismos de los mercados de capitales, donde la identificación con lo sectorial o lo territorial tiene poca ponderación.

La tendencia aquí descrita, cabe recordar, se exacerbó en años recientes a raíz de una simultánea inclinación de los grandes capitales hacia su concentración e internacionalización. Es decir, el carácter multiescalar y complejo de la geografía del capitalismo hace que la escala municipal, por sí sola, sea incapaz de desempeñar un papel verdaderamente transformador en un proceso de transición. Además, la literatura sobre el nuevo municipalismo tiende a pasar por alto el hecho de que los procesos de

impulsar el desarrollo local?", *Cuadernos de Economía*, vol. 14, pp. 173-194, 1990.

descentralización, en la práctica, muchas veces terminan arrojando a los municipios a complejas redes clientelares y de corrupción político-económica. En América Latina, este tipo de clientelismo se ha manifestado con claridad en el llamado boom de las materias primas, bajo el cual empresas extractivas altamente concentradas, movilizan su poder económico para interferir en el proceso político de espacios municipales. Por otro lado, el entusiasmo que generan los importantes logros de los movimientos municipalistas, se refleja en una nueva iteración de determinismo escalar en el que el Estado nacional se desvanece –o simplemente desaparece– del horizonte estratégico de sus adherentes. En algunos casos, esto ha propiciado un ambiente de separatismo en partidos y organizaciones políticas, pues militantes de orientación municipalista muestran o bien apatía, o bien desconfianza frente a los procesos del nivel nacional del poder público (como las elecciones parlamentarias, la configuración de gabinetes ministeriales y, en general, las estrategias de política nacional).

El énfasis exclusivo del nuevo municipalismo en la escala metropolitana también ha impedido el desarrollo de modos de intervención que puedan abarcar los procesos socioecológicos que se desenvuelven en la escala territorial. En otras palabras, este tipo de iniciativas se caracterizan por lo que en la sociología urbana se conoce como "ciudadismo metodológico".[22] Esta epistemología de lo urbano da prioridad analítica y empírica a la ciudad tradicional, en procesos de transformación socioespacial en los que elementos no-metropolitanos también son relevantes. Desde hace décadas, la teoría y la práctica del urbanismo no reparan en el hecho de que el metabolismo de la ciudad depende de una espesa red de infraestructuras

22. Ver David Wachsmuth y Hillary Angelo, "Urbanizing Urban Political Ecology: A Critique of Methodological Cityism", *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 39, n° 1, pp. 16-27, 2014.

territoriales funcionalmente diferenciadas y vitales para la vida urbana como la conocemos: espacios de producción agrícola, manejo de residuos, extracción minera, así como infraestructuras logísticas, energéticas, de comunicaciones y de transporte marítimo, entre otras. Por estas razones, se hace necesario concebir modos coordinados de vinculación entre el nivel municipal y el nivel estatal, ya que de esta manera la escala metropolitana tendrá la capacidad de desplegar a plenitud las posibilidades que abre la política de la proximidad sobre la que el movimiento se edifica.

Algunos ejemplos recientes permiten vislumbrar la manera en que la planificación podría ampliar su espectro de acción a distintas escalas, sin por ello desligarse de sus fundamentos locales. Desde que la alcaldía de Belo Horizonte, Brasil, fundó la Secretaría de Seguridad Alimentaria y Nutricional en 1993, esta ciudad se ha convertido en un escenario de ambiciosas políticas territoriales que tienen como finalidad combatir el hambre y la desnutrición, al tiempo que se impulsa la agricultura familiar y campesina. Una visión relacional de lo rural y lo urbano, así como de lo local y lo nacional, permitió a esta ciudad poner en marcha un programa de abastecimiento que conecta las necesidades nutricionales de niñas y niños en múltiples jardines infantiles de la ciudad, con espacios autogestionados de producción agrícola en la ruralidad.[23] Un aspecto relevante de este programa fue precisamente su capacidad de re-escalar su ámbito de operación: varios de sus elementos fueron adoptados por el gobierno del ex presidente Luiz Inacio "Lula" Da Silva para ser aplicados al programa nacional de seguridad alimentaria Fome Zero [Hambre Cero], lanzado en 2003 en todo el territorio de Brasil. El propio Patrus Ananias de Souza, el alcalde que

23. M. Jahi Chappell, *Beginning to End Hunger: Food and the Environment in Belo Horizonte, Brazil, and Beyond*, Oakland, University of California Press, 2018.

desarrolló estas políticas de seguridad alimentaria en Belo Horizonte, posteriormente lideró este programa a nivel nacional, logrando importantes reducciones en los niveles de pobreza y desnutrición a lo largo del país.

En nuevas visiones y lenguajes de planificación a escala nacional asociados al Green New Deal (GND), también podemos encontrar esfuerzos muy relevantes para conectar esquemas macrorregulatorios de manera directa con las organizaciones de base y comunidades que soportan los efectos destructivos del calentamiento global. Las propuestas más audaces del GND han surgido precisamente de coaliciones multiétnicas y ecosocialistas de la clase trabajadora estadounidense. La imaginación escalar que anima el GND se funda en el hecho de que la construcción de instituciones de regulación y gobernanza sería inviable sin simultáneamente empoderar y politizar organizaciones de base –obreras, campesinas, migrantes, feministas, indígenas–. Así, el GND establecería un entramado institucional para la implementación de medidas que puedan reestructurar la economía desde arriba, y con esto expandir la autonomía económica de organizaciones de base. Las primeras concepciones del GND, propuestas por agrupaciones ecosocialistas y por nuevas facciones de izquierda en el Partido Demócrata, ya han sido complementadas, expandidas y disputadas por una diversidad de movimientos obreros y de justicia socioambiental. Este entorno de "apoyo crítico" de la ciudadanía movilizada, como lo denomina Thea Riofrancos,[24] permite una permanente radicalización de las premisas que informan el GND, extendiéndolo hacia nuevas concepciones de justicia y participación, y dándole prelación a las demandas de comunidades excluidas, explotadas y desposeídas, frente a enfoques meramente tecnocráticos de política pública.

24. Thea Riofrancos, "Plan, Mood, Battlefield: Reflections on the Green New Deal", *Viewpoint Magazine*, 2019, disponible en viewpointmag.com.

Algunas voces críticas han acusado al proyecto del GND de ser una iniciativa reformista que pretende salvar al capitalismo de sus propias tendencias autodestructivas, de la misma manera en que el New Deal original fue en realidad una tabla de salvación ante la amenaza de que la Gran Depresión se pudiera convertir en una crisis terminal. Sin duda, el New Deal sentó las bases para lo que sería quizás uno de los hitos más relevantes en la historia de la industrialización capitalista, como lo fue la producción fordista en masa y la expansión global del monocultivo con agroquímicos y el uso intensivo de combustibles fósiles. Sin embargo, los proponentes del GND sugieren que el New Deal es inspirador particularmente en sus aspectos metodológicos, mas no en los sustantivos. De acuerdo con estos autores, dos características del New Deal son de particular relevancia para la elaboración de un esquema de intervención que pueda afrontar la actual crisis climática. Primero, su audaz espíritu de experimentación pública, bajo la guía de un gobierno federal que en la gran mayoría de casos se mostró receptivo a la movilización militante de las bases. Visto en retrospectiva, estos esfuerzos prácticos fueron muy eficaces, pues lograron concretar cambios reales y pragmáticos. La segunda característica relevante fue su escala, ya que implicó intervenciones masivas en infraestructuras, entornos construidos y en el territorio rural. Creó millones de empleos dignos, transformó por completo la vida en hogares y fábricas, y literalmente reconstruyó la economía nacional.[25]

Las diversas discusiones y luchas políticas que se han dado en torno a la articulación del GND permitieron imaginar esquemas de gobierno y toma de decisiones que desbordan los límites del Estado liberal, incorporando de manera activa a movimientos de base. El análisis histórico

25. Kate Aronoff y otros, *A Planet to Win: Why We Need a Green New Deal*, Londes, Verso, 2019.

de experimentos fallidos y caminos no tomados en las distintas trayectorias de la planificación centralizada, también puede ofrecer importantes insumos para ampliar el rango de la imaginación política e institucional de reformas futuras. Un caso paradigmático de la transformación profunda del Estado liberal es el que se dio durante los primeros años de la Revolución bolchevique, donde la estructura del Estado zarista se desmanteló con el fin de distribuir el poder político entre consejos locales de trabajadores, esto es, los soviets. El diseño institucional, ya establecido *de facto*, quedó plasmado en la constitución de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, de 1918. Esta constitución introdujo innovaciones institucionales que emanaron desde las bases (ciudadanía universal y anticolonial, esquemas de propiedad diversificados, libertades civiles y de género, soberanía distribuida de manera federativa entre los soviets) y que de acuerdo con Massimiliano Tomba[26] trazaron una trayectoria de modernidad alternativa que nunca se realizó, pues el estalinismo las dejó sin efecto en 1936.

De manera similar, el estudio de Jess Gilbert[27] acerca de los experimentos de planificación agraria de base y participativos que se desarrollaron en los intersticios del New Deal estadounidense, también revela caminos posibles para una planificación postcapitalista. De acuerdo con este autor, en las fases tempranas del New Deal, el Departamento Estadounidense de Agricultura (USDA por sus siglas en inglés) estuvo liderado por intelectuales agrarios que implementaron programas descentralizados para incluir sustantivamente a la ciudadanía en la planificación de tierras. Estos programas combinaban enfoques *top-down* (federales)

26. Massimiliano Tomba, "Politics Beyond the State: The 1918 Soviet Constitution", *Constellation*, vol. 24, n° 4, pp. 503-515, 2017.

27. Jess Gilbert, *Planning Democracy: Agrarian Intellectuals and the Intended New Deal*, New Haven, Yale University Press, 2015.

y *bottom-up* (locales), con el fin de equilibrar experticia y control popular, así como los intereses del Estado y los de las comunidades agrarias. Pese a su corta duración, este experimento ofrece evidencia historiográfica sobre distintos caminos para la toma de decisiones a nivel nacional, o puntualmente sobre una instancia de planificación que se despliega dentro y más allá del Estado. De hecho, estos mecanismos de planificación agraria participativa demuestran que tras el alto modernismo tecnocrático, estatista y liberal de la historiografía convencional sobre la planificación,[28] se esconden diversas manifestaciones de lo que Gilbert denomina un *bajo modernismo* cuyas dinámicas, presupuestos y mecanismos institucionales desbordan los estrechos límites del proceso de toma de decisión en la democracia representativa liberal.

Si bien la imaginación escalar que surge de los mencionados enfoques y experiencias históricas es matizada y diversa en cuanto a su composición escalar, hasta el momento se ha mantenido de alguna forma circunscrita al espacio nacional de la política institucional. Una escala multilateral o transnacional de planificación democrática, sin embargo, es insoslayable hoy en día considerando los problemas sistémicos del presente. El calentamiento global es quizás el mejor ejemplo del hecho de que los espacios nacionales de toma de decisiones son insuficientes para intervenir sobre procesos cuya escala es genuinamente planetaria. La pandemia del coronavirus es también otro ejemplo bastante ilustrativo del hecho de que las enfermedades zoonóticas evolucionan y se expanden con total independencia de las fronteras nacionales, y de que las cadenas globales de suministro –la infraestructura que permite el flujo de estos patógenos por el espacio planetario– han logrado tal nivel de integración funcional, que su operación simplemente trasciende las

28. Ver James Scott, *Seeing Like a State*, op. cit.

competencias regulatorias de los Estados nacionales. Son estas cadenas globales de suministro las que le permiten al agronegocio crear un vínculo directo entre la destrucción de zonas de alta complejidad ecológica -que almacenan un inmenso reservorio de patógenos potencialmente peligrosos para los humanos- y las ciudades donde habita la mayoría de la población mundial.

En otras palabras, para combatir la amenaza de futuras catástrofes climáticas, guerras y nuevas pandemias, se hace imprescindible desarrollar herramientas y mecanismos de intervención que superen el espectro de acción de los Estados nacionales. Para Ernest Mandel,[29] un espacio de toma de decisiones multilateral debería estar restringido al menos a cuatro temáticas fundamentales: primero, los protocolos tendientes a generar una redistribución de recursos humanos y materiales destinados a combatir las causas de la pobreza y marginalidad, esto es, hambre, mortalidad infantil, enfermedades y analfabetismo. Segundo, la asignación prioritaria de recursos escasos y preciados, particularmente aquellos que pueden ser diezmados de manera irreversible por pequeñas minorías. El tercer aspecto comprendería todos los procesos que afectan el clima y la biósfera como el tejido vivo que permite la permanencia de la vida humana en el planeta. Esto incluye las actividades que contaminarían o destruirían los océanos, los polos, la atmósfera y los epicentros de biodiversidad mundial, como lo es la Amazonia. Finalmente, la cuarta temática abarcaría las prohibiciones universales sobre temas como armas de destrucción masiva, derecho internacional humanitario y drogas tóxicas, entre otros.

La más importante infraestructura multilateral de toma de decisiones de la historia moderna es la que se desprende de la red de la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

29. Ernest Mandel, "In Defense of Socialist Planning", *New Left Review*, vol. 159, pp. 5-37, 1986.

El carácter democrático de este organismo –o sistema de organismos– sin embargo, ha sido cuestionado numerosas veces. Si bien la Asamblea General de la ONU fue concebida como un foro democrático de naciones, sus críticos afirman que en la práctica, el proceso decisorio es un mero reflejo de los intereses y la *realpolitik* de las economías más fuertes. Pese a sus desfiguraciones oligárquicas y burocráticas, algunas visiones más optimistas han sugerido que la infraestructura institucional de la ONU de alguna manera prefigura un plano institucional operativo de lo que podría ser una verdadera federación de naciones. Esta federación, no obstante, no sería un producto de la libre voluntad de las comunidades políticas nacionales, sino que se daría como resultado de un proceso de convulsión global que precipite tal coyuntura. La propia ONU, como es bien sabido, se originó tras un escenario de catástrofe generalizada como lo fue la Segunda Guerra Mundial. De acuerdo con esto, el filósofo japonés Kojin Karatani[30] ha argumentado que un nuevo episodio de desmoronamiento de esta naturaleza podría trastocar por completo la gobernanza del sistema-mundo capitalista, y devenir en una genuina federación de naciones –una nueva ONU como sistema de naciones, pero esta vez bajo la forma de una *república mundial*, como se desprende de la teoría kantiana de la paz perpetua–.

Otros autores son menos optimistas acerca de la inminencia de una república mundial que se establezca como garante de la paz social planetaria. Dada la inercia institucional del sistema internacional de naciones, Geoff Mann y Joel Wainwright consideran que es mucho más probable que una catástrofe climática y/o nuclear produzca una manifestación aún más avasalladora y aterradora del Estado liberal tardío; una configuración de soberanía planetaria

30. Kojin Karatani, *The Structure of World History: From Modes of Production to Modes of Exchange*, Durham, Duke University Press, 2014.

a la que denominan "el Leviatán climático".[31] Esta tecnología de gobierno se fundamentaría en una suerte de estado de excepción proclamado con el fin de garantizar la permanencia de la especie humana en la Tierra, al mismo tiempo que permitiría a las élites globales estabilizar y mantener su posición en medio de la crisis. Con esto, los autores cuestionan el determinismo kantiano que presupone la inevitabilidad de una república mundial virtuosa y democrática. Por el contrario, la posibilidad misma de que un Leviatán climático se pueda hacer realidad en el futuro implica un llamado a disputar los espacios y mecanismos de gobernanza multilateral. Desarrollar un tipo de imaginación política e institucional que tenga la capacidad de forjar una alternativa al Leviatán climático, como veremos en el capítulo siguiente, presupone una *política del conocimiento*. En otras palabras, una planificación abigarrada, democrática y multiescalar es impensable en la ausencia de una reestructuración profunda de la producción y circulación del conocimiento, y su expresión concreta en la universidad contemporánea.

31. Geoff Mann y Joel Wainwright, *El Leviatán climático. Una teoría sobre nuestro futuro planetario*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2018.

POLÍTICA DEL CONOCIMIENTO EN LA UNIVERSIDAD DEL CAPITALISMO TARDÍO

I

La planificación democrática presupone una episteme que pueda articular los conocimientos que emanan de la cultura social autogenerada –y que por ende son externos a la legalidad instituida o *potestas*– con conocimientos algorítmicos y abstractos de campos especializados del conocimiento. Lograr esta labor de traducción, a su vez, requiere de una ciencia social rigurosa y comprometida que no se deje contener por la fragmentación neoliberal del conocimiento en nichos disciplinares, y que reinstale el problema de *la intervención pública* como un elemento central en su quehacer. El argumento acerca de la necesidad de una ciencia social que incorpore diversos públicos y registros de pensamiento, pero que no por ello renuncie a su cientificidad y a su sistematicidad, ha sido planteado quizá de manera elocuente por Michael Burawoy[1] para

1. Michael Burawoy, "For Public Sociology", *American Sociological Review*, vol. 70, n° 1, pp. 4-28, 2004.

quien la división intelectual del trabajo sociológico se fundamenta en cuatro registros de conocimiento: el conocimiento profesional, el conocimiento crítico, el de políticas públicas y el propiamente público o de vinculación con el medio. Si bien el florecimiento de cada uno de estos registros epistemológicos es una condición para el florecimiento de los demás, en la práctica tienden a funcionar de manera antagónica, y en algunos casos desarrollan formas que Burawoy considera "patológicas". La sociología crítica mira con desdén el mundo de las políticas públicas y viceversa; la sociología profesional cuestiona el estatus "científico" del pensamiento crítico; las sociologías profesionales y críticas ven a la sociología pública como un campo extraintelectual, más cercano al activismo que al conocimiento especializado.

Este tipo de separatismo epistémico, de acuerdo con el planteamiento de Burawoy, menoscaba el cumplimiento del deber que tiene la sociología –y en términos más amplios las ciencias sociales– de contribuir a la defensa de la sociedad civil, particularmente en momentos en que esta última se ve amenazada por la concentración del mercado y el poder estatal. El carácter fragmentado y antagónico con el que funcionan los mencionados registros del conocimiento, sin embargo, no se reduce exclusivamente a las distintas disciplinas de las ciencias sociales, sino que de alguna manera también se extiende, e incluso se exacerba, en los demás campos del conocimiento. Para Ernest Mandel,[2] de hecho, uno de los rasgos fundamentales del capitalismo tardío es su tendencia a profundizar la fragmentación de las ciencias en aras de asegurar las condiciones propicias para la modernización científico-tecnológica constante de las fuerzas de producción. La universidad, según Mandel, bajo estas circunstancias deja de ser un espacio de formación de personas educadas y

2. Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, México D.F., Ediciones ERA, 1979.

con capacidad de formular preguntas holísticas, y pasa a especializarse en la producción de *idiot savants* o "expertos idiotas": asalariados intelectuales con excelentes competencias técnicas, pero incapaces de comprender la sociedad en su conjunto.

La subordinación del conocimiento científico y especializado a los imperativos de la producción de ganancia, sumada a la consecuente proletarización y precarización del trabajo intelectual que esta conlleva, se convierte entonces en uno de los principales fundamentos socioeconómicos de las revueltas estudiantiles que marcan importantes hitos en la historia del capitalismo en su fase tardía. Una de las últimas revueltas contra la instrumentalización del conocimiento especializado se dio tras la crisis global de 2008, cuando estudiantes de Economía en muchas universidades del mundo lanzaron una red internacional denominada Iniciativa Estudiantil Internacional para el Pluralismo en la Economía (ISIPE por sus siglas en inglés), cuyo objetivo principal era el de transformar el carácter ahistórico y acrítico con el que actualmente se enseña esta disciplina en las universidades. En un manifiesto suscrito por 65 asociaciones de estudiantes en departamentos de economía de 30 países, se denuncia la falta de diversidad intelectual de sus correspondientes programas y la forma en que esta homogeneidad temática impide la generación de herramientas analíticas, epistemológicas y metodológicas adecuadas para lidiar con la complejidad del mundo real.[3] Una educación económica verdaderamente inclusiva, afirman los estudiantes, no solo comprendería enfoques distintos a los neoclásicos, sino también formación en campos supradisciplinarios como teoría del conocimiento, filosofía de la ciencia e historia del pensamiento social.

El tipo de sensibilidad histórica que da origen a las comunidades de planificación del siglo XX, también emerge

3. El manifiesto está disponible en isipe.net/open-letter.

como una reacción en contra del tipo de sobreespecialización, fragmentación y despolitización del conocimiento que denuncia la red ISIPE, así como otros movimientos estudiantiles y de investigación-acción recientes. Como se desprende de las iniciativas analizadas en capítulos anteriores, el conocimiento que subyace a las prácticas de planificación es de carácter diversificado en cuanto a los registros epistemológicos y científicos en los que se manifiesta. De manera simultánea, este tipo de conocimiento formula preguntas teórico-históricas, se adentra en debates técnico-regulatorios y ocupa un registro de pensamiento orientado al desarrollo de artefactos para la solución de problemas colectivos. En los términos que plantea Burawoy,[4] la *episteme* que históricamente favoreció el surgimiento de la planificación, se basó entonces en interacciones simbióticas entre conocimiento profesional, público, crítico y de políticas públicas. El desarrollo de esta clase de saber complejo y múltiple, sin embargo, no se puede atribuir exclusivamente a la actividad de las universidades. Si bien los entornos universitarios patrocinaron y propiciaron una cultura de planificación entre sus estudiantes durante momentos clave del siglo XX, el despliegue de esta intelectualidad también dependió en una importante medida de un ecosistema del saber que involucró la interacción con otros espacios extrauniversitarios de producción y discusión de ideas.

Tras la aparición de los primeros planes quinquenales y sexenales en países como México, Brasil y Argentina en las décadas de 1940 y 1950, se creó una amplia diversidad de organismos técnicos y centros de pensamiento para la elaboración estudios de base, la ampliación y mejora de las bases de datos e información estadística, y el diseño de planes de desarrollo. Si bien los planes de desarrollo implementados durante estas décadas utilizaban proyecciones

4. Michael Burawoy, "For Public Sociology", op. cit.

econométricas, estimaban coeficientes de capital-producto y balances ahorro-inversión, entre otras operaciones técnicas, también incorporaron muchos elementos del pensamiento social crítico que surgió de teorías desarrollistas y de la dependencia.[5] Es decir, los cálculos técnicos se consideraban indisociables de teorías geopolíticas sobre relaciones centro-periferia, desarrollo endógeno, y los fundamentos de clase de la tecnología y las fuerzas de producción, entre otros tópicos. En la práctica, la construcción de estas capacidades técnicas avanzó de la mano de dinámicas redes que conectaban centros de pensamiento, universidades, organizaciones políticas y agencias estatales de planificación.

II

Pese a sus matices internos, las diversas tradiciones del pensamiento dependentista –cuya contribución fundamental consistió en conceptualizar las relaciones de desarrollo desigual y dominación interestatal que configuran el sistema mundial– tenían en común el hecho de que constituyeron un mecanismo de transmisión (institucional y epistemológica) de las demandas de los grandes movimientos de masas y centrales obreras que se configuraron a mediados del siglo XX para superar las contradicciones del capitalismo monopólico e imperialista del *laissez-faire*. En su estudio sobre la historia intelectual de la teoría de la dependencia, Maristella Svampa señala que las ciudades de San Pablo, Santiago de Chile y México D.F. fueron los tres principales ejes geográficos que dieron vida a este importante campo teórico-intelectual que hizo las veces de *marco maestro* de las ciencias sociales

5. Jorge Leiva Lavalle, *Pensamiento y práctica de la planificación en América Latina*, Santiago de Chile, Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), 2012.

radicales en la región. Por supuesto, la labor de traducción que llevó a cabo el pensamiento dependentista fue muy compleja y se nutrió de la combinación sinérgica de diferentes modalidades de conocimiento distribuido en distintos centros universitarios e institutos técnicos de estas ciudades. La Universidad de San Pablo y la Fundación del POLOP (Partido Operaio) en Brasil, la UNAM (Universidad Nacional Autónoma) en México, y la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe), el CESO (Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile), el ILPES (Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social) y el CEREN (Centro de Estudios de la Realidad Nacional de la Universidad Católica) en Chile, entre otros, encarnan fragmentos del tipo de conocimiento híbrido y multidimensional que permitió el auge de una cultura de planificación arraigada en los mundos de la militancia política y las organizaciones populares. Svampa explica que muchos de estos centros se fundaron para crear "cuadros técnicos" que apoyarían el proceso de producción de conocimiento requerido para la elaboración de planes.[6]

Como lo planteó el sociólogo Eduardo Hamuy, fundador del Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile, las ciencias sociales necesitan historizar el presente para así "cumplir la tarea de colaborar junto al pueblo para encontrar las mejores soluciones a los grandes problemas sociales".[7] De hecho, el CESO surgió a raíz de un proceso de movilización estudiantil en el que se exigió una reforma de los contenidos de estudio en el programa de economía, para incorporar elementos de sociología, historia, ciencia política y filosofía, y que permitieran

6. Maristella Svampa, *Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo y populismo*, Buenos Aires, Edhasa, 2016.

7. Cit. en Juan Cristóbal Cárdenas Castro, "Una historia sepultada: el Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile, 1965-1973)", *De Raíz Diversa*, vol. 2, n° 3, pp. 121-140, 2015.

una formación más integral. Tras su fundación en 1965, la actividad de este centro de investigación universitaria se vio potenciada gracias a la llegada de varios académicos que sufrieron el exilio en sus países de origen, tales como Theotonio Dos Santos, Vania Bambirra, Ruy Mauro Marini, Edimilson Bizelli y André Gunder Frank (quien llegó al centro por otros motivos). Asimismo, el CESO incorporó a destacados egresados de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile, entre los cuales se encontraban Orlando Caputo, Roberto Pizarro, Sergio Ramos, Pío García, Marta Harnecker y Cristóbal Kay –quienes a la postre harían importantes contribuciones a la teoría de la dependencia–. Algunos años después de su fundación, el CESO se convirtió en un referente del pensamiento crítico latinoamericano, y quizás uno de los aspectos que más llama la atención fue su aspiración a actuar como una correa de transmisión entre la intelectualidad y la ciudadanía organizada. En palabras de Eduardo Hamuy:

> En el pueblo se está cuando sus problemas constituyen la preocupación central, cuando la investigación se convierte en un acto de humildad, en un estar para aprender del pueblo, para sistematizar su rica experiencia, para racionalizar sus visiones y para organizar conceptualmente sus intuiciones. La investigación científico-social es, en consecuencia, un acto de humildad en cuanto se parte de la base que es del pueblo de donde hay que aprender para devolver en enseñanza lo que se recibe de él, después de disciplinar la experiencia con rigor científico. Este [...] diálogo permanente con el pueblo, es la condición necesaria del progreso de las ciencias sociales.[8]

Después del golpe militar de septiembre de 1973 comandado por Pinochet, el CESO fue clausurado y varios de

8. Ibíd.

sus integrantes tuvieron que exiliarse o vivir en la clandestinidad como consecuencia de la persecución estatal. La casa en la que vivían Bambirra y Dos Santos fue ocupada por la Dirección Nacional de Inteligencia (DINA) del régimen militar, y transformada en un centro de tortura y reclusión de perseguidos políticos. La desaparición de estos centros universitarios orgánicamente ligados a entornos de planificación coincide con el auge de la melancolía de izquierda que para Wendy Brown[9] forma el espíritu del pensamiento social posmoderno; es decir, la nueva sensibilidad de un pensamiento crítico que se aferra a su superioridad moral y que es consciente de su incapacidad constitutiva para construir grandes coaliciones y formular esquemas alternativos de organización institucional y sociotécnica. La izquierda contemporánea (tanto política como intelectual), de acuerdo con Mark Fisher,[10] opera sin una alternativa convincente al orden de cosas existente, sintiéndose mucho más a gusto en su marginalidad y en su fracaso que en su productividad potencial. De manera similar, Silvia Rivera Cusicanqui sugiere que en Latinoamérica este derrotismo de izquierda se presenta en la forma de una nueva política del multiculturalismo que teatraliza al sujeto indígena –y por extensión al sujeto subalterno en general– relegándolo al pasado, desconociendo su condición de mayoría y su capacidad de efecto estatal.[11]

En el actual entorno epistemológico que acepta a regañadientes la inexistencia de una alternativa viable, los departamentos de ciencias sociales parecen haber abandonado su antigua aspiración a contribuir a la construcción de poderes constituidos o formas institucionales con

9. Wendy Brown, "Resisting Left Melancholy", *Boundary 2*, vol. 26, n° 3, pp. 19-27, 1999.

10. Mark Fisher, *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?*, Buenos Aires, Caja Negra, 2016.

11. Cit. en Verónica Gago, *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2015, p. 86.

vocación de transformación real. Su quehacer se ha visto entonces principalmente reducido al suministro de evidencia "científica", o en el mejor de los casos al uso de tal evidencia para denunciar y criticar el orden existente. Si bien en las carreras de Sociología, Ciencia Política, Historia y Antropología, usualmente se ofrecen cursos de políticas públicas y evaluación de proyectos, esto se hace sin ningún tipo de reflexión de segundo orden acerca del problema de la intervención pública y del cambio social, como problemas que envuelven y en muchos casos condicionan el marco de acción profesional. De hecho, la cuestión acerca del cambio social ha desaparecido de las ciencias sociales desde que se instaló un nuevo consenso disciplinar en el que el cosmopolitismo liberal fue declarado como la única vía posible para el mejoramiento de las sociedades. Autores como Karl Popper, Jürgen Habermas y Francis Fukuyama, son quizá los principales precursores de esta sociología del realismo capitalista que asume que las instituciones de la democracia liberal no son perfectas, pero que resulta insensato aspirar a algo distinto o mejor.

En su libro *La miseria del historicismo*, publicado en 1954,[12] Popper propone una ingeniería social fragmentaria que aplique ajustes graduales a las instituciones liberales que ya existen. En palabras de Popper, el elemento más característico del ingeniero fragmentario es el hecho de que "evita emprender reformas de tal escala y complejidad que le harán imposible identificar causas y efectos". Este enfoque fragmentario sería el contrapunto de lo que Popper consideraba la ingeniería social holística y utópica de la planificación, donde la sociedad en su totalidad se convierte no solamente en el objeto de conocimiento, sino de intervención. En la sociología del realismo capitalista que prefigura Popper, el Estado liberal constituye la infraestructura institucional más avanzada posible para regular la vida social,

12. Karl Popper, *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza, 2002.

y por ello solo se puede aspirar a perfeccionarla a través de pequeños ajustes técnicos de sus partes, en ningún caso sustantivos, y mucho menos que abarquen el sistema como un todo. Para Popper y sus herederos intelectuales, cualquier modo de intervención pública que no sea gradualista y fragmentario implicaría entonces alguna expresión de autoritarismo. Pese a ser escrita en el contexto de la posguerra, la comprensión popperiana acerca del cambio y la intervención se puede considerar como el sentido común que hoy en día orienta los enfoques de política pública al interior de los departamentos de ciencias sociales. Las políticas públicas se diseñan, formulan e implementan en el marco de reglas de juego ya establecidas. Las reglas de juego, sin embargo, no son materia de reflexión.

En *La imaginación sociológica*, C. Wright Mills se refirió a esta orientación como una "metafísica de la practicidad liberal" que fragmenta la realidad en una miríada de piezas de información que hace imposible entender la estructura del *statu quo* –y sobre todo, las luchas de poder por determinar dicha estructura–. La actitud que predomina en las ciencias sociales de corriente principal, entonces, es la de trabajar a partir de múltiples fragmentos de información o "casos", desde el presupuesto de que nunca se podrán conocer con exactitud las causas que están en juego en la configuración del todo. Es por lo anterior que Ciccarello-Maher[13] afirma que la diferencia entre *política pública* y *planificación* no es solamente de orden semántico: la política pública traza un borde nítido entre representantes confiables y aquellos que son incapaces de pensar, y mucho menos planificar. La política pública, de acuerdo con este autor, sería entonces equiparable a un método descentralizado de entrenamiento de contrainsurgencia que se enfoca en neutralizar la insurgencia viviente y pulsante de lo común. En términos generales,

13. George Ciccarello-Maher, "The Commune is the Plan", *South Atlantic Quarterly*, vol. 119, n° 1, pp. 113-132, 2020.

esta sensibilidad de ingeniería fragmentaria y tecnocrática, es importante mencionar, se ha visto particularmente exacerbada bajo la actual cultura universitaria neoliberal de la bibliometría y de los *journals*, con sus sistemas de incentivos perversos que impiden un involucramiento real y sistemático de la universidad en los problemas públicos. Se entrena a cientistas sociales para escribir *papers* y para movilizar herramientas técnicas de gobernanza, mas no para producir insumos especializados que puedan abordar problemas de causación, distribución y poder en la economía capitalista y en el Estado de derecho.

III

Por su parte, los departamentos y programas académicos de planificación urbana crecen y se multiplican, especializándose en ofrecer herramientas técnicas para la gestión del entorno construido a partir de criterios de eficiencia y competitividad. Sin embargo, como ya hemos señalado, la planificación urbana es un campo académico que carece de los elementos esenciales de la planificación (en particular la asignación *ex ante*), y que por ende se asemeja más bien a una variedad de gobernanza socioespacial que adopta –implícita o explícitamente– el principio de la ingeniería fragmentaria propuesto por Popper. La transición de la *planificación económica* a la *planificación urbana*, de acuerdo con el planificador británico Graham May, ha significado un reemplazo del utopismo por el pragmatismo, propiciando el tipo de enfoques de muy corto plazo que son favorables para el *ethos* de mercado neoliberal inaugurado por el thatcherismo.[14] La consolidación de la

14. Ver Robert Freestone, "Futures Thinking in Planning Education and Research", *Journal for Education in the Built Environment*, vol. 7, n° 1, pp. 8-38, 2012.

planificación urbana como disciplina académica, entonces significaría el inicio de la subordinación histórica de la racionalidad sustantiva -asociada a determinados fines sociales y normativos establecidos de antemano- a la racionalidad procesal o formal -abocada exclusivamente a lograr objetivos de corto plazo que sean compatibles con el orden dominante-.

De acuerdo con David Harvey,[15] la gran paradoja de la planificación urbana consiste precisamente en el hecho de que se tiende a comprender a sí misma como un campo progresista: su finalidad disciplinar y profesional es la de preservar la armonía social, interviniendo para reestablecer -de manera *ex post*- el equilibrio necesario que permita reducir el conflicto en la sociedad, particularmente en momentos de crisis. Bajo este entendido, la planificación urbana sería entonces un dispositivo burocrático para asegurar la cohesión social necesaria que requiere la reproducción ampliada del capital. De acuerdo con esta "ideología de la armonía social", como la denomina Harvey, la planificación urbana oscilaría de forma errática y contradictoria entre la defensa del interés público y la gestión de un modelo económico cuyos presupuestos -eficiencia, crecimiento económico y competitividad territorial- son intocables. En otras palabras, la planificación urbana sería un mecanismo de gestión de crisis que opera principalmente de modo reactivo o *post-factum* cuando se ven en peligro las circunstancias que garantizan la acumulación continuada del capital bajo los mencionados parámetros. De acuerdo con esto, Harvey consideró que el planificador urbano estaría destinado a una vida de "frustración perpetua", pues los ideales grandilocuentes que inspiran el campo se traducirían permanentemente en prácticas indecorosas en el terreno.

15. David Harvey, *The Urbanization of Capital: Studies in the History and Theory of Capitalist Urbanization*, Oxford, Johns Hopkins University Press, 1985.

El auge de "la sustentabilidad" como el nuevo tropo maestro que hoy orienta la actividad de la planificación urbana, revela con nitidez las contradicciones de esta ideología de la armonía social. Como lo señala Erik Swyngedouw,[16] el discurso de la sustentabilidad en la planificación se fundamenta en el presupuesto de que es posible implementar una amplia gama de soluciones ingenieriles y técnico-organizativas (bonos de carbono, programas de reciclaje, economía circular, tecnologías ecoamigables, diseño ecourbano, etc.) para mitigar problemas ecológicos y permitir que la sociedad de consumo y crecimiento ilimitado, tal y como la conocemos, siga funcionando. Adicionalmente, muchos de estos repertorios de intervención aspiran a construir una apariencia democrática al incorporar mecanismos de participación donde diversos *stakeholders* (ONGs, empresas y grupos ciudadanos cuyas posturas son reconocidas de antemano como válidas) expresan su opinión sobre los protocolos de gobernanza socioambiental a diseñar o implementar. Este tipo de percepción de inclusión, de acuerdo con Miraftab,[17] es un elemento clave en la consolidación del poder hegemónico neoliberal. Así, Miraftab señala que la rutinización de estos protocolos de participación, en la práctica, han convertido a la planificación urbana en un instrumento de despolitización colectiva y neutralización de demandas ciudadanas. Algo similar sucede con la figura de las "ciudades inteligentes" como instrumento de gobernanza urbana, pues al igual que la sustentabilidad, ha sido considerado un significante vacío que trata la implementación de tecnologías verdes y participativas como un sustituto de la verdadera deliberación democrática. De manera análoga a la planificación sustentable, la planificación de

16. Erik Swyngedouw, "La naturaleza no existe. Sostenibilidad como síntoma de una planificación despolitizada", *Urban*, vol. 5, n° 1, pp. 41-66, 2011.

17. Faranak Miraftab, "Insurgent Planning: Situating Radical Planning in the Global South", *Planning Theory*, vol. 8, n° 1, pp. 32-50, 2009.

las ciudades inteligentes aspira a cambiarlo todo, pero para que al final nada cambie. En palabras de Swyngedouw,

> El consenso ambiental pospolítico, por tanto, es radicalmente reaccionario, previene la articulación de trayectorias alternativas, divergentes y conflictivas para los posibles entramados ambientales y urbanos del futuro. No hay contestación alguna sobre lo dado de antemano en una situación determinada, sobre el reparto de lo sensible; solo existe debate sobre las tecnologías de gestión, el tipo de orden de policía y la configuración de aquellos que ya tienen una posición establecida, de aquellos cuya voz es ya reconocida como legítima.[18]

De acuerdo con lo anterior, se podría concluir que lo que hoy en día se conoce con el rótulo de planificación urbana no es planificación técnicamente hablando, o por lo menos no en los términos en que aquí se ha definido, es decir, como una asignación de recursos que se lleva a cabo de manera *ex ante*. Por el contrario, gran parte del establecimiento de este campo del conocimiento practica un modo de gestión pública más cercano a lo que sería una gobernanza socioespacial estructurada en torno a señales de mercado. En particular, la manera en que la racionalidad sustantiva se encuentra sobredeterminada por la racionalidad formal en esta modalidad de gestión pública queda en evidencia quizá de manera más nítida en lo que hoy en día sería su mecanismo primigenio de asignación y gestión de recursos: *la zonificación*. También conocida como "ordenamiento territorial", la zonificación es básicamente el mecanismo técnico-regulatorio mediante el cual se determina el desarrollo futuro de una ciudad a partir de la asignación de usos del suelo; es decir, la zonificación define de qué forma se organizan y coexisten

18. Erik Swyngedouw, "La naturaleza no existe", op. cit.

actividades residenciales, comerciales, recreacionales, financieras y de transporte en la ciudad. La zonificación ha adquirido tal preponderancia dentro de la regulación del espacio metropolitano y sus territorios periurbanos, que se ha convertido no en una herramienta puntual, sino más bien en el sistema operativo o *lingua franca* con la que diversos actores moldean y disputan el espacio de la ciudad. Las alcaldías neoliberales la emplean para atraer ciertos tipos de inversión, los movimientos antigentrificación la usan para frenar la especulación inmobiliaria, los movimientos de pobladores recurren a ella para promover el uso de vivienda de interés social, etc.

Independientemente de los medios que la zonificación pueda ofrecer para crear espacios urbanos que sean más justos y equitativos, el uso generalizado de esta herramienta es sintomático de la ausencia o clausura de la posibilidad de una planificación verdadera. De acuerdo con Samuel Stein,[19] los procesos de rezonificación urbana que se ponen en marcha para transformar el espacio de la ciudad –por ambiciosos o bienintencionados que puedan ser– en estricto rigor, no se pueden considerar equivalentes a un plan; de hecho, la rezonificación consiste en la abdicación de la planificación urbana a los ritmos, lógicas y modos de movimiento del mercado, pues simplemente se limita a demarcar qué tipos de desarrollos privados se llevarían a cabo en el futuro. Además, y de manera similar a lo que sucede en el mundo de las altas finanzas, la complejidad y abstracción técnica de los códigos de zonificación u ordenamiento territorial es tal que se convierten en un factor de despolitización para quienes trabajan con ellos. Los planes reguladores o de zonificación no solamente son muy extensos y redactados en un lenguaje muy

19. Samuel Stein, "The Zone Defense", *Jacobin Magazine*, 2019, disponible en jacobinmag.com y *Capital City: Gentrification and the Real Estate State*, Londres, Verso, 2019.

técnico, sino que las distintas jurisdicciones en las que operan conforman una muñeca rusa de normativas (normas de zonificación al nivel barrial, municipal, regional y nacional) cuyo conocimiento demanda muchos recursos de tiempo y capital humano. De acuerdo con esto, es común escuchar a activistas y funcionarios públicos quejarse del hecho de que lidiar con la vasta cantidad de información jurídico-normativa de los planes de zonificación consume todo el tiempo que podrían usar para desarrollar estrategias propiamente políticas.

En esta línea, Stein afirma que lo último que el urbanismo radical necesita son más estrategias de zonificación inclusiva o contrazonificación para confrontar los efectos disruptivos de los mercados del suelo urbano. De acuerdo con este autor, "la solución radica en un movimiento popular para la planificación urbana anticapitalista y la desmercantilización de la vivienda y el suelo". Una planificación socialista, bajo este entendido, emplearía la zonificación solamente como una herramienta entre varias, pero no como el único recurso para regular la organización y el desarrollo futuro de las ciudades. De hecho, uno de los grandes rasgos tanto de la teoría como de la práctica de la planificación urbana actualmente es el de un presentismo frenético que se ahoga en las minucias técnicas y jurídicas de la gestión del entorno construido, y que por ende abandona cualquier consideración seria o sistemática sobre el futuro o sobre visiones alternativas de sociedad. A partir de un estudio de una amplia diversidad de publicaciones académicas y programas de cursos de pregrado y posgrado de planificación urbana, Robert Freestone[20] concluye que tanto los enfoques de pedagogía como de investigación que predominan en este campo del conocimiento, carecen de una orientación hacia el futuro, y particularmente

20. Robert Freestone, "Futures Thinking in Planning Education and Research", op. cit.

hacia el futuro de largo plazo. Por el contrario, tiende a predominar el tipo de visiones ahistóricas, pragmatistas y de muy corto plazo, las cuales son fácilmente instrumentalizables por el urbanismo neoliberal -por mucho que estén encaminados a lograr fines sociales o ecológicos-.

Con esto, Freestone argumenta que el campo de la planificación urbana necesita una "infusión de futuros", si es que pretende dejar de ser un instrumento del urbanismo neoliberal y contribuir a la construcción de ciudades más justas y equitativas. Pese a que la vocación hacia el futuro es uno de los elementos característicos de la planificación, las orientaciones disciplinares en este campo han pasado por alto una reflexión sistemática sobre cuestiones de incertidumbre, cambio social, elección estratégica, escenarios, proyecciones y predicción. En esta medida, Freestone sostiene que el campo de la planificación urbano-territorial debe empezar a abordar el problema del futuro -y específicamente el futuro de largo plazo- si pretende tener relevancia estratégica para la formulación de políticas públicas, ganarse el respeto de la comunidad y ser atractivo para estudiantes con talento y compromiso.

Pese a su hegemonía, es importante señalar que este campo disciplinar no carece de grietas. En años recientes, enfoques de planificación insurgente, planificación abolicionista y ciencia ciudadana han cuestionado el rol de las universidades y el conocimiento especializado en la reproducción del orden neoliberal. Estas comunidades epistémicas, sin embargo, siguen siendo de alguna manera periféricas y modestas, y por ende todavía no se vislumbra el tipo de episteme que podría impulsar un movimiento de planificación cuya vocación escalar sea de alguna manera comparable a la del siglo XX. El auge de la figura de los *think tanks* o centros de investigación aplicada, por su parte, está contribuyendo a dinamizar el flujo de conocimientos y una articulación más orgánica de estos con universidades y con espacios de toma de decisiones. No

obstante, para que estos vínculos puedan tener mayor incidencia en el diseño y evaluación de políticas, la universidad aún debe emprender procesos de cambio o reestructuración que permitan una mayor apertura hacia la esfera pública. Los entornos universitarios, en todo caso, son por sí solos incapaces de ofrecer los insumos necesarios para una cultura de intervención que sea masiva, plural y transformadora. Para ello, se hace necesario construir un internacionalismo de la planificación.

HACIA UN INTERNACIONALISMO DE LA PLANIFICACIÓN

I

La crisis global del año 2008 inauguró un ciclo de revueltas sociales que se extendió por todo el mundo, y cuyas diversas metástasis se han prolongado incluso hasta el día de hoy. Desde el movimiento Occupy Wall Street en los Estados Unidos, al movimiento antiausteridad en España, Grecia e Italia, a la llamada Primavera Árabe en diversos países del Medio Oriente, a la huelga internacional feminista, finalizando con el ciclo de protestas de Latinoamérica en 2019 y con la transnacionalización del movimiento antirracista Black Lives Matter en 2020, las movilizaciones de los últimos años han denunciado con fuerza la concentración del poder político y económico habilitada gracias a varias décadas de neoliberalismo globalizante. Esta era de desigualdad extrema y destrucción ecológica sin precedentes en la historia humana ha quedado registrada en eslóganes como "somos el 99%", "democracia real ya", "nosotras paramos", "fin al lucro", o

"rebelión de la extinción". A su vez, cada ciclo de protestas ha traído profetas que auguran ya sea "el fin del modelo", o en los casos más optimistas, aquella "crisis terminal" que de una vez por todas va a hacer pedazos el capitalismo. Lo que ocurrió efectivamente, sin embargo, fue un claro fortalecimiento y profundización del fundamentalismo de mercado, manifestado en políticas de austeridad, precarización del trabajo, endeudamiento, autoritarismo estatal, e incluso mayor concentración de la riqueza en cada vez menos personas.

De alguna manera, los sucesos políticos que han marcado el inicio del actual siglo recuerdan las contradicciones de los procesos revolucionarios que Marx analizó en *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, quizás uno de sus escritos políticos más lúcidos. Paradójicamente, Marx observó, la Revolución francesa puso en marcha sucesos históricos cuyas turbulentas dinámicas culminaron algunas décadas después con un golpe dictatorial mediante el cual Luis Bonaparte echó por tierra las concesiones liberales de luchas seculares pasadas, instalando nuevamente "la dominación desvergonzadamente simple del sable y la sotana". La compleja interacción histórica entre fuerzas revolucionarias y reaccionarias, retratada de manera tan potente por Marx en aquel texto, reaparece con nitidez en la medida que vemos el fascismo de biblia en mano convertirse en una fuerza que amenaza con colonizar el paisaje político latinoamericano. La superstición y el misticismo son vías de escape para la desesperanza, y de ahí que el furor nihilista de las sectas pentecostales haya sido considerado el espíritu del capitalismo tardío. La política emancipadora tiene ante sí la tarea de construir una alternativa a la nueva edad oscura que se avizora en el horizonte de las nuevas extremas derechas: una era de etno-Estados amurallados y militarizados que coexisten con redes logísticas transnacionales que sustentan los hábitos de consumo de quienes pueden seguir endeudándose. Para quienes no

pueden consumir, represión y *apartheid* ambiental. Contrarrestar esta amenaza requiere un replanteamiento fundamental de los repertorios estratégicos y tácticos que por décadas han informado a los movimientos de resistencia.

Para Hannah Arendt,[1] la historia de las revoluciones nos enseña que si la fuerza natural y prepolítica de la multitud no decanta en poderes constituidos que puedan darle forma y coherencia, necesariamente tenderá hacia la autodestrucción –o hacia la instalación de fuerzas reaccionarias, como está sucediendo en este momento–. Históricamente, la planificación surge como un mecanismo que busca *dar forma* a las visiones de mundo que emanan de la ciudadanía movilizada en movimientos de masas, transformándolas en protocolos e instrumentos de intervención que puedan regular de manera concreta la vida colectiva. En el siglo XX, la planificación modernista dio origen a complejos episodios de burocratización del poder público y monopolización de los conocimientos expertos; en otras ocasiones, sin embargo, se materializó en impresionantes infraestructuras físicas y sociales –estadios, parques, proyectos de vivienda social, hospitales, escuelas, etc.– destinadas a expandir la equidad y las posibilidades de la vida social en direcciones hasta entonces inimaginables. En algunas ocasiones históricas puntuales, estos proyectos de intervención incluso sirvieron como un parachoques frente a la amenaza fascista, al otorgar condiciones dignas de vida para gran parte de la población.

Ante las circunstancias de turbación psíquica y privación material que han dejado el neoliberalismo y sus profundas crisis, no es de extrañarse que el espíritu redistributivo y las formas de disfrute y elación estética que marcaron los modernismos de izquierda –y que hicieron posible el Estado de bienestar– hoy generen cierta curiosidad nostálgica. Libros como *Red Plenty* [Abundancia Roja],

1. Hannah Arendt, *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza, 1998.

pueden consumir, represión y *apartheid* ambiental. Contrarrestar esta amenaza requiere un replanteamiento fundamental de los repertorios estratégicos y tácticos que por décadas han informado a los movimientos de resistencia.

Para Hannah Arendt,[1] la historia de las revoluciones nos enseña que si la fuerza natural y prepolítica de la multitud no decanta en poderes constituidos que puedan darle forma y coherencia, necesariamente tenderá hacia la autodestrucción –o hacia la instalación de fuerzas reaccionarias, como está sucediendo en este momento–. Históricamente, la planificación surge como un mecanismo que busca *dar forma* a las visiones de mundo que emanan de la ciudadanía movilizada en movimientos de masas, transformándolas en protocolos e instrumentos de intervención que puedan regular de manera concreta la vida colectiva. En el siglo XX, la planificación modernista dio origen a complejos episodios de burocratización del poder público y monopolización de los conocimientos expertos; en otras ocasiones, sin embargo, se materializó en impresionantes infraestructuras físicas y sociales –estadios, parques, proyectos de vivienda social, hospitales, escuelas, etc.– destinadas a expandir la equidad y las posibilidades de la vida social en direcciones hasta entonces inimaginables. En algunas ocasiones históricas puntuales, estos proyectos de intervención incluso sirvieron como un parachoques frente a la amenaza fascista, al otorgar condiciones dignas de vida para gran parte de la población.

Ante las circunstancias de turbación psíquica y privación material que han dejado el neoliberalismo y sus profundas crisis, no es de extrañarse que el espíritu redistributivo y las formas de disfrute y elación estética que marcaron los modernismos de izquierda –y que hicieron posible el Estado de bienestar– hoy generen cierta curiosidad nostálgica. Libros como *Red Plenty* [Abundancia Roja],

1. Hannah Arendt, *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza, 1998.

de Francis Spufford, *Militant Modernism* [Modernismo militante], de Owen Hatherley, *Architecture in Global Socialism* [La arquitectura en el socialismo global], de Lukasz Stanek, o los póstumamente publicados *Modernism in the Streets* [Modernismo en las calles], de Marshall Berman, y *Towards an Architecture of Enjoyment* [Hacia una arquitectura del disfrute], de Henri Lefebvre, indagan en aquella sensibilidad que hoy, desde la perspectiva del estrés privatizado y medicado del neoliberalismo, nos parece tan distante. La carga aurática de sus obras de arte, la potencia formal de su música, la monumentalidad de sus artefactos arquitectónicos, la radicalidad de sus movimientos de masas y la altura de miras de su cultura popular, hacen de la realidad histórica del modernismo una crítica radical de la falta de ambición política y de las escandalosas desigualdades del presente neoliberal.

Uno de los elementos que se destacan de los nuevos movimientos populares que ha traído consigo el contexto político post-2008 es precisamente su pretensión de recuperar la antigua aspiración modernista por politizar el deseo. El movimiento feminista latinoamericano que se ha configurado en torno a la Huelga Internacional Feminista 8-M es quizás el ejemplo más ilustrativo de esta emergente política libidinal. La potencia feminista, como lo plantea Verónica Gago,[2] es un despliegue alternativo del poder como *capacidad deseante*. En palabras de esta autora, esta capacidad es "invención común contra la expropiación, disfrute colectivo contra la privatización y ampliación de lo que deseamos como posible aquí y ahora". Uno de los elementos más notables de este movimiento es el hecho de que ha situado al cuerpo –en cuanto materialidad sufriente y deseante– en el centro de un proyecto político que no solamente se agita en las calles, sino que también

2. Verónica Gago, *La potencia feminista, o el deseo de cambiarlo todo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2019.

empieza a construir instituciones y a cultivar victorias democráticas. Hay una pulsión decididamente futurista en la aspiración del feminismo de la cuarta ola de comprender el proceso de cambio social a través del cuerpo y de sus múltiples potencialidades. Los icónicos pañuelos de la *marea verde* que se ha extendido por toda Latinoamérica son hoy en día el símbolo de esta lucha prometeica y antinostálgica por la emancipación sensible, económica y reproductiva.

De manera similar, y en contraposición a la miseria neoliberal del consumismo individualista y ecológicamente destructivo, los movimientos ecosocialistas han propuesto mundos de "lujo comunitario" en los que se consume de manera colectiva –parques, teatros, piscinas públicas, transporte colectivo, instalaciones deportivas, etc.– y se inventan nuevas relaciones sociales llenas de sentido y bajas en carbono. Ante la voracidad destructiva del monocultivo transgénico, los movimientos de soberanía alimentaria prefiguran sistemas alimentarios agrobiodiversos que se conectan con ciudades a través de circuitos logísticos cortos, y donde el acto de comer alimentos estacionales se convierte en una fiesta para los sentidos y en una excusa para la comensalidad. Contra el carácter antidemocrático y monótono de los espacios del trabajo asalariado, los movimientos cooperativistas y autogestionarios trazan mundos de heterogeneidad económica en los que las personas adquieren autonomía sobre su propia actividad productiva, encontrando así nuevas formas de disfrute y realización personal.

A lo largo de este ensayo se ha sugerido que la planificación ofrece los instrumentos para que las visiones radicales sobre futuros alternativos puedan dejar de ser un mero ejercicio retórico o testimonial, y que adquieran la capacidad de consolidarse en protocolos técnicos, circular de manera efectiva ante diversos públicos, y eventualmente replicarse de manera tangible al insertarse en el tejido de toma de decisiones del Estado. Sin la fuerza organizada

de la *potestas* y de sus entramados institucionales, la imaginación utópica por sí misma es incapaz de surtir un efecto material en el mundo real. En ese sentido, la particular capacidad que tiene la planificación para combinar racionalidades sustantivas y racionalidades formales -en otras palabras, para lograr articulaciones complejas entre utopía y gestión- puede dotar de un nuevo ímpetu a movimientos que pretenden proponer una alternativa convincente a la nueva edad oscura que augura el actual contexto posglobalización.

Transformar las visiones del futuro que emergen del poder constituyente en artefactos reales -urbanísticos, sociotécnicos, legislativos, regulatorios, etc.-, sin embargo, no es una operación trivial. En el pasado, esta ardua labor de traducción ha necesitado de una variada gama de competencias, de diálogos interdisciplinarios y de circuitos epistémicos ampliamente diseminados por el espacio transnacional. En otras palabras, la posibilidad de desarrollar un *ethos* de intervención pública postcapitalista, requiere en primer lugar el desarrollo de un internacionalismo muy específico: *un internacionalismo de la planificación*. Si bien este internacionalismo se edificaría sobre la vocación transnacional de la nueva geografía de la movilización social post-2008, estaría encaminado principalmente a permitir la circulación de fórmulas, saberes, protocolos y prototipos que puedan informar el diseño de políticas públicas a diversas escalas. Como veremos a continuación, la experiencia de los circuitos epistémicos que han animado y dinamizado el proyecto del neoliberalismo tiene algunas enseñanzas relevantes por ofrecer.

II

Mucho antes de que llegaran al poder figuras como Margaret Thatcher, Augusto Pinochet y Ronald Reagan, el pensamiento

neoliberal ya había logrado transitar de las abstractas esferas de la teoría política y económica, al pragmatismo de las visiones concretas de política pública. Cuando el Palacio de la Moneda fue bombardeado en Santiago por la derecha golpista en 1973, el grupo de economistas chilenos conocido en la mitología del neoliberalismo como los "Chicago Boys", ya tenía listo un ambicioso programa de política económica orientado a desmontar el modelo desarrollista de sustitución de importaciones y a reemplazarlo por uno de libre mercado. Conocido como "El ladrillo" porque sus copias mimeografiadas eran muy pesadas, este documento contenía prescripciones tanto macroeconómicas –de política monetaria, fiscal, de comercio exterior, tributaria y de mercado de capitales– como microeconómica y sectorial –política de tierras, agrícola, de recursos naturales y de educación– que permitirían construir una sociedad moldeada en torno a la doctrina marginalista de las expectativas racionales de actores económicos. La historia de la implementación de "El ladrillo" es bien conocida. La política de producción de conocimiento que inspiró su redacción, sin embargo, revela aspectos menos conocidos acerca de la vocación táctica con la que operaban estos economistas. En palabras de Milton Friedman, mentor de los Chicago Boys y figura central de la escuela monetarista del pensamiento económico,

> Solo una crisis –real o percibida– da lugar a un cambio verdadero. Cuando esa crisis tiene lugar, las acciones que se llevan a cabo dependen de las ideas que flotan en el ambiente. Creo que esa ha de ser nuestra función básica: desarrollar alternativas a las políticas existentes, para mantenerlas vivas y activas hasta que lo políticamente imposible se vuelva políticamente inevitable.[3]

3. Cit. en Naomi Klein, *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Barcelona, Planeta, 2012.

Antes de ganar el premio Nobel de Economía en 1976 y convertirse en la cara visible del nuevo paradigma económico que a la postre sepultaría a los Estados de bienestar en gran parte del mundo, Friedman era considerado un personaje excéntrico en su propia disciplina. Sus principales obras sobre oferta monetaria y expectativas racionales fueron escritas en una época en la que la hegemonía del keynesianismo se encontraba posiblemente en su punto más álgido. Hablar de privatizaciones, de señales de precios y de Estados subsidiarios sonaría insólito en un entorno de política macroeconómica cuyos principales objetivos eran asegurar la demanda agregada y el pleno empleo mediante un Estado intervencionista. Las aspiraciones de Friedman, aun así, no se limitaban a meras disputas bizantinas contra el establecimiento de la teoría económica keynesiana. Junto con intelectuales como Friedrich von Hayek, Ludwig von Mises y Karl Popper, Friedman desempeñó un rol cardinal en la expansión internacional de la Sociedad Mont-Pèlerin (SMP). Fundada en 1947 en una conferencia organizada por Hayek, esta sociedad tenía como finalidad reivindicar la particular lectura del liberalismo clásico desarrollada por la Escuela de Austria, así como ofrecer una alternativa frente al intervencionismo de Estado y al colectivismo de cualquier raigambre. Lo relevante a destacar de la historia de la SMP es que dio origen a un potente movimiento internacional de cuadros técnicos y de *think tanks* cuya función era básicamente crear alternativas de políticas que pudieran ser aplicadas en momentos de oportunidad.

Hoy en día sería imposible pensar en los diversos programas de "ajuste estructural" y de privatización masiva de empresas estatales que empezaron a ser implementados desde la década de 1980 sin entender el importante rol de traducción epistémica que desempeñaron estos *think tanks*, como nodos distribuidos en una amplia red de circulación de conocimientos cuyos orígenes se remontan a

la SMP. El dinamismo de estos circuitos epistémicos ha sido de tal magnitud y complejidad que ha dado origen a tradiciones intelectuales en los campos de la sociología económica y la geografía económica cuyo objetivo es el de estudiar la movilidad de las políticas e instrumentos de gobernanza a través de un intrincado espacio internacional del conocimiento –el cual incluye firmas consultoras, centros de pensamiento, universidades, operadores técnicos y corredores institucionales o *power brokers*–. Como se mencionó en mayor detalle anteriormente, el auge del neoliberalismo ha venido acompañado de modelos, protocolos y fórmulas urbanísticas (el modelo Barcelona, el modelo Bilbao, el modelo Medellín, etc.) que viajan y alimentan agendas de gobernanza orientadas a aumentar la competitividad, atraer flujos de inversión y velar por el cumplimiento del "evangelio de la eficiencia". Es decir, el pensamiento neoliberal no se puede desligar de su existencia material en una multiplicidad de prototipos que informan los modos de intervención y gestión de recursos en la economía.

Pero más que meras fórmulas urbanísticas, el espacio de la globalización neoliberal también incluye muchos otros prototipos diseñados con el fin de dar coherencia a los flujos globales del capital y de las mercancías. La maquila y la zona económica especial, por ejemplo, son dos prototipos de organización industrial que se han multiplicado de manera incesante durante las últimas décadas, permitiendo nuevas formas de desregulación tributaria, ecológica y del trabajo. De acuerdo con Keller Easterling,[4] la fase avanzada de la globalización ha traído una nueva familia de prototipos mucho más ambiciosos que ya no se limitan a replicar un solo artefacto arquitectónico o territorial, sino que multiplica ciudades globales enteras

4. Keller Easterling, *Extrastatecraft: The Power of Infrastructure Space*, Londres, Verso, 2016.

y redes de infraestructura de escalas colosales. Easterling denomina "la zona" al conjunto de protocolos mediante los cuales se reproducen distintas versiones de Dubai y Shenzhen, así como sus entramados de cadenas logísticas y de infraestructuras. Encontramos diferentes versiones de esta zona en la Ciudad Económica del Rey Abdullah en Arabia Saudita, Songdo City en Corea del Sur, Ciberjaya en Malasia, HITEC City en Hyderabad, entre muchas otras. La infraestructura, para Easterling, ya no son solamente los tubos y cables que sustentan la vida urbana moderna. Entendida de modo más amplio, es la matriz de fórmulas o el sistema operativo que genera los *productos espaciales* que le dan forma y textura al proceso de globalización económica como hoy lo conocemos.

En sus fases iniciales, la zona comprendía maquilas y otros espacios manufactureros con bajos estándares regulatorios. Hoy en día, Easterling explica que la zona se ha diversificado para incluir prototipos más complejos como parques científicos, de innovación, de comunicaciones, financieros y logísticos, entre otros. La multiplicación de estas fórmulas infraestructurales y territoriales ha sido vertiginosa. En 1975 existían 79 zonas económicas especiales distribuidas en 25 países. En 1993 este número se había casi que duplicado. En 2006, la aparición de una nueva familia de fórmulas de infraestructura permitió un crecimiento exponencial de estos prototipos, llegando a un total de 3.500 zonas económicas especiales en 130 países. Para Deborah Cowen,[5] la ciudad logística es uno de los prototipos más avanzados entre las nuevas generaciones de la zona, pues ha dado origen a una forma urbana global que coordina las redes globales de circulación que sustentan el comercio mundial y la actividad bélico-policial de los Estados modernos. Estas ciudades,

5. Deborah Cowen, *The Deadly Life of Logistics: Mapping Violence in Global Trade*, Mineápolis, University of Minnesota Press, 2014.

de acuerdo con Cowen, son entornos construidos pensados para ser funcionales a un modo de producción que cada vez se estructura más directamente alrededor de la velocidad, la homeostasis y el flujo. La arquitectura defensiva que caracteriza a la ciudad logística (cámaras de seguridad, rejas, murallas, alambrados, etc.) tiene como fin impedir posibles obstrucciones al flujo de las mercancías, creando entornos libres de los imprevistos que se presentan usualmente en el espacio urbano.

La multiplicación desenfrenada de estos protocolos de intervención y prototipos no ha sido un fenómeno espontáneo. De hecho, muchos de estos planes maestros son diseñados por consultoras globales para que después "viajen" gracias a redes de expertos y corredores con contactos en gobiernos nacionales o locales. Algunos aspectos de estas emergentes formas de *diseño territorial neoliberal* fueron discutidos a lo largo de este ensayo con un mayor nivel de detalle. Lo que es importante recalcar es la vocación práctica y experimental con la que funcionan este tipo de circuitos de conocimientos. Estas redes han permitido que ideales neoliberales –de eficiencia, señales de precio, homeostasis, etc.– adquieran una materialidad concreta en la forma de artefactos arquitectónicos o tecnológicos que luego sean fácilmente replicados en cualquier lugar del mundo. Asimismo, un aspecto interesante de este tipo de internacionalismo es el hecho de que emplea el *think tank* o centro de pensamiento como la punta de lanza institucional y epistémica para promover cambios de política a distintos niveles de gobierno. Desde el principio, Hayek consideró el internacionalismo de la SMP como una comunidad intelectual en contra del colectivismo, pero renuente a la propaganda política o incluso las relaciones públicas. Es decir, concibió a la SMP como la vanguardia de un internacionalismo que opera de manera silenciosa, evitando gestos grandilocuentes, pero esperando a que "lo políticamente imposible se volviera

políticamente inevitable" para plasmar sus visiones de mundo en instrumentos de gobernanza.

Por supuesto, sería contraproducente que un internacionalismo de la planificación se limitara meramente a calcar las dinámicas de operación de estos circuitos epistémicos. Una de las grandes inconsistencias tanto de la gobernanza neoliberal como de la planificación del alto modernismo, como hemos señalado, ha consistido en replicar fórmulas estándar que se diseñan e implementan desde arriba. Adueñarse de estas fórmulas y protocolos de intervención tampoco sería una solución plausible, pues la nacionalización por sí misma no corrige el problema de fondo de un proyecto postcapitalista, que no es otra cosa que la expansión de la democracia, en el Estado de derecho, en el lugar de trabajo y en el hogar. De hecho, muchos de los prototipos del diseño territorial neoliberal son concebidos para funcionar en el contexto de autoritarismo político y económico. La zona es el ejemplo arquetípico de un estado de excepción permanente al interior de la normalidad formal o jurídica de un Estado de derecho. La gran enseñanza que este tipo de política del conocimiento neoliberal tiene para ofrecerle a un futuro internacionalismo de la planificación, entonces, es exclusivamente de índole metodológica y táctica.

La disposición proyectual frente al conocimiento que usualmente se da en las redes de consultoras y *think tanks* neoliberales, abre la pregunta acerca del tipo de prototipos que podrían circular internacionalmente para impulsar una transición hacia una sociedad alternativa. Aquí quizá sea importante pensar en las contribuciones que proponen los movimientos de innovación de base en cuanto a la replicabilidad o *re-aplicación* de tecnologías, de tal forma que los prototipos que circulen tengan la plasticidad suficiente para viajar, pero también para adaptarse a las condiciones y demandas locales en las que aterrizan.[6]

6. Ver Adrian Smith, Mariano Fressoli y Hernán Thomas, "Grassroots

La experiencia del diseño institucional y sociotécnico del neoliberalismo revela la compleja infraestructura material que se requiere para activar circuitos epistémicos que tengan una incidencia real en la implementación de políticas. El tipo de imaginación prometeica y táctica que permitió a los Chicago Boys escribir "El ladrillo" en un entorno de turbulencia política, en este sentido, no surgió de manera espontánea. Se requirieron años –cuando no décadas– de tejer redes internacionales, y la historia de la Sociedad Mont-Pèlerin así lo demuestra. Por ello, la figura de un internacionalismo de la planificación se hace imperativa para poder lograr cambios reales.

III

El paisaje actual de la protesta social global ofrece un suelo cada vez más fértil para un internacionalismo de la planificación que pueda operar con miras tácticas a desmantelar el andamiaje regulatorio e institucional del neoliberalismo. Como lo sugiere Verónica Gago,[7] tal vez uno de los aspectos más característicos del movimiento feminista internacional, ha sido precisamente su capacidad de conjugar masividad y radicalidad. Este nuevo internacionalismo feminista se diferencia de internacionalismos obreros del pasado por el hecho de que está arraigado y territorializado en una vasta heterogeneidad de luchas locales, y desde allí crea enlaces que se extienden en la forma de densas redes multiescalares. Al carecer de una vanguardia o secretariado que concentre la visión estratégica o ideológica del movimiento, Gago afirma que este internacionalismo desafía geometrías nacionales, así como nociones abstractas de clase e incluso

Innovation Movements: Challenges and Contributions", *Journal of Cleaner Production*, vol. 63, pp. 114-124, 2014.

7. Verónica Gago, *La potencia feminista*, op. cit.

de pueblo. Adicionalmente, la figura organizacional de la huelga le ha permitido a este emergente internacionalismo desplegar una política del lugar que no sea "localista", pues articula las demandas de género con demandas más amplias de las clases trabajadoras. Asimismo, al tener su fuerza de arraigo en América Latina, este movimiento ha logrado anudar de manera potente lo plurinacional a su proyección transnacional, cohesionando y amplificando así la vasta variedad sociocultural de las luchas territoriales que lo informan.

De manera similar, el movimiento internacional que inauguró la estudiante sueca Greta Thunberg bajo el estandarte de Fridays for Future, y que luego desembocó en el más amplio Extinction Rebellion, ha convertido el calentamiento global en un catalizador para una nueva política de masas. A diferencia del ecologismo liberal que ha predominado en el paisaje político durante las últimas décadas, este movimiento opera con una sensibilidad inherentemente anticapitalista, incluso pese a su heterogeneidad. Además de lograr convocar marchas multitudinarias en muchas ciudades del mundo, sus tácticas de acción directa no violenta le han dado bastante visibilidad mediática. Cientos de activistas fueron arrestados por incurrir en actos de desobediencia civil masiva. Tal vez un indicio del potencial transformador de este movimiento sea el hecho de que empieza a ser percibido por el establishment como una fuerza amenazante, tanto por su acelerado crecimiento como por sus demandas, que apuntan directo a los dos pilares fundamentales sobre los que se edifica el proceso de acumulación capitalista: la industria fósil y la ideología del crecimiento económico. Estas demandas, como es de esperar, activaron las pulsiones reaccionarias de gobiernos cuyos conflictos de interés con la industria fósil son claros. En lo que es un preocupante antecedente, las agencias policiales del Reino Unido incluyeron recientemente a Extinction Rebellion

en su lista de organizaciones terroristas y extremistas, equiparando a este movimiento a organizaciones yihadistas y neonazis.

La consolidación de una nueva política de masas con vocación transnacional y antineoliberal, ofrece entonces una potente infraestructura social y organizativa sobre la cual se pueda cimentar un futuro internacionalismo de la planificación cuyo objetivo primigenio sea la incidencia en política pública y la circulación de protocolos de intervención. Por supuesto, como se ha discutido en capítulos anteriores, ya existen algunas iniciativas para desarrollar entramados internacionales por los que puedan circular este tipo de conocimientos aplicados y de política. La red de Ciudades Sin Miedo, cuya primera cumbre internacional se llevó a cabo en 2017 bajo la coordinación de la alcaldía rebelde de Ada Colau con el movimiento Barcelona en Comú, es sin duda un importante esfuerzo de construir circuitos transnacionales de movilidad de políticas que tengan un fuerte arraigo territorial. Pese a ser de creación muy reciente, la magnitud de esta red ilustra su clara proyección internacionalista. Como se mencionó en el capítulo 6, esta cumbre logró atraer a 700 representantes de movimientos municipalistas distribuidos en cinco continentes. Posterior al evento inicial de 2017, la red ha organizado otras cumbres en Varsovia, Nueva York, Bruselas y Valparaíso.

Pese a la diversidad de sus contextos de origen, Russell[8] explica que el proyecto político de la red de Ciudades Sin Miedo se estructura sobre algunos ejes centrales que inspiran su horizonte de intervención, como lo serían la feminización de la política, los comunes y las economías solidarias. De manera similar, la red de *think tanks* de economistas heterodoxos y anticapitalistas que gravita en torno a nuevos movimientos socialistas democráticos en el

8. Bertie Russell, "Beyond the Local Trap: New Municipalism and the Rise of Fearless Cities", *Antipode*, vol. 51, n° 3, pp. 989-1010, 2019.

mundo anglo-europeo (y cuyas principales características también han sido discutidas en este libro), permite entrever nuevas configuraciones de circuitos epistémicos orientados hacia la intervención. Centros de pensamiento como New Economics Foundation, Next System Project, The Democracy Collaborative, Common Wealth y el Institute for Public Policy Research (IPPR), entre otros, se han convertido en espacios de incubación de ideas y fórmulas de política que han empezado a fluir por el paisaje político transatlántico, siendo adoptadas por campañas políticas como la de Jeremy Corbyn en el Reino Unido y la de Bernie Sanders en los Estados Unidos. Desde algunos sectores políticos con incidencia parlamentaria en los mencionados países ya se empieza a hablar de modelos concretos para, por ejemplo, convertir el sector ferroviario en un sector cooperativo, o desarrollar esquemas de propiedad inclusiva para cambiar la estructura de gobierno de grandes corporaciones hacia configuraciones más democráticas.

Estos espacios son todavía muy incipientes, pero la sensibilidad internacionalista que los motiva es alentadora, pues quizás está sentando las bases para futuras y más complejas formas de movilidad de políticas. Algunos autores han expresado escepticismo frente a la capacidad transformadora que pudieran tener estas nuevas redes de centros de pensamiento y de movimientos municipalistas. Principalmente, estos detractores consideran que sus iniciativas de política son aún muy tímidas, ya que están dirigidas sobre todo a suavizar o a paliar los efectos polarizantes del mercado, y por ello carecen de una propuesta de planificación que opere con una visión orientada al futuro y que sea más afirmativa que defensiva.[9] Pese a las críticas, es indudable que estas redes epistémicas revelan una nueva mentalidad y un nuevo estado de ánimo de los

9. Ver por ejemplo Matteo Mandarini y Alberto Toscano, "Planning for Conflict", *South Atlantic Quarterly*, vol. 119, n° 1, pp. 11-30, 2020.

movimientos sociales ante la producción del conocimiento y, en especial, ante la idea misma de la intervención pública. No solo hay un intento deliberado de ocupar el Estado como una arena de disputa y con ello ampliar los confines de lo público más allá de las tradicionales dicotomías Estado-mercado y público-privado; también está la aspiración de producir conocimiento aplicado que pueda ser movilizado en la forma de instrumentos y artefactos para la solución de problemas colectivos.

Con la perspectiva histórica que el paso del tiempo ha hecho posible, hoy podemos adquirir un punto de observación mucho más matizado de la planificación y de la particular sensibilidad o *ethos* que le dio origen. En sus "Tesis de filosofía de la historia", Walter Benjamin afirma que de la misma manera en que las flores –por una misteriosa forma de heliotropismo– se voltean para mirar el sol, también el pasado "puja por volverse hacia *ese* sol que se eleva en el cielo de la historia".[10] Volver a los mundos perdidos de la planificación significa recuperar aquello que es emancipador en ella, pero también tensionar algunos de sus supuestos y alertar con fuerza sobre sus peligros. También significa excavar los experimentos fallidos o caminos no tomados que se dieron en los intersticios de los grandes paradigmas de la planificación centralizada, y así superar el determinismo escalar que se deja cautivar por los atractivos de lo macro, lo meso o lo micropolítico. Más que oscilar entre la falsa disyuntiva de la planificación centralizada o la planificación municipalista, el desafío radica entonces en concebir distintas *capas de planificación* que operen de manera sinérgica, sin que ninguna de ellas pueda subsumir a las demás; donde plan y mercado no sean mutuamente excluyentes, sino que más bien sean la base de una economía democrática cuyo horizonte sea

10. Walter Benjamin, "Tesis de filosofía de la historia", en *Angelus Novus*, Barcelona, Edhasa, 1971.

la expansión de la libertad social en mercados colectivamente regulados; donde la figura del planificador profesional –hombre, blanco, experto– se diluya para dar paso a comunidades de planificación heterogéneas que combinen distintos saberes y públicos.

Algunos de estos presupuestos ya podemos encontrarlos modestamente reflejados, con mayor o menor intensidad, en las tradiciones de intervención que fuimos repasando a lo largo de estas páginas. Iniciativas como el Green New Deal, los modelos de riqueza comunitaria [*Community Wealth*] o de un Sistema Nacional Integrado de Cuidados (SNIC), por nombrar algunos ejemplos, permiten vislumbrar lo que podrían ser los primeros fragmentos de una nueva conciencia planetaria encaminada a generar formas de igualdad y democratización socioeconómica, cuyos atributos específicos en este momento no podemos imaginar. También nos ofrecen pistas acerca de los modos de cooperación generalizada que podrían desprenderse de la interdependencia radical que ha hecho posible la modernidad capitalista. Por su propia naturaleza, la idea misma de una planificación popular que opere a partir de capas interdependientes pero irreducibles es quizás afín a las figuras de lo utópico que para Fredric Jameson[11] son propias del estadio tardío de la globalización. De acuerdo con Jameson, uno de los principales rasgos de la imaginación utópica en esta era ha sido el paso de una utopía unitaria, hacia *utopías* en una vasta pluralidad de formas. Esta nueva variedad de lo utópico resuena fuertemente con la idea aymara de una modernidad *ch'ixi*,[12] pues se contrapone a anteriores retóricas de comunicación, pluralismo, hibridización e incluso imperio, y pone de manifiesto el poder creativo de la diferencia en su irreductibilidad individual.

11. Fredric Jameson, *Arqueologías del futuro. El deseo llamado utopía y otras aproximaciones de ciencia ficción*, Madrid, Akal, 2009.

12. Silvia Rivera Cusicanqui, *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2018.

La posibilidad de una planificación económica popular cuya propuesta de creación de formas pueda extenderse a todos los confines del globo, entonces, se refleja con fuerza en la figura del *archipiélago utópico* que propone Jameson. Esta figura designa una constelación de centros discontinuos que a la vez se encuentran internamente cohesionados por un objeto colectivo estructural como su horizonte libidinal. Aún no sabemos con certeza cuál es el objeto del deseo postcapitalista, y quizás la crisis planetaria termine por precipitar aquel momento de revelación que haga más claros sus contornos y le permita ser nombrado sin resquemores. Lo que es claro en este momento es que existe un creciente archipiélago de espacios políticos heterogéneos, que en su diferencia se encuentran unidos por la fuerte convicción de que la vida puede ser mejor, de que la miseria de las relaciones capitalistas debe llegar a su fin. Al apropiarse del contenido subversivo de los lenguajes y sensibilidades metodológicas de la planificación, estas comunidades de investigación-acción están arrebatando el futuro a quienes pretenden aprisionarlo y clausurarlo para siempre. Son estas densas tramas que combinan –en una unidad diferenciada– alcaldías rebeldes, organizaciones de base, centros de pensamiento e infraestructuras de comunicación las que aspiran a mapear la riqueza socialmente generada durante tantos siglos de interdependencia humana, y hacen más accesible o visualizable el futuro sistema planetario de relacionalidad estructural, posiblemente en gestación durante estos furiosos días de turbulencia y transformación social.

AGRADECIMIENTOS

Este libro es el resultado de una conversación que desde hace algunos años he venido sosteniendo con varias personas con quienes comparto una mezcla de curiosidad histórica y de fascinación atávica frente a lo que fue la planificación económica realmente existente. Escribí *Gobernar la utopía* inspirado por el planteamiento de Walter Benjamin de que en las generaciones que nos antecedieron hay una suerte de "potencia mesiánica" que nos habla en momentos de peligro, invitándonos a redimir la historia para así redimir también el futuro. Hablar sobre planificación es tematizar una vez más su conflictivo devenir histórico, pero también abrir la discusión sobre sus potencialidades, particularmente de cara a la era actual de emergencia climática y de desigualdad extrema. Agradezco especialmente el apoyo y la generosidad intelectual que he recibido por parte de Thea Riofrancos, Michael Lukas, Neil Brenner, Álvaro Sevilla-Buitrago, Thomas Purcell, Sebastian Budgen, Julia Smachylo, Tomás Ariztía, Rodrigo Cordero, Mariano Gómez-Luque, Aldo Madariaga,

Javier Ruiz-Tagle, Nicolas Allen, Mariana Calcagni, Felipe Irarrázaval, Claudio Celis y Andreas Ivanovic-Zuvic. También agradezco a mis estudiantes y colegas de la Escuela de Sociología de la Universidad Diego Portales (UDP) en Santiago de Chile, quienes me han ofrecido un entorno intelectualmente estimulante y personalmente cálido, el cual hizo mucho más llevadera la tarea de escribir estas páginas.

El grupo de lectura que desarrollé junto con Antonia Zambra, Alonso López y Enzo Isola en el antiguo Núcleo de Teoría Social (hoy Laboratorio de Transformaciones Sociales) de la UDP en 2019 para discutir algunos de los textos asociados al proyecto *Poéticas de las formas sociales* de Fredric Jameson me sirvió para reflexionar de manera más profunda sobre los distintos dispositivos de representación y legibilidad que hacen posible la comprensión crítica del capitalismo (y de sus alternativas). También, las conversaciones que he sostenido con Verónica Gago y el Grupo de Trabajo de Economías Populares de CLACSO en torno a la idea de un Atlas del extractivismo han sido inspiradoras para entender los mecanismos de representación que podrían alguna vez hacer posible una planificación postextractivista. El Laboratorio de Transformaciones Sociales, así como el Núcleo Milenio Energía y Sociedad (NUMIES), han sido espacios intelectuales particularmente estimulantes para pensar de manera colectiva sobre alternativas, futuros pasados y futuros posibles. Asimismo, gracias a mis compañeras y compañeros de Izquierda Libertaria he podido entender que la planificación no comporta un problema técnico de asignación óptima, sino que es ante todo un momento necesario en el proceso de activación política de las masas populares y de su consiguiente aspiración a construir formas más elevadas de la democracia, la economía y la sociedad.

Trabajar con Caja Negra Editora en el desarrollo de este volumen ha sido una experiencia muy gratificante. Agradezco a Ezequiel Fanego y a Diego Esteras el interés

que desde el comienzo mostraron en este proyecto. También agradezco sus importantes sugerencias editoriales, y su invitación militante a entender los libros como *formas de vida* que no solamente puedan abrir portales hacia las ideas, sino también politizar los afectos y el deseo. Fue gracias a sus comentarios y críticas constructivas de los borradores del manuscrito que empecé a pensar de manera más sistemática en las dimensiones estéticas de la planificación. En Caja Negra, Sofía Stel también ha sido un gran apoyo, y gracias a su importante trabajo de corrección de estilo, el texto quedó en condiciones óptimas para transformarse en el libro que es hoy.

Algunas de las ideas preliminares fueron presentadas en la Universidad de Chile, en el coloquio del Núcleo Milenio Energía y Sociedad, en Durham University, Inglaterra, y también fueron publicadas en un corto ensayo del primer número de la edición impresa de la revista *Jacobin América Latina* en 2020.

Por último, quiero agradecer a Melania, Lucas y Tomás, pues su afecto y compañía también han sido una gran fuente de inspiración. Me han mostrado lo que es vivir una vida buena, y gracias a esto he podido entender que cualquier proyecto de transformación que no se estructure en torno al tiempo libre, al encuentro, al disfrute, y en términos más generales al valor de uso, será un proyecto estéril e incompleto.

FUTUROS PRÓXIMOS

La corriente de eventos que conforman nuestra vida cotidiana adquirió en el último tiempo un nuevo y exótico tono. Cada vez con más frecuencia nos sorprendemos desenvolviéndonos en escenarios cuyas características parecen pertenecer más al mundo de la ciencia ficción que a lo que habitualmente interpretamos como realidad, y cuyas claves de comprensión parecieran venir a nosotros desde la proximidad de un futuro inminente antes que del pasado. El modo en que el trabajo y el consumo abandonaron su lugar y tiempo tradicionales para colonizar la totalidad de nuestras vidas, incluyendo aquellos momentos más íntimos y solitarios; el hecho de que la abrumadora mayoría de las preguntas que le hacemos al mundo tienda a resolverse en la superficie de contacto entre la yema de nuestros dedos y el teclado de nuestras computadoras; la inquietante mutación de la subjetividad en un perfil que cotidianamente rediseñamos y compartimos con los demás, y tantas otras manifestaciones del presente, nos invitan a reconsiderar las categorías con las que tradicionalmente pensamos a la sociedad, la política y el arte, y a crear nuevos conceptos allí donde aquellas hayan entrado en una suerte de desfasaje teórico respecto de los fenómenos que intentamos comprender.

El propósito de nuestra colección de nuevos ensayos, *Futuros Próximos*, es promover una escritura experiencial y cargada de afecto que extraiga sus formas de la íntima proximidad que mantiene con su objeto. Un tipo de crítica cultural expandida, de cualidad elástica, con flexibilidad para recibir materiales de fuentes diversas como la teoría política y la música pop, la filosofía y la cultura digital, el pensamiento sobre la técnica y las artes visuales, con el objetivo de elaborar un repertorio de recursos críticos que nos ayude a leer las transformaciones del mundo que nos rodea. Y, por sobre todas las cosas, a sobrevivir en él.